



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**CAMINO A LA PALABRA
LA EXPERIENCIA POPULAR EN LA
SUBJETIVACIÓN DEL MAESTRO DE
LENGUAJE**

DIEGO ALEJANDRO RESTREPO SÁNCHEZ

Universidad de Antioquia

Facultad de Educación

Medellín, Colombia

2020



CAMINO A LA PALABRA
LA EXPERIENCIA POPULAR EN LA SUBJETIVACIÓN DEL MAESTRO DE LENGUAJE

DIEGO ALEJANDRO RESTREPO SÁNCHEZ

Trabajo de investigación presentado como requisito para optar al título de:

Magister en Educación

Asesora:

María Nancy Ortiz Naranjo

Doctora en Ciencias Humanas y Sociales

Línea de Investigación

Enseñanza de la Lengua y la Literatura

Grupo de Investigación

Somos Palabra: Formación y Contextos

Universidad de Antioquia

Facultad de Educación

Medellín, Colombia

2020

HOJA DE RUTA

AGRADECIMIENTOS

CONSIDERACIONES PARA ECHARSE A CAMINAR.....	9
---	---

CAPÍTULO I

INTERPRETAR EL CAMINO	10
-----------------------------	----

I. PROBLEMATIZACIÓN

10

1.1. La lengua empieza por el oído	10
--	----

1.2. La lengua de los libros.....	13
-----------------------------------	----

1.3. La lengua de mi mano	15
---------------------------------	----

1.4. Contexto	19
---------------------	----

2. DIÁLOGOS ENTRE EXPERIENCIA Y CONCEPTUALIZACIÓN

22

2.1. Prohibido lo real.....	22
-----------------------------	----

2.2. La subjetivación y el afuera.....	27
--	----

2.3. La subjetivación del maestro de lenguaje: ir a lo indomable	29
--	----

2.4. Cepa del maestro	32
-----------------------------	----

3. LA METODOLOGÍA

39

3.1. Camino a la palabra.....	39
-------------------------------	----

3.2. Las entrañas de la hoguera	47
---------------------------------------	----

3.3. Acercamiento a la oralidad	52
---------------------------------------	----

CAPÍTULO II

PALABRA Y COMIDA	53
------------------------	----

2. Los paladares de la palabra.....	53
-------------------------------------	----

2.1. La multiplicación de los diez mil pesos.....	62
---	----

CAPÍTULO III

PALABRA Y COMUNIDAD.....	64
--------------------------	----

3. La comunidad y el relato.....	64
3.1 La comunidad y el territorio.....	67
3.2. Acción comunitaria	75

CAPÍTULO IV

PALABRA Y BIBLIOTECAS	77
------------------------------------	-----------

4. Consideraciones de la biblioteca pública	77
4.1. Transformación de la biblioteca pública	80
4.2. Fotografía y memoria.....	82
4.3. La escritura y sus primeros gestos.....	90

CAPÍTULO V

PALABRA Y ESCUELA	94
--------------------------------	-----------

5. Ser profesional no licenciado.....	95
5.1. A propósito del programa de pedagogía.....	97
5.2. Ser maestro rural	98
5.3. El maestro re-toma la palabra	100
5.4 ¿Para qué sirve la palabra hoy?.....	102
5.5. Recorridos de la palabra: experiencias pedagógicas rurales.....	106
5.5.1. La violencia del lenguaje en la educación.....	108
5.5.2. El trapiche comunitario enseña	110
5.5.3. Diccionario del carbón.....	112
5.5.4. Concurso municipal de oratoria.....	114
5.5.5. Equipos de trabajo colegiado de Amagá.....	116
5.5.6. Diccionario de sobrenombres y trabalenguas.....	117
5.5.7. Encuentro con la palabra.....	119
5.5.8. Póster de lenguaje	121
5.5.9. Historia de la niña que se la llevó el diablo (libro álbum)	123
5.5.10. Diario de sueños	125

5.5.11. Cartas al viento	127
--------------------------------	-----

CAPÍTULO VI

PALABRA Y MÚSICA	129
-------------------------------	------------

6. Merienda	130
6.1. Lucha.....	137
6.2. Risa	141
6.3. Poesía.....	147

CAPÍTULO VII

PALABRA Y SILENCIO	153
---------------------------------	------------

7. Acontecer del silencio	154
7.1. La conversación como un acontecer del silencio.....	157
7.2. La lectura como un acontecer del silencio	160
7.3. La escritura como un acontecer del silencio	162
7.4. Otros aconteceres del silencio	164
7.4.1. La amistad con los viejos	164
7.4.2. Visitar	165
7.4.3. Sembrar	167
7.4.4. Caminar	169
7.4.5. Acariciar	171
7.5. Consideraciones para repuntar.....	172

CAPÍTULO VIII

COSTURERO DE METÁFORAS.....	173
------------------------------------	------------

8. Sobre la intuición.....	173
8.1. Acerca de las metáforas.....	176
8.2. Camino-Caracol.....	182

8.3. Camino-Cuerpo	185
8.4. El des-tejedor de palabras	188
EPÍLOGO	190
PALABRARIO.....	197
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CIBERGRÁFICAS.....	201

AGRADECIMIENTOS

A la Sagrada Intuición

A mi padre que me enseñó a cantar en sol menor

A mi madre Rosa que encendió los relatos

A mi esposa Anna María que acompañó la travesía

A mi asesora Nancy, la Partera Narrativa

A Jonatan, mi corrector de estilo

A la Gloriosa Universidad de Antioquia

A mi familia, a mis amigos

Al pueblo, al barrio

A los obreros y campesinos

A los vecinos...

A todos ellos

IMPERECEDERA GRATITUD

Aunque nunca haya llegado ni siquiera a un inicio de literatura, un pueblo brinda en su vida doméstica y pública unos fenómenos muy dignos de atención y unas energías más grandes, que desde luego no se hallan menos sujetos a la influencia de la lengua; y las más de las veces esta no pasa a los escritos y a los libros sino empobrecida y debilitada, mientras que su plena corriente se derrama enérgica y llena de sentido sobre el habla cotidiano de un pueblo.

Wilhelm Humboldt.

CARTA AL LECTOR

Al recorrer este trabajo de grado tenga presente los cambios narrativos que van de lo teórico, lo pedagógico y lo popular, pasando por la filosofía, el periodismo y la literatura. Tener claro estos ritmos ayuda a comprender las tramas internas de la tesis. He procurado escribir en clave de conversación, así suene paradójico, una conversación hermenéutica que gira en el mundo de lo comunitario, allí donde la vida toca el Afuera.

Los conceptos nucleares son: subjetivación, palabra, narración, experiencia, oralidad, cultura, saberes populares, realidad, silencio, prácticas pedagógicas, lenguaje, intuición, profesional no licenciado, verdad, metáfora, relato, enfoque biográfico narrativo. Estos conceptos aparecen intencionalmente a lo largo del camino, van tejiendo los relatos con la experiencia y la voz del investigador.

A modo de abre bocas, anticipo mucha música, café y conversación. Asimismo, una resistencia a las fuerzas del poder y a las formas del saber canónicas. Esta investigación procura un saber analógico proveniente de la experiencia y una interpelación a la formación de maestros en el discurso tecnocientífico. Hay, pues, sensibilidad y estética de un profesional no licenciado hecho en la cantera de lo popular.

CONSIDERACIONES PARA ECHARSE A CAMINAR

Esta investigación es un recorrido por la palabra entendida desde su relación social; combina la narración autobiográfica con el ensayo y el relato. Asimismo, explora la relación entre las experiencias populares y mi subjetivación como maestro de lenguaje. Para tal propósito diseña el camino como una metáfora de indicios y callejea por la cultura popular y los saberes campesinos. Es en estos escenarios donde la palabra —interpretada como afecto, amistad y refugio— emerge creativamente para tensionar las formas del saber canónico y las fuerzas del poder hegemónico. Es la palabra en su acto poético la que se resiste a las verdades fijas e inamovibles, aquella que con su irreverencia es capaz de multiplicar el sentido.

La investigación construye el problema a partir de elementos teóricos, relatos populares y experiencias que, más que personales, revelan un universo comunitario donde la conversación es el eje del pensamiento y el eslabón de la tradición oral. A partir de estas reflexiones es posible encontrar síntomas del camino, es decir, rastros de un lenguaje vivo que florece por fuera de la escuela y que, a través de la sensibilidad del cuerpo del maestro, es llevado al aula para recrear el mundo.

Interpretar el camino es el punto de partida para esta caminata lenta por el vecindario del lenguaje; no se trata de un largo y rápido viaje, es más una aproximación a las distintas formas de la palabra hablada, leída y escrita, así como también una indagación por el silencio como acontecer vital. Estas búsquedas agrietan el currículo, minándolo de resistencias creativas que dislocan la posición del profesional no licenciado. Después de esta problematización la escritura camina por cocinas, ríos, veredas y cantinas; allí se zambulle en el humor, la fiesta y el misterio para ir luego a la escuela.

CAPÍTULO I

INTERPRETAR EL CAMINO

1. PROBLEMATIZACIÓN

1.1 La lengua empieza por el oído

Con una gran biblioteca de relatos orales transcurre mi niñez y la de mis seis hermanos. Mis padres eran campesinos oriundos, uno del municipio de Salgar y el otro de Caldas, Antioquia. Mi padre llegó al sur del Valle de Aburrá para criar a sus hijos procurando otras realidades. Ninguno tuvo educación preescolar, pues por efectos prácticos mi mamá nos entraba a la escuela de siete años para que nos pudiéramos desplazar solos; el salario de papá solo alcanzaba para comprar la comida y pagar los servicios públicos, así que hubo muy pocos libros: la biblia, las cartillas escolares y algún periódico que esporádicamente llegaba a casa. Los primeros libros entraron gracias colegio, pero mucho antes de eso nosotros estábamos poseídos por los cuentos de espantos y brujas de los Restrepo —tíos recolectores de café, bebedores y excepcionales contadores de historias que nos visitaban de vez en vez—.

Repetir esas historias los fines de semana, en medio de tangos y música parrandera que cantaba mi papá, era un acontecimiento profundo en la cohesión familiar, era, y así lo entendimos, un encargo, una herencia representada en valiosas formas del decir: refranes, adivinanzas, impostación de la voz, imitación gestual y corporal, descripciones, chistes, acentos, acertijos, rimas, coplas, poesías, trabalenguas, entre muchas otras formas de la oralidad. Este ejercicio de narrar los antepasados requería de una memoria audaz, de una puesta en escena que traía la presencia de aquellos seres a nuestras tardes de arepas de *chócolo*. La risa y el suspenso siempre fueron los ingredientes básicos para todas las combinaciones; sin importar lo que hablara el relato siempre estaban aquellas emociones.

Los hermanos Restrepo ya narraban las historias de sus familiares en la escuela y en la esquina del barrio. Pronto fueron populares y su compañía convocaba alegría y perplejidad; incluso llegaron a grabar en casetes horas y horas de chistes, imitaciones, canciones e historias de espantos y entierros. Escuchar y contar relatos era otra manera de jugar, de aprender y de compartir. Esas grabaciones ya no existen, quizá el único propósito de ellas era *soltar la lengua* (practicar y platicar); ajustar la memoria, el tono, estudiar el personaje; incluso ya surgía la intrepidez de reinventar las historias: por el comienzo, por el final, con intromisión de personajes nuevos habitados por muletillas y manías para hacerlos más graciosos, más cercanos y con más poder de recordación.

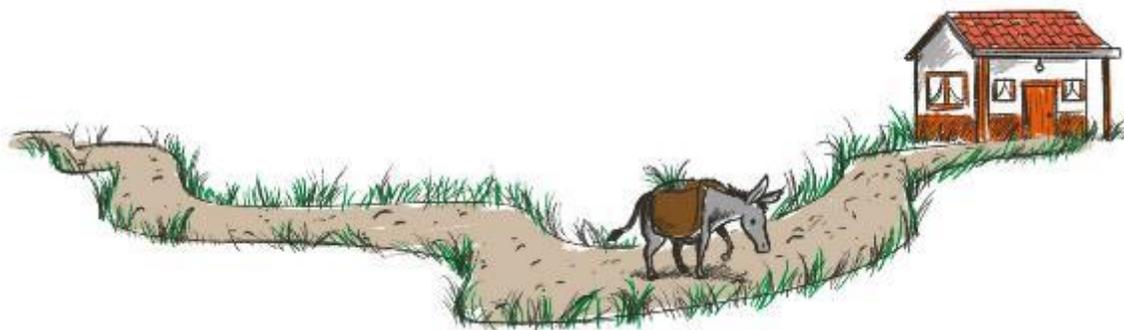
La clave de estas resonancias fue una educación para la escucha. El oído fue un sentido cultivado por mi padre que distinguía una guitarra desafinada en medio de otros instrumentos tocados a la vez. Tanto mi padre como mi madre fueron seres del silencio; escuchar significó dejarse habitar, cristalizarse ante el relato; narrar es un acto educativo que requiere conciencia auditiva. La lengua empieza por el oído, allí tiene su pequeño auditorio, sus primeros ensayos ocurren a puerta cerrada; por eso las voces de los narradores dejan huellas indelebles, susurros que armonizan el coro de la cultura popular.

Las exageraciones, los chistes verdes, los sobrenombres y los chismes que escuchamos en la calle complementaron esta formación. No cualquiera pone un apodo, hay que tener malicia, mordacidad y humor. Recuerdo que hacíamos un listado de las familias para rebautizar a sus miembros: Patesinsonte, Nuquepisco, Patinga, La Pitona, El Pulpo, Rapinga, Lllamarada, Caturra... El vecindario se transformaba en un zoológico delirante por la resistencia de la boca a los antropónimos, pues los apodos son inevitables, hasta parece que el mundo quedó mal nombrado a los ojos del sentido de la lengua. De hecho, en las clases de caricatura (otra forma de burlar, de rebelarse) se aconseja relacionar a las personas con objetos, frutas o animales.

Conversar sobre los rumores es un ejercicio casi irresistible: embrujó al marido, *le dio agua de las tres cañadas*, *le dio agarradera*, *le dio juagadura de calzones*, *le puso*

atrancadera y *lo vistió al revés*. Estas ingeniosas maneras de la superstición a floraban desde el quiosco de las cartas o el callejón; los relatos de infidelidades se magnificaban y reinventaban todo el tiempo, a tal punto que no se sabía con certeza el desliz original, porque la palabra había rodado mucho y ya, renovada y cantarina, representaba otros saberes, contaba a otros sujetos. Entre la versión inicial y la que se echaba a caminar surgía el *repentismo*, las hipérbolas y las adaptaciones personales. El rumor siempre se cuenta un paso de más, se agarra y se estira como un cadáver exquisito.

Con los chistes verdes ocurre algo magnífico, pocas personas los quieren contar, pero todos quieren oírlos, especialmente los adultos y las mujeres que, aunque rezonguen, son sorprendidos por el doblez de la malicia; tal vez una *malacara* inicial, pero luego el comentario grosero revienta en casa o con una amiga mientras se toma café donde ya la risa es incontenible. Los barrios sirven de escuela para aprender el sentido burlesco de la lengua; allí hay un intercambio de modos particulares de decir, una mixtura de parlache con ingeniosas formas del chiste, mezcladas con el vocabulario de los abuelos y las frases sintagmáticas. La calle frota el lenguaje y saca su repertorio de groserías que, como calcomanías, son puestas en otras bocas. La calle es la única que no prohíbe la vulgaridad, por el contrario, la acoge, la escucha y la cultiva.



1.2. La lengua de los libros

La Biblia siempre fue para mí un libro inquietante; sus historias sobrenaturales, los sabios protagonistas y un lenguaje de trayectos indescifrables sedujeron mi imaginación. El libro de los libros apareció como otro ingrediente para el enriquecimiento de mi lengua: la palabra que hace milagros, la palabra de un Dios cuya obra está en la pronunciación; dice y todo aparece *a pedir de boca*. Tal privilegio lo quise pronto para mí; crear el mundo a partir de la palabra hablada y escrita era como robarles el fuego a los dioses. Este nuevo descubrimiento me aportó un carácter sagrado y místico de la palabra que muchos años después reencontraría en la poesía.

Sin embargo, la literatura se manifestó como concepto en mi colegio de Caldas y se alimentó en la biblioteca pública municipal. Los profesores de lengua castellana eran excelentes lectores en voz alta, lo habitual era verlos en compañía de libros interesantes. Leer adquiría otro sabor de la lengua: el hambre de saber. Los textos iban y venían con su contribución de reflejo: el amor, la vida y la muerte se abrieron a mi mente de colegial; un mundo para combatir la miopía de un pueblo rezandero que caminaba de arriba abajo por la misma cuadra. Seres de siglos pasados me presentaban sus tensiones y sus grandes amores. La vida resultó más entretenida; la clase podía sacarme del aula con el Maestro Ciruela, y aprendí que las ratas también podían comandar rebeliones.

La literatura incubaba un glosario de exquisiteces. Las palabras se emplumaron en mí y se echaron a volar con elocuencia; ya conversaba con argumentos y citaba algunos pasajes de los libros leídos. El lenguaje literario que aprendía se mezclaba con la lengua popular; ahora trovaba con doble sentido y, al mismo tiempo, temía los corazones delatores de Allan Poe o palidecía con las presencias fantasmagóricas de Rulfo. Por esos días conocí uno de mis libros amados: el diccionario. El limitado mundo de dos cuerdas de mi barrio se ensanchó; la lengua crecía y ya podía hablar con propiedad de varios temas. Recuerdo haber estado muy atento para utilizar en el contexto adecuado cada palabra que conocía; primero las consultaba y con ellas escribía cinco oraciones, sabía

que si no las ponía en el plano de uso de la lengua las olvidaría con facilidad. Por eso, aguzar la escucha volvía a traerme alegrías. El saber me daba el poder para habitar el mundo de los adultos, para participar en él y tomarme por interlocutor.

Pensé por un tiempo que mis palabras heredadas eran inferiores a las que encontraba en los libros; la forma de hablar de mis tías no se reflejaba en los medios de comunicación ni en mis pares ni en el colegio; tenía media lengua vieja atrofiada con las nuevas adquisiciones idiomáticas. Me parecía más chic¹ hablar con palabras sacadas de los libros; de esa manera llamaba más la atención, pues lucía inteligente y estudioso. Olvidé por un tiempo esas palabras *orales* y las reemplacé durante años, pero las reencontré, volví al inicio de la lengua: el oído. Una vez una compañera del colegio dijo: «si Diego me mandara una carta no *entendería ni jota*». Eso fue clave para comprender un aspecto fundamental de la lengua: la comunicación. De nada servía ese acervo si no me hacía entender, si solo era palabrería.

Quise, pues, rebuscar en el talego del abuelo para hallar su tono, las palabras acarameladas que enamoraban a las muchachas, las que se pronunciaban en la tienda y todos conocían, las palabras que viajaban en el bus, pues las del diccionario solo eran preciosas gemas incomprendidas. Ser claro se convirtió en una obsesión. Decir con sencillez no significó engavetar ningún vocablo, fue más una cuestión de aprender a diferenciar el contexto, el discurso y el oyente; se trató de ser consecuente y no hablar de la misma manera con todas las personas, no decir lo mismo en todos los escenarios comunicativos. Ahora cohabitaban en mí la lengua de los libros, la lengua de la calle y la familiar. Descansé al comprender el valor estético y semántico de la tradición oral con el lenguaje depurado de los libros; supe que al mismo nivel estaban, por ejemplo, las palabras *amangualar* y *confabular*, pues no había una voz incorrecta entre ellas, o una más bella.

¹ *Chic*: palabra del francés que significa elegante, distinguido, a la moda.

1.3. La lengua de mi mano

El camino de la escritura se abrió cuando conocí al escritor Mario Escobar Velásquez en unos talleres literarios en la biblioteca de Comfama. Cursaba el grado noveno y el profesor de lengua castellana me sugirió participar y asistí con otros estudiantes del colegio; ver el rostro del creador fue una experiencia transformadora: su voz de bambú contrastaba con su cabeza pelada. ¿Cómo carajos le caben todas estas palabras a este tipo? Me pregunté cuando leí su libro *Historias del bosque hondo*. Escuchar a quien escribía libros fue un potente acontecimiento. Conocí otro sabor de la lengua: la creación. Las historias que narraba Mario eran deslumbrantes, me recordaban el pasado reciente de mis tíos cazadores y esa relación íntima con los perros gozques. Sus relatos eran un entretenido diario de caza escrito con un prolijo acervo campesino.

Hay algo que recuerdo con particularidad. Mario sacaba un fajo de billetes y lo descargaba sobre la mesa: «doy cinco mil al que me diga un sinónimo de la palabra deliberado... Quién quiere ganar dinero con las palabras». Nos mirábamos incrédulos; frente al silencio, el maestro doblaba la oferta: «diez mil al que me diga qué significa la palabra impertérrito». Esos especímenes nos enloquecían y apuraron nuestro apetito por las palabras raras, escasas e inéditas. Nos sembró la manía de coleccionar la palabra, de escribirla una y mil veces y llevarla siempre en el tabernáculo. «No puede uno salir sin palabras», nos decía echándose a reír. Pocas veces ganamos la apuesta, pero muchos nos enfrentamos a la pobreza de nuestra lengua y esa fue nuestra ganancia.

En los encuentros literarios también se escribía; el maestro era severo con sus comentarios, pero amoroso con sus enseñanzas. Descubrí que la palabra me llamaba, esta vez para empuñarla; mis primeros trazos eran reseñas de lo que leía o cartas y anécdotas que solía esconder. «Si Mario pudo, yo también», me decía cuando no me salía ni mu. Traté de experimentar con la reflexión filosófica y con el género de la crónica, pero poco me gustaba lo que plasmaba en el papel. La lengua escrita organiza el pensamiento, les da orden a las ideas; me di cuenta que los libros no nacen sin más,

requieren de un verdadero trabajo, la cabeza del escritor no está conectada directamente a la imprenta.

La escritura es lo más parecido a un taller: está llena de retales, bosquejos, molduras, pedidos sin terminar, cortes, ensayos, excedentes y enmendaduras. En el semestre que estuvo el escritor, cada uno escribió solo un cuento corto, ¡solo uno! Lo demás fue carpintería, una construcción artesanal por momentos individual, por momentos colectiva, por momentos con el maestro y por momentos en absoluta soledad. Pero siempre con el *kit*² de herramientas a mano; a veces, algún compañero ofició de instrumentador: me pasaba la palabra idónea, el recurso para ajustar una disonancia. Todo taller cuenta con herramientas especialmente diseñadas para cada oficio, desde las más simples hasta las más sofisticadas. «Las herramientas deben estar al lado, junto al aprendiz, en el mismo espacio. Estas forman parte del taller y hay que hacer un largo aprestamiento para distinguirlos, conocer su utilidad, pertinencia y eficacia» (Vásquez, 2004).

Desde la adolescencia hasta hoy tengo glosarios escritos en todas partes: equipos móviles, cuadernos, agendas y carpetas, todos están repletos de significados. Cada que conozco una palabra nueva me gano imaginariamente cinco mil pesos; es como conocer un color nuevo, descubrir un matiz que no veía en el arcoíris. Michele Petit (Petit, 1999) nos advierte que cuanto más capaz es uno de nombrar lo que vive, más apto será para vivirlo y para transformarlo. Otras realidades que auscultaba exigían otros términos para entenderlas y poder hablar de ellas: la violencia en Colombia, la pubertad, la fe, las adicciones, la pobreza, la enfermedad, la muerte. Todos esos temas fluían desde los glosarios para ampliarme el entendimiento e instalar nuevas preguntas. Una lengua enriquecida faculta a los sujetos para comprender.

¿Pero dónde adquirir esa notable prosperidad del lenguaje? La literatura es un camino apto para reverdecer la lengua. Ya definía el escritor Vicente Huidobro en su libro

² *Kit*: palabra del inglés que significa conjunto de productos y utensilios suficientes para conseguir un determinado fin, que se comercializan como una unidad.

Altazor que «el poeta es una manicura de la lengua» (Huidobro, 1919), él es el encargado de recortarla y por eso estimula su crecimiento; la decora y la limpia. Un sendero para que los sujetos adquieran una lengua potente es la lectura de poesía. Ella, como ningún otro género literario, detona significados con palabras muy precisas y con su ritmo lleva al lector a una danza primitiva donde se interpretan los relatos del humo. El poeta, según su estilo, tiene a disposición cuadrillas enteras de palabras bruñidas o altisonantes que tendrán su fragor en la boca del lector o en sus realidades psíquicas más inconscientes. Dicho en palabras del profesor Fernando Vásquez Rodríguez (2004): «el poema apunta a desnudar lo esencial de la vida del hombre y de las cosas. Es un gusto finísimo para lograr saborear el dolor, la ausencia y la soledad».

Cuando carecemos de una lengua enriquecida es fácil creer y repetir el discurso dominante, aquel que muestra una realidad compactada. La polisemia del lenguaje permite navegar en todas las direcciones, pero con la pobreza de los vocabularios de hoy no se puede comprender el mundo en sus generosas amplitudes; si el lenguaje es la frontera del conocimiento ¿por qué no regalarnos palabras todos los días, todo el tiempo? Tal cosa nos haría comprender la vida, incluso ecológicamente, pues estar habitados por las palabras nos vincula con los seres: árboles, animales, ríos, etc. Así lo sugiere el premio nobel de economía chileno Mamfred Max Neef (2005): «Ninguna sustentabilidad acabará por lograrse sin un profundo cambio de lenguaje. Un nuevo lenguaje que abra las puertas del comprender; ello es, no un lenguaje de poder y de dominación, sino un lenguaje que emerja desde lo más profundo de esto: auto-descubrimiento como partes inseparables de un todo que es la cuna del milagro de la vida».

La familia y la escuela tienen el desafío de cultivar la lengua para que los niños y jóvenes estén preparados para desarmar las ideologías. Un lenguaje pobre, ingenuo, ayuda a perpetuar regímenes de verdad, pues quien carece de palabras se queda sin la posibilidad de repeler, de controvertir, y es subyugado por el discurso operante. Un estudiante con mayor conocimiento de la lengua es alguien capaz de argumentar un no o de comulgar con las reivindicaciones sociales o con el cuidado de la tierra. El acceso a

la palabra consciente nos otorga sentido común y nos conduce a la participación ciudadana. Por ejemplo, opinar se vuelve un ejercicio vital, opinar desde la pluralidad y el respeto sobre temas que afectan el devenir del sujeto y de las comunidades; opinar también como un compromiso con la argumentación.

Quien aprende a hablar con argumentos y claridad termina inevitablemente ejerciendo un liderazgo, ya que es capaz de hacer visible la intención de las cosas, y eso es, como dirían los abuelos, un don. Muchos de los sistemas de hoy pretenden engañar; incluso el sistema educativo, que nada más parece buscar un sujeto capaz de repetir la lección, rellenar el óvalo y hacer la fila. Quien domina la lengua establece relaciones más auténticas con la existencia, sus palabras no son meros címbalos que retiñen, sino que puede crear nuevas perspectivas de sentido, nuevas resistencias que forman células para la transformación social. Los discursos tienen el poder de esclavizarnos o emanciparnos, por eso los líderes de todas las orillas son, ante todo, líderes de la palabra.

Por esta razón, silenciar a los líderes ha sido una estrategia del poder. Toda su intención se afirma en desaparecer la contraparte, la voz disidente, la única capaz de horadar la ideología dominante. Se castiga a los que se atreven a desmitificar con argumentos la imposición de viejos discursos, cuya principal tarea es mantener el dominio sobre la palabra; prueba de ello es el control de los medios de comunicación, la propaganda. La escuela ha replicado estas lógicas del poder; los niños se forman de acuerdo a los parámetros de obediencia y su capacidad de formular ideas, de analizar y denunciar el discurso es casi nula. La ausencia de una lengua enriquecida diezma valor en los seres, resta seguridad; las palabras *envalentonan* porque son la base del pensamiento, en ellas nos apoyamos para nombrar y defendernos.

1.4. Contexto

Soy docente de lengua castellana desde hace cinco años en la Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina de Amagá, un municipio del suroeste antioqueño ubicado a una hora de Medellín por la Troncal del café; su población es de 30 mil habitantes y cuenta con cinco instituciones educativas para atender tanto la zona rural como la urbana. Este territorio es actualmente un escenario de violentas disputas por el control del narcotráfico, la extorsión y la delincuencia organizada; la causa de estos males está en la pobreza de los habitantes que los hace vulnerables, en la falta de oportunidades y, por supuesto, en la ubicación geográfica que resulta muy estratégica para el dominio de toda la subregión.

Es bien sabido que la criminalidad recluta a niños y adolescentes para labores delictivas en todo el país. Amagá no es la excepción, pues en los primeros cinco meses del año 2018 se habían efectuado 180 capturas, la mitad de ellas eran de menores de edad, según informaciones del Comandante de la Estación de policía del corregimiento de Minas. Por otra parte, las tragedias mineras han dejado decenas de huérfanos que, en muchos casos, no terminan el bachillerato por irse a trabajar; incluso, algunos de ellos son seducidos por las bandas criminales para efectuar *vacunas* y demás modalidades de iniciación en el hampa. Esta delicada situación de orden público, más el alto consumo de estupefacientes de muchos estudiantes, golpean con fuerza la calidad de los procesos educativos del municipio, los cuales decaen año tras años en las pruebas de medición que hace el Estado, salvo algunas excepciones.

Ahora bien, Amagá recibe mucha población proveniente de todo el Suroeste, campesinos en su mayoría que se instalan trayendo un poderoso caudal de relatos orales que se mezcla con las tradiciones y cosmogonías locales. Alrededor del Ferrocarril de Antioquia, por ejemplo, hay decenas de historias por descubrir, pues este territorio fue un paso estratégico del viejo tren a mediados del siglo XX. Aún retumban las sirenas de ese pasado glorioso en las narraciones de los más adultos. Por otra parte, en la vereda La Ferrería (donde está ubicado el colegio) funcionó la primera acería de

Antioquia y la segunda después de Pacho Cundinamarca en el siglo XIX. Cuenta la historia que de esa vereda salieron trabajadores a estudiar la técnica de la siderurgia en Francia para replicar ese conocimiento y producir los primeros hierros del departamento: herramientas de trabajo, tornillos y piezas ferroviarias.

Amagá tiene todos los pisos térmicos, laderas para el engorde de ganado cebú, zonas de alta montaña para el cultivo de hortalizas y climas más templados para la producción de café y aguacate. Es una zona rica en aguas subterráneas y hace parte de La cuenca del Sinifaná, una gran reserva de carbón mineral que comprende los municipios de Angelópolis, Titiribí, Fredonia y Heliconia. Su vocación minera sobresale, ya que el 70% de la población vive de la extracción de hulla; aunque la falta de tecnificación en las minas ocasiona constantes accidentes mortales. En torno a este oficio hay cientos de historias por contar, pues los hacedores de entrañas son en su mayoría hombres alegres que no le temen a la muerte y quienes suelen hablar espontáneamente de la rudeza del socavón.

Estos relatos orales están en boca de los estudiantes, ya que ellos mismos conocen el oficio. Hemos dado las primeras puntadas para escribir el Diccionario del Carbón. Esa cercanía ha permeado el idiolecto de los muchachos y tiene la potencia suficiente para ser un filón de inspiración. La convergencia de esa labor con actividades ganaderas y cafeteras enriquece la lengua de los amagaseños, quienes tienen sus propios refranes y representaciones de la finitud, pues para los mineros más pertinaces morir en la mina es un honor. La idea de futuro en esta población se basa en la inmediatez, saben que un accidente en las minas puede ocurrir en cualquier momento y mueren en su ley.

Hay una manera de agrupar esos relatos y promover en el municipio las prácticas de lectura, escritura y oralidad para toda la comunidad educativa: Los Equipos de Trabajo Colegiado y el Encuentro Municipal de Oratoria. Lo primero es una estrategia del Núcleo Educativo que fomenta el trabajo colaborativo bajo los criterios de desempeño, interés y formación; el equipo de lenguaje está integrado por los profesores de lengua castellana y de filosofía. Este proceso lo lidero desde hace dos años y sería un canal

metodológico y logístico de inestimable valor para las prácticas antes mencionadas. Por otra parte, abril es la cita para el Encuentro Municipal de Oratoria, evento cultural y académico que direcciono desde hace cuatro años, aunque el colegio lo realiza desde el 2006. Este proyecto es una estrategia de promoción de lectura, escritura y oralidad que busca fortalecer el vínculo de los estudiantes con la Palabra hablada y escrita, con el fin de capacitarlos e incentivarlos para contar sus propios relatos y aprender el ejercicio de argumentar y exponer claramente el discurso. Como se ha visto, son dos escenarios privilegiados para la praxis que marcan un gran interés en mis búsquedas pedagógicas y mis obsesiones profesionales y personales.



2. DIÁLOGOS ENTRE EXPERIENCIA Y CONCEPTUALIZACIÓN

2.1. Prohibido lo real

Al entrar al salón de clase los discursos académicos y científicos se someten a una exigente prueba, pues sus postulados se estrellan con el inexpugnable mundo de lo real. Allí es donde la experiencia revela que la autoridad del profesor, su orden de silencio, no es suficiente para captar la atención de los estudiantes y disponerlos a la escucha y a la participación. Asimismo, aunque se pueda planear a la luz de todos los estándares habidos y por haber, siempre emergerá de lo real algo que desubicará al maestro y pondrá en tensión el saber instrumentalizado de la ciencia. Son esas grietas de la rutina las que deben ser creativamente atendidas porque allí está la posibilidad de generar un nuevo conocimiento, un saber que no está en los manuales, pues la vida es superior a cualquier realidad inventada por las normas. Al respecto Julio Goyes (2013) plantea lo siguiente:

La realidad es una convención social donde todo está estructurado o se estructura según unas normas y unos modelos bajo los cuales los signos protectores tapan y disimulan, justamente, eso que es brutal y primario, esos trozos de materia, de luz, de cuerpos; esas texturas y objetos, incluso el tiempo real de la toma que, no como signos, si no como huellas imponen su presencia y su resistencia, saliendo una y otra vez a los signos icónicos, a los textos, etc. La realidad entonces está convenida y codificada socialmente; lo real, por su parte, se resiste a esa codificación. (p.127)

A propósito de la cita, quiero mencionar este episodio. Al iniciar el segundo periodo y en plena clase con el grado séptimo, explicaba las características de la literatura afrocolombiana: ritmo, exuberancia, resistencia, lenguaje, entre otros aspectos. De pronto, surgió algo que no estaba en la realidad prefabricada de la planeación y que hizo reverdecer la experiencia pedagógica. A cierto estudiante nuevo, proveniente de un colegio de Medellín, su compañero de clase le dijo: «no se siente ahí porque esa silla está toda *choneta*». El chico nuevo habló en voz alta para ridiculizar al compañero: «profe, mirá este man, no sabe hablar, ni siquiera sabe lo que está diciendo, dizque esa silla está *choneta*, *mero* montañero». Paré de reseñar unos versos y pedí que levantaran

la mano todos aquellos que supieran el significado de la palabra *choneto*; al final, la mayoría demostró que sabía. El estudiante alegó que esa palabra no estaba en el diccionario y fue una magnífica oportunidad para enseñar sobre el plano de uso de la lengua y de cómo hay cientos de palabras que están por fuera de la Real Academia Española, pero que saltan en las conversaciones espontáneamente. Sugerido por este episodio, escribimos un inventario de palabras que empezaban por Ch y hablamos sobre muchos vocablos latinoamericanos con estas características. Ejemplo: Chance, Chorizo, Chicharrón, Chontaduro, Chachafruto, Chancla, Chocha, entre otras. Finalmente, terminamos hablando del gran humorista mexicano Roberto Gómez Bolaños y de su amor por la Ch para nombrar a sus personajes: Chavo, Chómpiras, Chimoltrufia, Chilindrina, Chambón, Chicharra, Chamfle, Chespirito, Chapulín, Chapatín, Chiripiorca, Chaparrón, etc.

La experiencia cultural, popular y campesina tiene muchísimo que enseñarle a la escuela. Tal y como lo vimos en el ejemplo anterior, hay un saber que no está ligado a la formación académica y que se adquiere en el extracto de lo popular: cantinas, graneros, tiendas, trapiches, cafetales, entables mineros, etc. El maestro que ha sido bautizado en lo popular, sabe que la lengua es un organismo vivo que brota en cada esquina sin complemento circunstancial de modo, pues cuando menos se cree sale un *madrazo* o un sobrenombre o vendedor gritando: «limonada, limonada, qué *güevonada*, nadie compra nada». Al respecto, Óscar Saldarriaga (2006) plantea:

Al saber pedagógico le toca recoger la antorcha de la experiencia, allí donde la escuela nos la dejó atada a la ciencia. La pedagogía puede hoy dejar de ser subalterna de las formas de la ciencia y la tecnología, y retomar de su tradición fundadora lo que la unía al arte y a la artesanía. Gracias a ello, existe la posibilidad de que la «escuela de las ciencias», al abrirse a «las culturas», pueda liberarse de las tiranías teoría-práctica, conocimiento-representación y ciencia-experiencia. Ello empieza por absolver la culpabilización epistemológica que la ciencia ha acumulado sobre las espaldas de los maestros, dejando hablar las culturas de los propios «profes», que habían sido expulsadas de la escuela con tanto o mayor minucia que las de sus propios estudiantes (p.108).

La formación del maestro no es algo que pueda restringirse exclusivamente al campo disciplinar y científico. Lo popular y lo comunitario son aspectos fundamentales de la vida del maestro, pues son escenarios donde la vida transcurre sin mayores cortapisas. Por ejemplo, participar de un *convite* con estudiantes y padres de familia para rozar el colegio porque *se nos metió el monte*, es una experiencia que nos acerca a las pautas de crianza, a conocer el lugar que se le asigna a la participación y al trabajo como eslabones de la cultura. Volver a lo artesanal del oficio nos pone en una sintonía distinta, pues ya no somos los portadores del conocimiento compartimentalizado, si no que estamos incorporados a una comunidad educativa aprendiendo de los saberes locales.

¿En qué facultad de educación se forma al profesor para organizar un convite, cocinar un sancocho para 50 personas, afilar un machete o para comprender las claves culturales que pasan de generación en generación? Seguramente en ninguna; es en la escuela de lo popular, es en la experiencia misma que surgen los desafíos de lo real, las desbordantes complejidades que superan la realidad que se han inventado desde el escritorio. Ante esto el sistema solo diría que no hay por qué enseñar estas cosas, ya que las instituciones educativas tienen recursos para contratar a alguien que haga estos trabajos.

Se sabe de sobra acerca de la desfinanciación de la educación pública en Colombia, y más en el sector rural. Según informes del Consejo Directivo del cual hago parte como representante de los profesores de bachillerato, anualmente hay siete millones de pesos asignados para mantenimiento de las tres sedes. Esto quiere decir que cada periodo —cada diez semanas— se contrata a alguien que guadaña por un costo total de 4 millones de pesos al año. Quedan 3 millones para todas las reparaciones eléctricas, de mobiliarios, pintura y demás emergencias. Con razón no hay papel higiénico en los baños de los estudiantes ni de los profesores. Además, cuando regresa el señor de la guadaña ya se ha hecho otro convite, pues en el prolijo suroeste únicamente no crece la maleza con rapidez sino las culebras y los escorpiones que también entran al salón de clases.

El recorrido ha mostrado una estrecha relación con las experiencias y el saber derivados de lo popular, es así como surge la pregunta de esta investigación: ¿De qué formas la experiencia popular ha configurado mi subjetivación como maestro de la palabra?:



Objetivo general

Problematizar mi subjetivación como maestro de la palabra en relación con la experiencia popular.

Objetivos específicos:

- ¿Qué necesito saber de mí para transformar mis prácticas pedagógicas?
- ¿Cómo los saberes populares pueden articularse a los procesos de formación en la escuela?
- ¿Cómo mis experiencias de lectura, escritura y oralidad reconfiguran mi enseñanza de la lengua y la literatura?



2.2. La subjetivación y el *afuera*

Una de las nociones centrales de este proyecto lo constituye la subjetivación. Se trata de un complejo proceso que sucede cuando las personas tienen contacto con el afuera, pero ese afuera no es el exterior, ni el contexto, ni el otro. Es precisamente el afuera de lo que determinado régimen de verdad nos ha enseñado: qué somos, cuál es el exterior, nuestro contexto, la otredad. Afuera que ha sido llamado inconsciente o pecado, y es esa instancia de la vida donde converge lo prohibido. Y, justamente, es el afuera porque escapa del dominio del poder y del saber. Quienes van al afuera saben que allí está el torrente de lo ingobernable, que estar allí es desbaratar el yo, ese yo creado y domesticado por la norma para obedecer y para comportarse de manera idéntica a los otros yoes de otros sujetos. Esto lo explica muy bien Edgar Garavito (1996):

La subjetivación, gracias a su relación con el afuera, es la creación de un nuevo modo de existencia. Pero un nuevo modo de existencia es concretamente la creación de un campo de afección y percepción. Tanto en el poder de afectar y de ser afectado (*pathos*), como el poder de la mirada (*eidos*), escapan en ese nuevo modo de existencia de las convenciones del saber y del poder. (p.131)

En este nuevo modo de existencia se instala la diferencia como una creación que ocupará el lugar que poseía la identidad. Es como dejar los terrenos de la seguridad para transitar por lo soterrado. Allá en los linderos de lo indómito, de lo monstruoso y lo indeterminado se crea un adentro del afuera. Al decir de Edgar Garavito (1996):

De repente crece en uno mismo un desierto, el rostro se desdibuja, la interioridad se evacúa (...) El pliegue de la línea del afuera es el pliegue de lo no idéntico a sí mismo. La diferencia se instala irreductiblemente en el espacio que frecuentaba la identidad. Todo proceso de subjetivación implica así la irrupción de la diferencia como creación que agrieta la identidad. (p.132)

En la subjetivación no solamente se crea la diferencia, sino la autonomía frente a las formas del saber y las fuerzas del poder. Los sujetos experimentan un alejamiento de las formas clásicas del poder, pues su campo de sensibilidad es un terreno no gobernado por esas fuerzas y, por tanto, puede ver más de lo que permite el saber y el

poder. La autonomía es una de las virtudes que más aceleradamente perdemos, desde muy chicos nos enseñan que la soledad es indebida y buscan a toda costa que pertenezcamos a algo: a una familia, a una escuela, a un país, etc. Sin embargo, la autonomía siempre pondrá en tensión lo establecido, los moldes con los cuales han diseñado la realidad. Así lo plantea Edgar Garavito (1996):

Otra característica de la subjetividad es que es autónoma con relación al saber y al poder. En la subjetivación se trata, por lo menos, de una pérdida de contacto con las formas del saber y con las fuerzas movilizadas por el poder... En la subjetivación, en cambio, hay que entender por autonomía una fuerza que no depende del saber ni del poder, sino que se pliega sobre sí misma para construir un <adentro del afuera>. (p.134)

La subjetivación es un proceso voluntario que exige dejar lo conocido, lo parecido a mí, los terrenos seguros que el poder y el saber aparentemente han allanado para mí. Sin embargo, se precisa ir a lo prohibido para beber del extracto mismo de la vida y regresar al orden, pues los riesgos o las aventuras del proceso de subjetivación pueden derivar en la locura o en la muerte. El maestro desarrollará la intuición en las distintas experiencias de la vida y en los trayectos de formación para ir y volver con autonomía y *poiesis*, del bosque, de la noche, nombrando metafóricamente el afuera. ¿Enseñaremos que el hombre está atravesado por la perversión o seguiremos perpetuando la idea del hombre como un ángel menor proveniente de dioses misericordiosos que descansan los domingos?



2.3. La subjetivación del maestro de lenguaje: ir a lo indomable

No se puede afirmar que solo la academia y el pensamiento científico forman al maestro de lenguaje, pues la cultura moldea nuestro pensar e influye en nuestra forma de actuar desde sus escenarios más naturales: la calle, un convite, un bus, una fila, un bingo bailable o un sancocho cocinado en leña. El egresado de las facultades de educación ha sido entrenado para citar y conceptualizar a la luz de los teóricos, incluso para seguir guías didácticas, pero ¿qué hacer cuando lo imprevisto emerge para sepultar la realidad que prefabrican los discursos?

La subjetivación del maestro es una posibilidad para crear la diferencia, para vaciar esa identidad que forma maestros obedientes del currículo y del sistema educativo. Un maestro capaz de trasladar la magia de los relatos que circulan en las calles, las cocinas, los bazares, las tiendas y los bares al salón de clase, será un maestro capaz de reconocer las puntadas que confeccionan la vida misma.

Otro ejemplo de cómo la cultura popular es un texto pedagógico pueden ser los sobrenombres; a través de ellos es posible estudiar las figuras literarias como el símil, la ironía o la hipérbole. Burlarnos del otro requiere de mucha creatividad, sobre todo si se quiere ser sutil; despertar esa agudeza requiere mover fronteras del lenguaje más allá del sujeto y el predicado.

¿Cómo ser un maestro diferente, decidido a ampliar su campo de afección y percepción? Las formas del saber y las fuerzas del poder se empeñan en producir cierto tipo de ciudadano y para tal propósito necesitan programar cierto tipo de maestro, uno que crea, por ejemplo, que la innovación es lo más importante en la educación y que los Derechos Básicos de Aprendizajes (DBA) son la panacea que salvará a Colombia de la ignorancia. Cuando nos atrevemos a ir a los ámbitos del Afuera, a caminar en las regiones de lo indómito, podemos tensar las relaciones del poder y el saber y así corroborar la naturaleza de lo que nos impusieron por su calidad de bueno y correcto. Así lo plantea el investigador colombiano Edgar Garavito Pardo (1996):

El afuera proviene de un forzamiento del tiempo y del espacio que precipita un nuevo campo de afección y de percepción. Mientras que la relación de lo mismo y lo otro crea un vector de domesticación para controlar todo aquello que acontece, el afuera es la irrupción irreductible de un acontecimiento que desestabiliza el vector de domesticación de lo que acontece. Así, la fuerza del acontecimiento es proporcional a su capacidad de agrietar el vector de domesticación espacio-temporal tendido entre lo mismo y lo otro. (p.125)

La cultura letrada ha discriminado la oralidad por considerarla una práctica del populacho. Sin embargo, nada es más inspirador que los relatos de los campesinos y los mineros, que los pregones de los vendedores ambulantes o los *tiros* y *chascos* que chisporrotean en los barrios y veredas. A propósito, una manera que descubrí para enseñar la rima no fue a través de la poesía española, fue por medio de la trova y la música decembrina y el rap; incluso, tengo un semillero de rimadores del grado octavo. No hay una clase en la que no me pidan iniciar con una rima para saludar o introducir el tema, incluso, me aventajan al preguntar en verso. Este conocimiento fue heredado de la cultura popular y yo, únicamente, les recordé que lo tenían.

La subjetivación del maestro de lenguaje permite la autonomía, una autonomía que proviene del contacto con lo ingobernable, aquello que pone en entredicho las estructuras del poder y el saber. Ilustremos esto: las formas canónicas de enseñar el lenguaje dirían que un caballo flaco y hambriento debe ser llamado jamelgo, cuando más, rocín. Sin embargo, cuando se ha tenido un proceso de subjetivación mediado por las experiencias populares hay una autonomía luminosa para decir que ese mismo caballo es un *güelengue* o un *táparo*. En este caso, el plano de uso de la lengua para mis estudiantes es *güelengue* y *táparo* —no jamelgo o rocín—, pues detrás de estos vocablos hay toda una tradición que los empuja: la arriería. Problematizar el estándar es tarea urgente de la autonomía.

Por tanto, cultivar esas expresiones locales y campesinas en el aula será un deleite para los estudiantes que ven cómo la lengua de los abuelos y los tíos se desparrama en el tablero. Ahora bien, no se trata aquí de enfrentar la enseñanza de la lengua estándar o culta con la lengua vulgar, se trata de tender puentes vivos para que ambos caudales

culturales y lingüísticos crucen hacia nosotros y por nosotros. El maestro de lenguaje descubrirá para el estudiante las riquezas de las expresiones locales, jergas, dichos, metáforas y saberes artesanales. La subjetivación tiene un carácter contingente, es decir, no se presenta como una obligación, surge de manera espontánea creando un adentro del afuera que erosiona un yo macizo, impuesto e idéntico. Así lo describe Edgar Garavito (1996):

Alguien puede ser <asaltado> por un proceso de subjetivación, pero no por ello está obligado a asumirlo como una exigencia necesaria. Una vez producida, la subjetivación es una alternativa contingente; no es determinante de la relación con los demás, pero sí la regula. (p.133)

Para concluir este apartado, es importante mencionar que la subjetivación le permite al maestro reconocer la diversidad y la potencia de la vida, esa vida que no lograremos etiquetar y que, tarde o temprano, florece con su inusitado brío; quien quiera sentirla tendrá que ir ineludiblemente al caos del afuera.



2.4. Cepa del maestro

*Es difícil saber en qué momento de la vida nos
decidimos ser lo que acabamos siendo.*

Leonard Cohen

El gran maestro de mi vida fue mi padre, un obrero que después de trabajar 12 horas llegaba a casa y nos sentaba en frente de un tablero de Los Pitufos para enseñarnos a leer y a realizar operaciones matemáticas básicas. Su pequeña voz de búho leía a Rafael Pombo con sobrada gracia:

*Érase una viejecita
Sin nada que comer
Sino carnes, frutas, dulces,
Tortas, huevos, pan y pez...*

¡Qué noches gloriosas! Las fábulas y los textos en rima son esas formas del cantar para esos primeros años de aprendizaje: la palabra se vuelve juguete y la voz humana reverbera en armoniosas notas musicales. Sin darnos cuenta aprendíamos a descifrar el código escrito en aquella pizarra de vocales rojas y de cartillas que pasaban de hermano en hermano. Como soy de los menores, esos textos escolares eran ya desvencijados, sin pasta, rayados y con hojas crespas. Manipular el abecedario resultó de lo más interesante: la E de enano, la I de iglesia y la O de oso fueron revelando la seriedad del hechizo; pensaba en los objetos, y en el horizonte de mi mente aparecía la forma de su escritura. ¡Eureka! Sentí más conexión con la vida, una manera de atraer la distancia, una forma de asir el mapamundi con paralelos y todo.

A 15 minutos de mi casa en Caldas estaba la escuela Joaquín Aristizábal que era como una villa: salones altos con techos de barro, puertas y ventanas de macana y tres patios internos para jugar *chucha cogida* ante la mirada de los próceres pintados en los pasillos. De allí recuerdo con especial cariño a Eucaris y su dulce mirar de maestra; a Sinforoso y su risa mueca rodando por el pantalón bota campana; a Gilma Echeverri,

pensionada y con muchos tornillos por fuera de su cabeza pelicorta, iba con medias veladas rotas y lo primero que llegaba al salón era su canto:

*Yo tenía una vaca
una vaca colorada
se bañaba, se vestía
y su boca se pintaba*

Todo un señor profesor fue don Argiro, maestro de biología con voz de guayaba que me enseñó que la célula es la unidad que constituye a todo ser vivo, que el huevo de avestruz era la célula más grande que había. Fui feliz en la escuela: tuve amigos, aprendí, jugué, peleé, reí y regué geranios y novios que crecían colgados en el viento.

El bachillerato fue otro asunto: las exigencias, las ridiculeces de la adolescencia y las clases aburridas pronto gruñeron. Creo que cuando uno está haciendo lo que no le gusta, la verdadera pasión lo jala, lo llama, es como si, al comer habichuelas, descubrieras unas ganas incontrolables de comer frijoles o pastas. En esas clases aburridas pensaba solo en leer, en tomar mi diccionario y seguir sembrando mi imaginación. En octavo un compañero de clase me dijo que si yo podía enseñarle español y matemáticas a su hermana menor, la mamá me pagaría. Esa pequeña experiencia aleteó como una llama dentro de mí, la chica era un encanto y debía reforzar divisiones y comprensión de lectura. Si ya lo hacía con mis hermanas ¿por qué no ser un profesor a domicilio? Además, César, mi amigo, tenía patines y videojuegos. Allí comprendí que tenía madera para el oficio; sabía más que mis compañeros de curso y era paciente y encontraba la manera de hacerme entender.

El reto de enseñar me gustó, lo primero fue poner en duda lo que yo sabía de esos temas; explicándole a la niña supe que necesitaba saber más, mucho más, repasar y preparar la clase. El encargo duró poco, pues Estefanía recuperó los logros y yo terminé exitosamente mi primer trabajo como profesor. Durante el bachillerato presté atención, sobre todo, a los maestros de lengua castellana: Ramona, Gustavo, Fernando y Gilberto.

Esas clases eran entretenidas, había contenidos literarios y lecturas en voz alta, juegos, concursos, consultas y acertijos.

Hasta ese momento, la pedagogía no me atrapaba lo suficiente, pues no estudié una licenciatura. Me gradué como comunicador social periodista de la Universidad de Antioquia y poco después me contrató Comfama para ser instructor de fomento a la lectura. Ahí estaba el oficio de enseñar coqueteando de nuevo; las lecturas que había hecho hasta el momento me dieron la posibilidad de hablar de literatura desde el goce. Leí ampliamente literatura infantil y juvenil, participé del programa de Jornadas Complementarias en muchos colegios de Medellín, conocí escritores y gestores culturales de la ciudad y de otras regiones.

Cinco fabulosos años leyendo en diversos lugares: el Metro, hogares infantiles, iglesias, parques, comunas, colegios, ferias, empresas y bibliotecas, entre muchos otros. Este paso largo por la caja de compensación me llenó de interrogantes por la escritura; se acentuó el deseo de escribir. Otra herencia importante fue la red de amigos e instituciones culturales y un cúmulo de lecturas de autores de la literatura universal. Por otra parte, liderar la conformación y consolidación de clubes de lectura fue una experiencia repleta de sentidos. Ser profesor allí fue muy estimulante, pues no había un currículo estandarizado, se planeaba con base en unos programas establecidos que no limitaban ni coartaban, más bien orientaban el trabajo y permitían reinventiones y atajos creativos permanentes.

Esa experiencia me condujo a ser profesor de cátedra del Tecnológico de Antioquia; llegué a la Facultad de Educación para enseñar promoción de lectura, didáctica de la escritura y una práctica de taller de escritores. A pesar de no tener el título de profesor, las puertas de la enseñanza se abrían de nuevo. Sé que no es suficiente saber, se requiere más para ser profesor, es fundamental también el deseo de enseñar, el amor por el oficio, la vocación. Sin esta combinación no hay marcha rítmica. Quedará faltando chispa y el proceso de enseñanza y aprendizaje no será fecundo. Ser profesor universitario me confrontó y la mirada esta vez la puse en mí, tenía que conocer

profundamente cómo se enseñaba y más a unos estudiantes que se formaban para ser profesores de humanidades y lengua castellana.

Aprendí a dialogar con la malla curricular: retroalimentaba el saber de esa guía con mis experiencias populares por el departamento de Chocó: Candelario Obeso, Las nanas negras, la chirimía, la *arrechera*, el *corrinche* y los alabaos agarraron las clases por la cintura. La lengua de las tías fue salpimentada: varios semestres recogiendo sus expresiones, sus palabras melifluas, sus analogías campesinas, en general, su decir. Otro intento más de compilar un diccionario, esta vez, el Diccionario de las tías. Hablar de las tías fue volver sobre su ropero, llevarle saludes a las primas y comer dulce de cidra en la cocina de la mamita. Ser profesor esta vez fue la oportunidad para sembrar en otros mis obsesiones por el lenguaje; entregué mi experiencia de cuentero, de lector y de caminante.

Un profesor que no solo se alimenta de teoría, un profesor untado de pueblo, pues él es también el pueblo; un profesor que no haya crecido únicamente en los campos asépticos de la academia puede mostrar la riqueza idiomática de los pueblos, de una cultura marginada a la luz de los discursos colonizadores. Con la geografía en la planta de mis pies cruzaba las aulas y el relato crecía como un organismo; las palabras que maduraron en las plazas de mercado ahora desfilaban orondas ante la rigidez de una lengua excluyente y descontextualizada.

Esta lengua no reflejaba la adrenalina de la juventud, sus entramados mundos virtuales o su ascendencia popular y su malicia pueblerina. Lo que se enseñaba parecía reñir con el ser, parecía que la lengua de las facultades de educación no comulgara con la forma de hablar de los estudiantes y que había que certificarlos en una lengua estandarizada que suplantara la nobleza de las montañas, el refrán y el tono campechano. Una condición esencial del maestro debe ser un viaje al lenguaje popular, a la experiencia comunitaria; y no me refiero estrictamente al viaje por el mundo o por el país, me refiero al viaje local, al viaje por la región. Allí donde el lenguaje hierve de sentidos y de saberes propios.

En *Realidad mental y mundos posibles*, Jerome Bruner (1986) propone la imagen del castillo para referirse a la lectura del mundo; en un acto de creatividad magna, los seres humanos construimos castillos, construimos complejos mundos para significar, para dar sentido e interactuar con los otros dentro de nuestra cultura. Para Bruner (p. 58) el saber popular contenido en las narrativas cotidianas construye castillos tan reales, tan sólidos como los creados por la ciencia. Asimismo, el arte crea mundos posibles mediante la transformación metafórica de lo ordinario y lo «dado» convencionalmente (Cfr. p. 59). Así lo cita la profesora María Nancy Ortiz (2011) en su artículo *La narración, puerta y espejo en la formación investigativa de los maestros*.

En consecuencia, la apuesta en esa experiencia pedagógica y en las posteriores ha sido por el relato popular, esas narrativas de lo cotidiano que se cuecen en la banca, en la caseta comunal, de lunes a viernes y los fines de semana del bingo, entre la empanada y la cerveza. Ese capítulo de mi vida encontró simpatizantes y animó a decenas de jóvenes maestros a volver sobre sus propias palabras, las palabras de la familia, del barrio, del pueblo. Con sorpresa comprendieron que habían vivido siempre en un portentoso caudal de relatos orales con diversas formas lingüísticas de inestimable valor literario y que ahora eran responsables de salvaguardar ese patrimonio oral desde su formación y en sus prácticas pedagógicas como profesionales de la educación. Entre mis clases en la sede central de Robledo y las del programa de Regionalización, surgió el interés por la educación rural y me presenté a la convocatoria de la CNSC para ocupar una plaza como docente de aula en Humanidades y Lengua Castellana. Los resultados fueron favorables y decidí enseñar en la Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina de Amagá. Desde eso, he vivido otra expedición pedagógica.

La *chicharra* del celular despierta a las 5:00 de la mañana, llueve y el frío quebranta las orejas; un baño y luego un pocillo de café son las costumbres para iniciar el día del maestro. El bus sale para el pueblo en diez minutos, me cuelgo un morral en medio de relámpagos y brinco de acera en acera para no empaparme los zapatos. El vehículo es un modelo viejo que apenas arrastra su monstruoso peso de molusco, es difícil pegar el

ojo, es el primer carro de la ruta y se monta *hasta el perro y el gato*. Sigue lloviendo, le cedo el puesto a una señora que me dice *muchas gracias, querido profesor*.

Al casco urbano llego faltando 15 minutos para las 7:00 am y agarro un mototaxi que me lleva a la vereda. Aún llovizna. La carretera es una trocha con estanques profundos y con peligrosas trampas resbaladizas. Justo a las 7 estoy en la escuela y doña Gloria me saluda como si nos conociéramos de toda la vida: *Don Alejandro, no se moje*. Recuerdo que tengo copias de unas lecturas en el morral —no hay hojas en el colegio para poner a funcionar la máquina—. Sigo brincando. Llego a la sala de profesores donde la terquedad de las goteras ha estropeado algunos libros; bajo al salón de octavo y está inundado, algunos estudiantes me saludan con escoba en mano. Ya para ese momento me hormigean los hongos que viven en mis pies.

Con las sillas afuera y el salón recién achicado, observo con detalle las grietas del muro y de la loza del aula. Los socavones pasan por debajo del colegio, paredes y pisos ceden ante el ahuecamiento de las entrañas; el alcantarillado comunitario cruza por la sección de primaria, el invierno rompió 50 años de atanorado y aguas negras se juntan con las aguas lluvias que discurren por la cancha. Una falla geológica ha hundido el parque infantil; Juan Pablo trajo naranjas y mandarinas para mí. *Estaba barriendo los prados y me acordé del profe*. Ya en la clase, la risa se hamaca en los cuentos de David Sánchez Juliao que entona los relatos del Caribe.

Y es que esa forma de los escritores de fotografiar las culturas con la lengua es una manera de enseñar la vitalidad que tiene la literatura en el aula o, visto de otro modo, la lengua es capaz de dibujar con precisión una cultura porque está dentro y fuera de los sujetos. Tiene la habilidad de ser molde, de recrear lo inconsciente y dar forma a una exterioridad de los pueblos. Para Jerome Brunner los relatos son la moneda corriente de las culturas; allí se transan todos los intercambios de los sujetos. Es a partir de los relatos que se construye la realidad, desde los relatos fundacionales hasta el runrún, las prédicas y los chistes verdes, las bendiciones y los conjuros.

El Flecha, personaje inolvidable de David Sánchez Juliao, encarna un entramado de significados culturales; sus hipérboles, por ejemplo, son espejo de una costa caribe donde pulula la calle, el juego, el boxeo, el béisbol, la música, la bebida y una suerte de spanglish adorable. Aquel día El Flecha vapuleó el frío con su derecha y un contundente gancho de izquierda ganó la atención de los muchachos que, junto con el profesor, comprendimos que los sujetos cantan por todos los poros de su cuerpo la cultura. O mencionado por Michael Connelly y Jean Clandinin (1995) suena así:

Los seres humanos somos organismos contadores de historias, organismos que, individual y socialmente, vivimos vidas relatadas. El estudio de la narrativa, por lo tanto, es el estudio de la forma en que los seres humanos experimentamos el mundo. De esta idea general se deriva la tesis de que la educación es la construcción y re-construcción de historias personales y sociales; tanto los profesores como los alumnos son contadores de historias y también personajes en las historias de los demás y en las suyas propias (p.11-12)

Maravillado con la presencia de El Flecha por los pasillos del colegio, olvidé que la cosecha de café se llevó a Cristian, un chico que abandonó el aula para meterse al cafetal y ganarse unos pesos para estrenar ropa en diciembre o para ahorrar y comprarse una moto o un celular o para ayudarle a la mamá a mercar y a pagar los servicios. Tal vez se matricule el próximo año, tal vez lo haga y luego se vaya nuevamente detrás del aroma del café. La niebla desciende como emisaria de las cumbres; el frío alborota el hambre, pero hoy tampoco hay restaurante escolar —la alcaldía no ha mandado el mercado—. Justo cuando pienso en eso, Nallely, una estudiante de sexto, me ofrece una boleta de 2000 pesos para la rifa de un minimercado; aunque esta iniciativa no tiene nada que ver con la escasez del colegio, tiene que ver con las ollas bocabajo de la casa.

Al medio día se confirma la noticia, las cámaras de seguridad muestran la silueta de un hombre que entra al salón de séptimo y sale tranquilo con el televisor al hombro. Tal vez no haya sido un buen día para una croniquilla, pero esta es la expedición pedagógica que enfrento. Ahora tengo una reunión: Consejo Directivo y Junta de Acción Comunal. Tema: la cloaca que amenaza con enfermar a los niños.

2. LA METODOLOGÍA

3.1. Camino a la palabra

La metodología que se propone para esta investigación es biográfico-narrativa, pues detalla mis trayectos de vida alrededor de las experiencias populares y de mis prácticas pedagógicas, dando sentido a lo narrado y a lo vivido tanto en el aula como por fuera de ella. Es así como quiero problematizar mi subjetivación como maestro de la palabra en relación con la experiencia popular. Enmarco esta elección metodológica con una cita de Antonio Gramsci (1999), quien plantea que:

La autobiografía puede ser concebida “políticamente”. Se sabe que la propia vida es semejante a las de miles de otras vidas, pero que por una “casualidad” ha tenido un resultado que muchas otras no podían tener y de hecho no tuvieron. Relatando se crea esta posibilidad, se sugiere el proceso, se indica el camino. (p.147)

Es justamente allí donde se piensa descubrir, a través de la narración autobiográfica, ese acontecer que me ha llevado camino a la palabra. Revisaremos esas capas («casualidades», al decir de Gramsci) de lo sociocultural, que dieron apertura a la oralidad y a determinadas prácticas como los clubes de lectura en las bibliotecas públicas y privadas, los espacios de cuentería y música parrandera y la interacción constante con las experiencias populares para configurar mi subjetivación como maestro de la palabra. Así, y siguiendo a Gramsci, emerge la posibilidad para sugerir un proceso que pueda inquietar a los maestros de lenguaje en sus prácticas pedagógicas.

Sobre la potencia y los amplios recursos de la investigación narrativa en el campo de la educación, Christine Delory-Momberger (2009, p, 7) expone lo siguiente:

La investigación narrativa y (auto)biográfica analiza las formas y los procesos a través de los cuales los agentes sociales elaboran e incorporan biográficamente los acontecimientos y las experiencias de aprendizaje a lo largo de la vida. Las fuentes autobiográficas y narrativas, construidas por historias de vida, relatos orales, fotos, diarios, autobiografías, cartas, memorias, testimonios, entrevistas, relatos de

experiencia, escrituras escolares, videgrabaciones, etc., se configuran como objeto de indagación transversal en las ciencias sociales y humanas y amplían las vías y los recursos metodológicos para el conocimiento de las experiencias vitales de los sujetos. En educación y pedagogía, la investigación narrativa y autobiográfica produce conocimientos sobre los sujetos en formación, sus relaciones con los territorios y tiempos de aprendizaje y sus modos de ser, hacer y biografar resistencias y pertenencias.

Un concepto fundamental para desarrollar dentro de la metodología es la idea de taller que referenciaré varias veces a lo largo de este trabajo de investigación. La cultura misma la podemos plantear como un taller, ese lugar de donde tomamos lo heredado para encarnarlo y luego legarlo a los recién llegados, a los estudiantes y a la sociedad en general. Mi taller inicial, mi artesanía con la palabra sucedió en la cocina de mi casa, con las comadres y en la calle; escenarios nada convencionales para el aprendizaje según los cánones académicos del poder y el saber. De nuevo Gramsci: «Es cierto que la autobiografía tiene un gran valor histórico, en cuanto que muestra la vida en acción y no solo como debería ser según las leyes escritas o los principios morales dominantes».

Desde que fui promotor de lectura, escritura y oralidad he sido un *hombre-taller* y lo sigo siendo como maestro de un colegio rural de escasísimos recursos. Mi maleta siempre va colmada de literatura, fotografías, periódicos, crayones..., además de un repertorio de cuentos orales para narrar y recrear. También aparece el libro-álbum como una pieza fundamental del taller, pues esta cuenta una historia con dos lenguajes: el escrito y el visual, aunque haya algunos libros que solo utilicen la ilustración. A propósito de la idea de Hombre-taller, todos los amantes del lenguaje nos convertimos en talleres de la palabra en sí mismos, somos orfebres silenciosos del verbo, pues, según Walter Benjamin (2016), «la narración es una forma artesanal de comunicación».

La idea de taller ambulante ha valido para crear en el municipio de Caldas Antioquia una iniciativa cultural llamada El tour poético por bares y cantinas, un proyecto que busca leer literatura en lugares no convencionales y articularse a las dinámicas de la vieja bohemia. La acogida ha sido tal que hemos estado, incluso, en el Parlamento Internacional de Escritores de Cartagena; este Tour se hace cada mes en un lugar

distinto del Área Metropolitana. Es de anotar que, por petición de cafés y bibliotecas, ya el evento se hace también en estos lugares. Y fieles a la idea de lo artesanal, se invita a un escritor emergente de la localidad para que comparta escenario y voz con los escritores de base que conforman el Tour.

Retomemos el concepto de Gramsci cuando sostiene que la autobiografía puede ser concebida «políticamente», pues la historia de la educación está cambiando, gracias a iniciativas de maestros que están investigando a través de procesos de formación, de instalación de redes de aprendizajes, de prácticas pedagógicas honestas. Es así como el maestro se convierte en un actor social para la transformación. Sin embargo, esos cambios «moleculares», según Gramsci, no se ven ni son reseñados por el sistema normativo y son las autobiografías los escenarios para narrar y testimoniar los cambios que, aunque pequeños e inadvertidos, marcan la diferencia en sistemas imbuidos de estándares e inician las grandes transformaciones, así sea en un individuo o en un salón de clase. Al respecto, Gramsci (1999):

Solo a través de la autobiografía se ve el mecanismo en acción, en su función real que muy a menudo no corresponde para nada a la ley escrita. Y sin embargo la historia, en sus líneas generales, se hace sobre la ley escrita: cuando luego aparecen hechos nuevos que transforman la situación, se plantean cuestiones vanas, o por lo menos falta el documento de cómo se ha preparado el cambio “molecularmente” hasta que ha explotado en la transformación. (p.152)

Por otra parte, en lo metodológico se plantea una revisión de mi trabajo periodístico, un recorrido por el periodismo comunitario que osciló entre lo popular y lo literario. La pirámide invertida de la noticia —o género seco que llaman los teóricos— pronto castraron mis deseos de narrar; por tal razón, empecé a escribir crónicas y perfiles sobre la gente del pueblo: carniceros, lustrabotas, carretilleros, sepultureros, artesanos, rescatistas, costureras, campesinos, polvoreros, entre muchos otros oficios. Allí apareció el desafío de escribir historias del pueblo y para el pueblo. Llegué de nuevo, como en mi infancia, a la cantera de lo popular, al lenguaje malicioso, cargado de humor y doble sentido; Llegué, otra vez, a la sencillez como forma por excelencia de la comunicación oral y escrita.

Esta metodología permitirá comprender mis trayectos de vida en espacios y tiempos determinados, a través de una escritura sugerente, capaz de proponer senderos que nos lleven a la palabra hablada y escrita. Pondero el papel fundamental de participar en lo comunitario, pues esta investigación se «unta» orgullosamente de pueblo: de sus metáforas y proverbios, de sus oficios y de su aliento. En ese ímpetu es que pretende forjarse esta investigación, con un tono abierto al mundo donde se pueda leer lo social en mi historia personal. El profesor español Carles Feixa (2004) acuña muy bien esta idea, aunque hay que precisar que, en mi análisis, observador y observado son la misma persona, es decir, yo mismo.

La imaginación autobiográfica es la capacidad para cooperar en la construcción de una escritura de la vida abierta y sugestiva, fruto del diálogo entre un observador y un observado, capaz de ayudar a comprender un tiempo y un espacio humano, de leer una historia social a través de una historia de vida.

Ahora bien, no se trata tan solo de sistematizar el recuerdo o de hablar con añoranza de un pasado valioso; como ya lo he dicho, esta investigación ofrecerá la visualización de una forma que podrá ser punto de partida para investigaciones ulteriores. Por eso los detalles serán esenciales a la hora de narrar, pues un pequeño guiño puede significar una complicidad, una grieta o una inspiración para los maestros de lenguaje que sienten la necesidad de transformar sus prácticas pedagógicas como lo siento yo. Tengo la intuición de que narrando mis experiencias en lo popular encontraré los elementos que han configurado mi subjetivación como maestro de la palabra y que serán útiles al saber científico del profesor de hoy. Lo oportuno de esta manera de investigar lo puntualiza así Carles Feixa (2004):

Lo más destacable de una historia de vida no se refiere al pasado, sino al presente (“las consecuencias de un fenómeno son más importantes que el fenómeno en sí, su presente es más importante que el pasado”) (p.8).

Ir al fondo de las experiencias es como auspiciar una expedición a lo profundo del ser, pero también a lo profundo de una cultura. Es como plantear que un elemento contiene

los rasgos del conjunto universal y que por ello logra encarnar una época y develar amplitudes y limitaciones. Las estadísticas toman generalidades y los datos son reducidos a estándares, pero en las historias de vida las tramas surgen para cambiar la curva de las estadísticas y desentrañar los detalles que solo la mano puede acariciar. El enfoque biográfico-narrativo privilegia la voz propia, en este caso la del maestro, quizá el único con derecho propio de hablar con autoridad sobre educación, pues en él está todo: el sistema educativo, la sociedad, las prácticas pedagógicas y, fundamentalmente, el oficio. El autor Carles Feixa (2004) cita a Franco Ferrarotti, uno de los padres de la sociología italiana, refiriéndose a las inmensas posibilidades de las autobiografías en el conocimiento científico:

Si cada individuo representa la reapropiación singular de lo universal social e histórico que lo circunda, podemos conocer lo social a partir de la especificidad irreductible de una praxis individual. Aquello que convierte en único un acto o una historia individual se propone como una vía de acceso -a menudo la única posible al conocimiento científico de un sistema social... (ello) legitima nuestro intento de leer una sociedad a través de una autobiografía" (Ferrarotti 1981: 41-3).

Por todo lo anterior, esta investigación procederá con el enfoque biográfico-narrativo desde el paradigma cualitativo para comprender cómo las experiencias populares han configurado mi subjetivación como maestro de la palabra. Hemos expuesto la agudeza de este método y su pertinencia en el campo educativo. En conclusión, será la voz del maestro la que lo narre, lo confiese y lo analice.

En efecto, este enfoque en la educación es una inmensa posibilidad para que el maestro le dé sentido y comprenda la experiencia vivida y narrada. El profesor no es un recadero del Ministerio de Educación Nacional, no está para hacer una transferencia de los estándares básicos de competencia o de los lineamientos curriculares tal y como lo ha dicho el gran maestro brasileiro Paulo Freire en la Educación Bancaria. El maestro deberá filtrar lo que propone enseñar el Estado a través de su experiencia; sus vivencias por fuera del mundo de la escuela amplían la visión dentro del aula. Nada más encantador que un profesor que haya vivido intensamente, pues ese vigor reinventa el currículo y chisporrotea por los pasillos.

El cuento *Un mar de fueguitos* de Eduardo Galeano está en consonancia con lo antes dicho:

Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo.

A la vuelta contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos.

—El mundo es eso —reveló— un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tanta pasión que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende.

El maestro, que no es un ser por fuera del mundo de la vida, no puede ser de ninguna manera un fuego bobo, de los que no alumbran ni queman. Un maestro de la palabra será un fuego apasionado, uno que encienda la yesca que hay en cada corazón, un fuego capaz de ser hogar. Dice el relato que cada persona brilla con luz propia entre todas las demás, el maestro de la palabra sabe la trascendencia de este detalle, pues no trata de homogeneizar a los estudiantes, sabe que en cada uno reside una ardentía singular que responde de manera distinta a los saberes y a los aprendizajes del aula.

Los estudiantes terminan recordando a los maestros que les cuentan historias; aquellos capaces de dialogar o de embrujar con la palabra, incluso de explicar el currículo a través de los relatos, sin importar la especificidad de la asignatura. El maestro chileno Humberto Maturana dice que, si somos capaces de cambiar las conversaciones, somos capaces de transformar la sociedad. Creo firmemente que, si educamos para la escucha, las clases podrían ser auténticas conversaciones entre profesores y estudiantes, haciendo añicos la consabida rúbrica de pasar del libro o del internet al tablero y luego al cuaderno donde se quedan, casi siempre, los conceptos, ya que no alcanzan a llegar a la cognición del estudiante. En cambio, conversando es como comprendemos la vida; naturalizamos el saber como algo propio del discurrir de la vida.

El investigador español Antonio Bolívar Botía plantea que, como modo de conocimiento, el relato capta la riqueza y los detalles de los significados en los asuntos humanos (motivaciones, sentimientos, deseos o propósitos) o, dicho en palabras de Brunner, el objeto de la narrativa son las vicisitudes de las intenciones humanas. Es necesario pensar en el por qué es tan difícil enseñar, cómo puedo reinventar mis prácticas en el aula y cómo encaminar a mis estudiantes hacia los relatos que van tejiendo la realidad. Si podemos hacer la realidad a través del relato, la clave para transformar la realidad está en la elaboración del relato.

El escritor argentino Julio Cortázar (1964) dijo «tenemos que obligar a la realidad para que responda a nuestros sueños; hay que seguir soñando hasta abolir la falsa frontera entre lo ilusorio y lo tangible, hasta realizarnos y descubrir que el paraíso estaba ahí, a la vuelta de todas las esquinas». Creo que el génesis de este paraíso está en el relato, en la conversación, en la palabra. Esta recomendación de Cortázar cobra un gran valor porque muestra la realidad como algo que puede moldearse a nuestro favor. Así la actualidad de la educación en Colombia sea precaria, así la condición del magisterio sea cada vez más desfavorable, es imprescindible mantener la dignidad de la palabra, el sueño de la palabra, las posibilidades de la palabra.

Hasta aquí se ha hecho hincapié en lo trascendental que resulta el maestro como un sabedor de la vida y un gran contador de historias. Ahora, en el caso puntual de mi trabajo en el aula, quiero reflexionar cómo enseño, qué necesito saber de mí para transformar mis prácticas pedagógicas. Debe haber una pregunta permanente en la formación del maestro: ¿qué se requiere saber para enseñar cabal y significativamente?

«El sentido de una acción, lo que la hace inteligible, solo podrá venir dado por la explicación narrativa del agente sobre las intenciones, motivos y propósitos que tiene para el maestro a corto plazo y, más ampliamente, en el horizonte de su vida» (Bolívar, 2001). Por eso, y recalco la intención, la urgencia de volcar la mirada sobre lo que hago en el aula como maestro en la enseñanza de la lengua y la literatura. Saber cómo mis

vivencias en la lectura, la escritura y la oralidad retienen las mal llamadas clases de español.



3.2. Las entrañas de la hoguera

Camino a la palabra plantea la comprensión de la escuela como escenario que ha excluido los saberes populares, situación de no menor importancia si se considera que los acudientes también son marginados de los procesos de formación al ser desarticulados como eslabones de la tradición. Se corta con un entendimiento de la vida y con la transmisión generacional del conocimiento del entorno, de las claves de la tierra, el clima y del sentido común. El currículo ha instrumentalizado la enseñanza y el aprendizaje de un cúmulo de saberes estandarizados, medibles y cuantificables, alejándose del mundo de la vida y de los intereses de los niños, adolescentes y jóvenes.

Las representaciones del mundo que tienen los ancianos y los seres de los oficios constituyen una potente reserva de saberes que entregan a la pedagogía un componente comunitario, el cual desemboca en la conversación y en la continuación de prácticas para el fomento y el entendimiento de la vida. Por ejemplo: un par de veces en el año recibimos la visita en la institución educativa de las madres que trabajan en el trapiche comunitario para enseñarnos cómo se hace la panela, el *blanquiao* y las *panelitas*, entre otros productos derivados de la caña. Otras veces hemos visitado unidades productivas del sector como alfarerías, cultivos de café y maracuyá o minas de carbón. Estos encuentros son profundamente significativos, pues se tensan las relaciones del poder y del saber al dejar en el aula los manuales y transformar al profesor en un aprendiz y, sobre todo, al permitir que el entorno y sus auténticas voces entreguen o transmitan ese saber profundamente colectivo, ancestral y vivificante.

La enseñanza de la lengua no puede limitarse solo al tribunal de la Real Academia de la Lengua Española. Por fuera de ese mamotreto denotativo está una lengua briosa que baila por la falda de la vereda. Esa lengua es la que ausculta esta investigación, aquella que no está formalizada en sujeto, verbo y predicado, pues es una lengua espontánea que pone su timbre con malicia e ingenio en el devenir de la vida. Los oficios aportan idiolectos de vastísima riqueza semántica, cuya terminología revela la audacia de las comunidades y sus adaptaciones idiomáticas. Ejemplo: almádena o almádana por almadana; kikuyo por cucuy;

displicente por plasta de mierda. Y así, las intenciones del hablante discurren como caudales naturales repletos de vida.

Un aspecto muy relevante que aportaría esta investigación a la comunidad académica y a la comunidad educativa es la posibilidad de transformar mis prácticas pedagógicas en el aula de clase, pues como profesional no licenciado detecto falencias en teorías, conceptos, corrientes pedagógicas en mí. Sin embargo, esa misma condición de profesor no licenciado es muy interesante, porque hay otras visiones disciplinares específicas enriqueciendo la educación. Vale la pena recordar que el Estado le abrió las puertas de la carrera docente a los profesionales no licenciados en el año 2002; con el Estatuto de Profesionalización Docente se precisa el ingreso al definir, en su artículo 3, al profesional de la educación así: «Son profesionales de la educación las personas que poseen título profesional de licenciado en educación expedido por una institución de educación superior; los profesionales con título diferente, legalmente habilitados para ejercer la función docente de acuerdo con lo dispuesto en este decreto; y los normalistas superiores». En un informe periodístico de Mauro David Arteaga Fuentes del 2017 se pone en evidencia que el diplomado en pedagogía que exige el Estado para los profesionales no licenciados se queda corto, pues no entrega las herramientas teóricas y didácticas necesarias para asumir la labor educativa en el país. Señala además que este diplomado debe durar 480 horas y debe hacerse con una universidad acreditada y completar 10 créditos de formación; pero este requisito de ley, si es comparado con los 30 créditos que se imparten en las facultades de educación para el mismo propósito, se queda notoriamente corto. Dicho de otro modo, la formación que ofrece el diplomado en pedagogía para los profesionales no licenciados no es suficiente de cara al ejercicio docente.

Lo anterior toma mucha relevancia por dos razones, la primera es que uno de mis objetivos específicos es justamente la pregunta de cómo transformar mis prácticas pedagógicas a partir de un conocimiento de mí, de mi formación, de mis experiencias populares, de mis trayectos de vida y de mis búsquedas como escritor y, ahora, como docente de aula de la Secretaría de Educación de Antioquia. Segundo, porque para estar en propiedad, según el estatuto docente, ya mencionado, cursé el diplomado en pedagogía y vi asuntos legales importantes, pero poco de pedagogía; la experiencia fue buena, aunque no llenó mis expectativas; sobre todo, no

suplió mis carencias a la hora de enseñar. La necesidad de llevar al aula estrategias novedosas y de contar con herramientas prácticas para planear clases formadoras no fue satisfecha.

Sin embargo, allí no terminó mi interés por conocer el ser del maestro. Por segunda vez apliqué para una beca, la primera fue con el Ministerio de Educación, de la cual pasé la primera fase, pero con la salida de Gina Parody como ministra, el proyecto de becas para los profesores de todo el país fracasó. Dos años después, y a punto de anquilosarme en el colegio, se abrió una convocatoria para entregar las últimas 30 becas de 100 que había prometido la Gobernación de Antioquia para el cuatrienio. Desde que pensaba en estudiar una maestría siempre tuve claro la oralidad y las experiencias populares y con esa idea redacté un anteproyecto para la facultad de educación llamado Camino a la palabra.

El proyecto ha recibido la asesoría de la profesora María Nancy Ortiz Naranjo, quien ha orientado mi quehacer bajo el enfoque biográfico-narrativo y ha procurado consolidar un espacio de oralidad en el Taller de la Palabra donde pueda articular mi investigación a los procesos de formación en la facultad. Ahora que intento darle sentido a este ejercicio de retrospectiva, creo que la maestría es de cierto modo un *camino a la palabra* en sí misma, y no hago referencia a ese poder canónico que ostenta la academia, más bien es al sendero interior que se recorre para llegar conscientemente a uno. Volver a la Universidad de Antioquia es volver a las entrañas de la hoguera, aprovisionarme de elementos que descentren lo sabido y renovar los pasos que defienden la educación y caminan hacia la insubordinación creativa en el aula.

Esta investigación mostrará lo popular como un aljibe que alimenta la lengua en cada plaza, en cada cocina, en cada *caspete* y cada vereda. La lengua sobrevive gracias a su capacidad de escucharse a sí misma. Auscultar esta riqueza idiomática potencia la enseñanza de una lengua más estremecedora, más cercana al mundo de la vida y con más posibilidad de arraigo entre sus hablantes.

Matriz Metodológica

Pregunta de Investigación	Insumos para el tejido	Líneas de sentido emergentes	Dónde, Quién o Qué	Ayudas documentales	Metodología
¿De qué formas la experiencia popular ha configurado mi subjetivación como maestro de la palabra?	<ul style="list-style-type: none"> - Trama o argumento de textos autobiográficos - Experiencias populares (recuento de trayectos de vida) - Relatos de vecinos y familiares sobre mí - Seminario de Pensamiento narrativo (Curso optativo) 	<ul style="list-style-type: none"> -El silencio -La calle -La comida Verdulerías - La lengua de las Tías -La música decembrina del suroeste antioqueño -Las bibliotecas 	<ul style="list-style-type: none"> -Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina-La Ferrería, Amagá. - Equipo de trabajo colegiado: Lenguaje y Filosofía del municipio. - Concurso Municipal de Oratoria. Club de Oralidades (Taller de la Palabra UdeA) 	<ul style="list-style-type: none"> Artículos de periodismo literario y crónicas Bitácoras de viaje (apuntes, fotografías) Ponencias Entrevistas Planeadores de clase 	<ul style="list-style-type: none"> Enfoque biográfico narrativo. Hablar de mí para hablar de lo comunitario, lo social, lo político y lo pedagógico.



3.3. Acercamiento a la oralidad

Esta investigación no rivaliza entre el eco de la palabra y el artefacto de la escritura, pero sí reconoce la oralidad como una conciencia de grupo, una especie de fondo común de los individuos que va más allá de los mitos y de las leyendas. La diferencia entre oralidad y literatura es un debate abierto actualmente en la academia. La modernidad adora la escritura como modo de producción de conocimiento y como extensión colonialista de la cultura letrada; incluso, la modernidad mira «por encima del hombro» la oralidad y la reduce a un discurso subalterno de comunidades poco «civilizadas». Nada más alejado de la realidad, pues se sabe que grandes civilizaciones como la inca fueron ágrafas y no por eso dejaron de tener ciencia, arte, sistema político y social muy avanzados. Oponer la oralidad a la inteligencia es un craso error y un desconocimiento profundo de la palabra hablada como acto creativo por excelencia de la naturaleza humana.

Este trabajo de investigación camina por las prácticas de lectura, escritura y oralidad sin enfrentarlas, las abraza como posibilidad del relato, como prácticas del devenir del maestro de lenguaje. Sin embargo, presta especial atención a la oralidad desde la conversación, la música y los saberes campesinos; sabe moverse por los corredores del lenguaje, por ese vagabundeo de la palabra popular que expresa genuinamente la vida.

El genio de este improvisado lenguaje conversacional reside en su expresividad, su capacidad de dar voz a las sensaciones, las impresiones y los sentimientos inmediatos tal como se dan entre los individuos, así como a los usos sociales, las modas y las ideas tal como se sienten en la comunidad. Es un lenguaje asombrosamente flexible y móvil, y siempre lo ha sido. Eso es el habla. (Havelock, 1996, p, 96).

Camino a la palabra se regodea en el habla de los mineros, en el decir del cafetal y en las alicoradas palabras de las cantinas. Allí re-conoce la senda de un eco ancestral, de una oralidad originaria que canta desde la memoria remota de los tiempos. Por

supuesto que la escritura nos ayuda a organizar y a preservar el pensamiento, un pensamiento que quizá provenga de una oralidad comunitaria de nuestro ser.

El canto, la recitación y la memorización, por un lado (una combinación cultural que podemos etiquetar adecuadamente como oralidad), y el leer y escribir por el otro (costumbre de una cultura documentada y alfabetizada), empezaban a hacerse competencia y a entrar en colisión. No es que ésta sustituyera automáticamente a aquélla. (Havelock, 1996, p, 44).

Esta investigación recorre algunos lugares donde la tradición oral permanece arraigada, descubre seres que mantienen vivo el lenguaje de los oficios, del juego, del río y del sancocho. Por esta razón busco —y ojalá lo pueda lograr— que esta tesis hable como lo haría una comadre. Quiero asir algo de la «plena corriente corriente que se derrama enérgica y llena de sentido sobre el habla cotidiano de un pueblo». Humboldt, 1991).

De acuerdo con lo anterior, ofrezco una escritura cantarina que se arrima a la oralidad, que pone en tensión el acartonado texto académico y que trae una abundante cosecha de palabras y dichos populares en cada hoja de este recorrido por el lenguaje.



CAPÍTULO II

PALABRA Y COMIDA



(Álbum fotográfico de Caldas Antioquia, 2016)

2. Los paladares de la palabra

Cocinar es una de las tareas humanas que más nos acerca como especie; cocinar implica un encuentro con la tierra y con todo aquello que la habita; la sociedad y sus costumbres, más que ninguna otra cosa, confluyen en la cocina. Imposible hablar de la soledad de un hombre, cuando tras él lleva toda esta carga de años y años de cultivo, de recetas, de manos que se agregan a sus propias manos en el momento en que aliña unas papas o troza vegetales para una sopa.

Las palabras mismas de los alimentos ya hablan de su condición y de toda su poética. *Mejor se lo leéis en la cara de algún niño/ cuando las saborea*, dice Rilke acerca de las frutas —que hablan de *muerte y vida*— (Rilke, 2010). O también: *Decid, si os atrevéis, a qué llamáis manzana* (Idem). Cuando se piensa en la relación entre alimento y palabra, aparece de inmediato la poesía como si ella fuera, precisamente, la glotona del lenguaje. Si se dijera que la poesía es la expresión de lo inexpresable, la comida, como el erotismo, encabezaría la lista. Y es que hablar de un sabor, por ejemplo, o de un olor excitante, no lleva sino a pensar en términos poéticos. Una evidencia de esto es esa descarga prosaica ante lo que no nos gusta y ese silencio previo y prolongado que sucede a un manjar. Quizá la metáfora de *sabor* para referirse a ciertas palabras no esté lejos de dotar a esas mismas palabras de un verdadero *sabor*: una palabra sencilla como *luz* puede tener el sabor de un *durazno*. De esta manera, el lenguaje puede convertirse en un caldero de palabras gustosas y nutritivas.

A continuación, sirvo una «pruebita» de la sazón de Jaime Jaramillo Escobar (2019):

Alheña y Azúmbar

La digestión de la pulpa del coco demora cuarenta días y cuarenta noches.
Ni mucho, ni poco.

Al plátano hartón de cáscara roja le falta un grado para ser veneno.
Compadre, no coma coco.

Si se ha comido banano y se toma ron, muerte segura. Nadie comió. Ni yo tampoco.

La pepita de la pitahaya si la comes no la muerdas, si la muerdes no la tragues; si la tragas, allá tú.

La pepita de la granadilla si la tragas se te embucha. Para que no se te embuche, mejor que no comas mucha.

La pepita de la granada no es como la de la granadilla. La pepita de la guayaba no es como la de la granada. Y la pepita de la papaya no es como la de la guayaba. Es como la de la papayuela, pero más dulce.

Si es más dulce es más sabrosa, si es más sabrosa es más cara. Para que no sea más cara no compre papaya ni compre nada.

La pepita de la guanábana es como la de la chirimoya. Y ambas son como la de la calabaza. Cuando a uno le dan calabazas no le dan chirimoya ni le dan papaya.

Las pepitas de la guama se usan para hacer zarcillos, quiero decir que se utilizan como pendientes, o mejor dicho lo que quiero decir es que los chicos se las cuelgan de las orejas.

Trae el corozo una nuez, trae la nuez una almendra, pero la almendra de la nuez no es como la nuez del corozo. Si no se entiende, que no se entienda.

La ciruela se lava, pero no se pela; el madroño se pela, pero no se lava. Para saber si una fruta se lava o se pela hay que consultar el diccionario. El diccionario tiene la palabra. Pero si no la tiene, será que le falta una página.

La pulpa de la algarroba se ataruga y se atraganta. Si tomas agua se forma una pasta y se te pega en la garganta. Con la garganta atragantada tratas de ver si resuellas o si no resuellas nada. Si no resuellas, mortus est.

El icaco es una fruta especial para diabéticos: no tiene azúcar, ni tiene harina, ni tiene icaco ni nada.

El que come patilla oxidada, seguro estira la pata. Para no correr el riesgo es mejor comer sandía. La sandía es una fruta sandia.

El tamarindo es la fruta que más me gusta, porque es de negros y de tierra caliente.

Qué sería de los blancos cuando van a tierra caliente si los negros no les sirvieran refrescos de tamarindo.

Con el sabor áspero del tamarindo se forman bolas ácidas recubiertas de azúcar, que sirven para vender en las calles de Cartagena, y se hace el espejuelo de tamarindo, para lamer sobre hojas de plátano.

También se hacen sorbetes para el arzobispo, y además el árbol de tamarindo produce una sombra verde y fresca para construir un banquito y sentarse alrededor del tronco.

El tamarindo es un tronco de árbol copudo completamente lleno de tamarindos.

Sólo los negros lo pueden coger, porque no es fruta de blancos.

Si los blancos tuvieran tamarindo, entonces los negros serían blancos. Pero no puede ser.

Este refrescante fragmento del poema de Jaime Jaramillo, además de ser una degustación de la gran variedad de frutas de la región Pacífica y Caribe de Colombia, nos muestra cómo la poesía nace por sí misma solo con nombrar un alimento. Este poema juguetón sabe aprovecharse de los nombres y construir todo un panorama culinario, con sus costumbres y supersticiones. Nos devolvemos con esto al principio de nuestro planteamiento: el alimento es tanto la base de la sociedad como de su cultura. Nada mal recurrir a una parodia: *dime qué comes y te diré cómo piensas*.

La culinaria, no la gastronomía estandarizada de etiquetas nutricionales, recrea el lenguaje a través de los saberes populares que, incluso, combinan la comida con lo artesanal. *Las pepitas de guama se usan para hacer zarcillos*, reza el poema. Mi madre cuenta que, de pequeña, hacía muñecas con las tuzas de las mazorcas: el capacho le servía de vestido, y de allí mismo sacaba ligas para sujetar las trenzas a esas niñas de maíz. También recuerdo que el rallador de arepas de mi mamita estaba hecho con una lata de sardina que se perforaba sigilosamente con un clavo de arriba abajo. Cocinar, entonces, es un juego que trasciende, convirtiéndose en el relato de una cultura que cuece en una misma cacerola sus cosmogonías e idiosincrasias.

La poética de los pueblos está ligada a sus labores cotidianas, y nada hay más cotidiano que la cocina. Toda su inventiva parte de allí; toda su sabiduría se rige por lo que se come y no se come.

Mi primer acercamiento a la cocina fue cuando tenía 10 años. Mi madre yacía en cama, víctima de unos cólicos que la inmovilizaron en llanto. Su pieza daba con la cocina, un salón grande, fresco e iluminado, donde una mesa amplia oficiaba de comedor y sitio de encuentro para *echar lengua*; desde allí empezó a instruirme: «dos tazas de agua por una de arroz, media cucharada de sal y dos de manteca; cuando vea que seque el agua la pone en bajo; si no funciona el fogón, coja la parrilla de las arepas y monte allí la olla unos minutos». Pocos espacios he conocido más fecundos para el lenguaje que la cocina. De hecho, al menos los paisas se reconocen por tener este lugar, y no la sala, como centro de tertulias, de *chismociadero*.

Así como Proust viaja en su té de tila y su magdalena, yo recobro mi infancia en un plato de frijoles y los oigo pitar, a esos frijoles, los preferidos de la familia, que ya me parecían cosa seria. Había que pelar y picar 10 plátanos o diez verdes, y hacerlos rendir, pues mis hermanos eran seis, además de mi padre y la visita. En casa casi siempre había un racimo entero que encargábamos en una finca. El hecho de escoger los plátanos ya implicaba un saber. «Los de la primera *gaja* o *mano* pueden estar ya muy *jechos* y darle un sabor dulzón a la comida; los de la cola son muy verdes y así los frijoles quedan con *sabor a mancha*».

No en vano evoco estos recuerdos. Repito lo que oía alrededor de la cocina. Me detengo en algunas de esas palabras y pienso en cómo suenan, con qué fuerza poética desempolvan momentos de la infancia. Pienso en Borges que habla de las palabras, del lenguaje como *fenómeno estético*. Y no todas las palabras, según él, pueden utilizarse sin caer en el inútil adorno. Tal estética, creo, está atravesada por su capacidad de evocación. «Solo las palabras que pertenecen al lenguaje oral son las que tienen eficacia», afirma el escritor argentino (Borges, 1976). Esto es revelador cuando se habla de los alimentos. Mi infancia se concentra en la palabra *frijol*, así como para otro su

infancia se concentra en la palabra *guisante* o *mijo*. El uso común les da un sabor del que se sirve la poesía para sazonar los recuerdos. Y cómo se levanta todo un mundo cuando el poeta Aurelio Arturo dice, por ejemplo: «...donde el silencio/ es un *maduro gajo* de *fragantes* nostalgias (Martínez, 1977); o José Manuel Arango: «... entre el griterío cantan los pájaros/ y la *cáscara de plátano* se tuesta bajo el sol de la tarde» (Arango, 2009).

Me propongo, pues, seguir con los relatos de mi infancia que son los relatos de una íntima gastronomía.

El kilo de frijol cargamanto había trasnochado en remojo. En la plaza de mercado o en las tiendas de abarrotes del pueblo se encontraban muchas variedades: cargamanto rojo, frijol liborino, blanquillo, cabecita negra, caraotas, arbolito, frijol verde, sangre toro, uribe, y hasta petacos —una variedad de frijol gigante que da en el monte—. Agarraba el tarro del *remojo*, escogía los granos güeros o malos y sacaba los que flotaban sin ton ni son. Es un oficio de mucha curia, pues también había que evitar cualquier piedrecilla que osaba colarse en el menú, ya que la costumbre era comprar los granos que sacaban directamente de los bultos a la pesa.

En aquella época no teníamos nevera. Doña Rubiela, la vecina, nos guardaba la carne: una *coca* repleta de huesos de cogote, asadura, pezuña, entrepecho y chicharrón. Iba a su casa por unas pezuñas y seguía con la receta: picaba algunas coles, una cidra o una raja de yuca cosechadas en el solar (palabra esta, *solar*, llena de poesía y de recuerdos asociados a una suerte de vida utópica, de autosuficiencia familiar). «Dele una pitadita primero a los frijoles y a los huesos y luego le echa el resto», indicaba mi madre, siempre atenta a los estrictos cuidados que se debían tener con la olla de presión. «Esa olla es como una bomba, revisemos el caucho, la válvula, la catcha». En la casa disfrutábamos de todas las formas de hacer frijoles: *chorotos*, calados, *chirles*, espesos, *aguachentos*, *durones*, con papa, con ahuyama, con ají, con manteca de chorizo, con panela, con arepa, con mazamorra, hasta los comíamos con una tajada de quesito en el plato.

Cada que escribo este tipo de relatos vuelvo a sentirme en casa. Tras el tono de la prosa se esconde el caudal de poesía que traen esas palabras tradicionales, salidas de la boca de mamá o de mamita (palabra que prefiero a la de *abuela*). Más que un idioma común, se habla un idioma íntimo: el de la infancia. Se le ha llamado *costumbrismo* a este despliegue de fuerzas orales, pero, como todos los *ismos*, no se regula más que por un determinado género o etapa de la historia literaria. Llamo idioma de la infancia a todo aquel entorno de palabras que son como nuestro hogar y que, más allá de nuestro hogar, se comunican con otros entornos, a los que llamamos pueblos. Y quizá nada defina mejor a un pueblo que sus costumbres culinarias. El poeta, ese gran evocador, sabe que el estómago y el corazón son grandes almacenes de poesía. «Cuando nuestras almas se sienten dichosas hablan de comida», dice Charles Simic, al final de un sincero relato autobiográfico (1993). A pesar de la pobreza que se descubre en los blogs virtuales cuando se trata de reseñas o citas, no me resisto a este citadísimo poema de Mark Strand: «Contemplo el asado, / que está fileteado y tendido/ en mi plato, / y sobre él/ cucharadas de salsa/ de zanahoria y cebolla. / Y por una vez no lamento/ el paso del tiempo» (2018).

Me urge continuar con el maíz, un dios que amarillea mis recuerdos de infancia. Lo cogíamos en la sementera de papito, le quitábamos el capacho y luego se clasificaba el más «niño» o blandito para las tortas o las arepas. Mientras se molía, papá siempre ponía una ollita debajo del molino para recoger la leche y cocinar una colada con ramas de cebolla. Mis hermanos preferían el chόcolo asado con mantequilla o las arepas con requesón. Las mazorcas duras se guardaban para pilar o para hacer arepas de *maíz sancochao* con lejía. Los pilones siempre los hacía mi padre a punta de hacha y machete, martillo y cincel; buscaba un tronco de madera y lo tallaba con la paciencia del santo Job, sacándole pequeñas muescas para formar la tolva. Allí se trillaba el maíz para retirarle el afrecho o para pilar la mazamorra.

Tanto en la preparación de los alimentos como en el lenguaje, ocurre una suerte de alquimia que los transforma y llena de magia. Hablar de anacronismo es solo decir que en el lenguaje no ha operado dicha alquimia. El poeta es quien se encarga de esto:

limpiar, devolverles a las palabras su pureza, alivianarlas de sus prejuicios históricos. La palabra *chirle*, por ejemplo, la escuché —sana y salva— de los campesinos; ya adulto descubrí que la RAE la define como *insípido, insustancial*. Comprendo que las palabras tienen una vida y una muerte aparente; *chirle* no la he vuelto a escuchar; quizás ahora que la hago consciente esté honrando una voz antigua, cuya memoria quedará en esta tesis. Siglos arrastra una palabra y con los siglos se vienen todos aquellos para quienes la palabra fue de uso cotidiano.

Se puede comparar hoy la producción de comida sintética, empaquetada, su manipulación y tecnificación, el consumismo, etc., con un empobrecimiento del lenguaje, asimismo sintético, empaquetado, manipulado y tecnificado. Fuera del calor del hogar, donde incluso el hambre adquiriría un feliz significado, las palabras están como huérfanas, pierden el *sabor* concedido por la tradición oral. Ver en la cocina el origen de una sociedad estable y familiar no parece tan utópico; reconozco en la generosa frase, «donde come uno comen dos, y hasta tres», la trasmisión de un lenguaje propio, íntimo, *recetario*, si se quiere.

Y sigo con mis relatos sobre el maíz. Se me vienen a la cabeza las 300 empanadas que hacemos en diciembre: las mujeres cocinan el maíz y lo dejan listo, «ni muy blandito ni muy duro», eso es fundamental para lograr la consistencia de la masa y evitar que luego se agrieten en el armado y se revienten en la fritada. Los hombres molem 10 kilos de maíz, con el que también se hacen las arepas de la merienda, que luego se sirven con aguacate y *hogao*, además de un chocolate espumoso con semillas de cardamomo. Las mujeres preparan la masa con sal, azafrán y un poco de harina de trigo; los niños de la familia se encargan de hacer las bolitas y aplastarlas para sacar las arepas; después los más experimentados arman las empanadas con el guiso que una «buena mano», como la de mamá, cuidó de comienzo a fin.

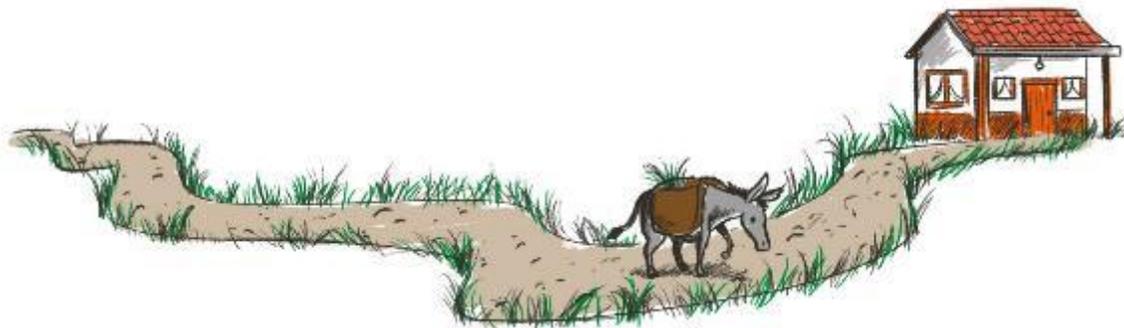
Uno de los hombres ya tiene en la hornilla una paila gigante con el aceite bien caliente, —antes le han echado una zanahoria perforada con clavos de olor para que las empanadas no chupen mucho aceite—. Para aprender esta receta se debió haber

pasado por todos los puestos, es decir, desde el amasado hasta la delicada tarea de cuidar el aceite. Hay una alegría suprema en este ritual, pues toda la familia es consciente de una práctica que sobrepasa, entre nosotros, los 50 años. La música decembrina, el ají dulce y los vecinos completan esta fiesta del maíz. Apenas sale la primera *pailada* los relatos afloran en la cocina y en la sala: los muertos vienen a la memoria para ser honrados: una anécdota los devuelve al mundo de los vivos. Y aquí, como en los chamánicos rituales que invocan a los espíritus, la tradición cobra sentido.

Como soy un enamorado del maíz, quisiera extenderme con una nota, pues este especial alimento sigue siendo la base alimenticia de millones de familias en el mundo, y en torno a él giran la vida, el lenguaje y las prácticas culturales de muchos pueblos.

La antropóloga Luz Marina Jaramillo Henao (2020) nos dice lo siguiente en cuanto a los usos y aprovechamientos de este cereal en tiempos prehispánicos; muchos de ellos perviven en nuestra dieta alimenticia de hoy.

Con el maíz, los indígenas aprendieron a preparar la arepa, los bollos, el tamal, la mazamorra, el claro y la chicha, la cual era el alimento básico de estas comunidades, pues —además del placer que les proporcionaba— les daba la energía necesaria para trabajar. Asimismo, esta bebida servía para fortalecer sus vínculos sociales colectivos (Saldarriaga, 2011). De igual forma, la adaptación del maíz trascendió lo alimentario; así, el capacho se convirtió en un apropiado elemento para envoltorios y las tuzas servían para avivar el fuego de las cocinas y cuando se molían, las destinaban para alimentar a los animales...



2.1. La multiplicación de los diez mil pesos

Me gustaría terminar este primer capítulo, no sin antes hablar de lo que significa *el rebusque*, tan asociado al contexto cultural de la cocina; rebusque que ha creado también su lenguaje y del que ha nacido una poética vinculada a una curiosa vida económica. Para esto *rebusco* entre papeles viejos una crónicilla publicada por mí en el periódico *El Aguacero* de Caldas, en julio de 2013. Es una visita a la pródiga plaza de mercado del mismo pueblo y propone una mirada a la economía solidaria que se da en estos lugares.

La multiplicación de los diez mil pesos

En tiempos de tanta carestía hay que buscar la manera de hacer rendir nuestro bolsillo. Por esta razón decidí ir a la Plaza de Mercado y experimentar qué se puede comprar con diez mil pesos. De entrada, pude maravillarme con los colores de las frutas, los mercados que todavía se hacen en costales, el olor de la cebolla mezclado con el dulzor del mango y la fragancia del palo santo. Este ejercicio, pues, es una invitación a visitar nuestra plaza de mercado, aquella que nos hace sentir orgullosamente pueblerinos y donde nos sentamos como tales a conversar.

Como quien busca a una persona entre las sombrillas del parque llegué a la Plaza de Mercado de Caldas y por casualidad resulté en el puesto 195, allí me atendió don Albeiro de Jesús Marín Soto, un hombre que lleva más de 10 años en este mercado y conoce muy bien todos sus secretos. A él le propuse el negocio: «Señor, yo le quiero mostrar a la comunidad y, muy especialmente a las amas de casa, qué pueden comprar con 10 pesos aquí». Don Albeiro rasgó su bozo con una sonrisa y me dispensó toda su atención. «Aquí con diez mil pesos se le despacha lo básico para la sopita de la semana», dijo con su alargada cara de papaya.

Dos bolsas de rayas fueron necesarias para albergar lo que, efectivamente, se convertiría en la sopa de la semana. Preste atención: Cilantro 500 pesos; cebolla de

rama 500; papa —1k—1.000; tomate —medio k— 700; plátanos —verdes y maduros— 1.000; repollo mediano 700; pimentón 300; pepino 400; mora —una libra— 1.500; zanahoria —1k— 700; papa criolla 700; guineos —grandes y buenos— 500; cebolla de huevo 600; guayaba —medio k— 600. Ahora saquemos la calculadora y hagamos cuentas: esto+esto+esto = diez mil pesos. Tal vez los diez mil pesos mejor gastados de mi vida. Esta semana, por ejemplo, las sopas no han sido blancuzcas ni insípidas, he comido arepa con hogao y me he tomado unos jugos que ni mandados a hacer, pa' este raro verano de Tierra Mojada.

Les voy a dejar el número telefónico de don Albeiro por si de pronto ustedes quieren comprobar esta información: 3004541. Tenga en cuenta la ubicación. Se entra por la calle 130 S, la de Catastro, y su local está ahí, entrando a la plaza, *a boca de jarra* como dice mi papá. Y recuerde, vale la pena pegarse la caminadita hasta el Mercado más grande de frutas y verduras de nuestro municipio, pues allí se compra más por menos y, sobre todo, productos frescos y de gran calidad de todos los cosecheros de nuestra región.



Capítulo III

PALABRA Y COMUNIDAD



(Álbum fotográfico de Caldas Antioquia, 2016)

3. La comunidad y el relato

Quizá suene a perogrullada plantearse el origen del lenguaje como consecuencia de la relación con el otro. A veces Pedro Grullo puede ser realmente un sabio que, a través de sus evidencias, genera dudas. No hay duda de esto, digámoslo: el lenguaje nace entre dos. Sin embargo, hay animales «comunitarios», animales que conviven e incluso se ayudan o establecen una suerte de defensa política. Nada más escuchar sobre los sistemas de comunicación de los perritos de la pradera o las grandes familias de suricatos, que ha inspirado hasta una suerte de telenovela-documental. Quisiera pensar que, más allá de la necesidad de convivir para defenderse, atacar o, simplemente, procurarse una economía, el lenguaje ha forjado una comunidad que no se contenta con solo satisfacer sus necesidades.

Quiero ilustrar esto: imagino la comunidad como un círculo, pero como un círculo que se ha formado por un centro, que ha confluído hacia ese centro. Y no es política, no es el líder ni el sacerdote —estas solo son figuras de autoridad, animalescas ellas también— ; me refiero al centro cuyo poder es otro, cuyo poder no domina ni pretende hacerlo; me refiero al *contador de historias* que ya describió Vargas Llosa en su libro sobre Onetti. Aquí la palabra aparece como atracción por sí misma; aquí aparece verdaderamente el lenguaje y su potencia creadora. Ya no le hablo al otro para decirle «quiero esto» o «tengo aquello», sino para decirle: «quise esto» y «tuve aquello». Nace, pues, la evocación y, con ella, toda una ética del lenguaje.

Si en el capítulo anterior se habló de la comida como rasgo distintivo de una poética comunitaria, en este trataremos de ahondar en las relaciones ético-culturales que permite la palabra en su ánimo de *relatar*. El relato ha sido determinante en mi relación con la palabra y la comunidad. Desde ahí, y no desde otro lugar, parte mi interés por todo aquello que aporta a la transformación social. Estoy convencido de que el relato subyace en las bases éticas de una sociedad.

Lo *común* solo puede expresarse en términos del relato. Mi encuentro, mi amistad con el otro se genera a partir de unas afinidades electivas. Mi amistad con los otros nace cuando lo *común* es traído por el relato. Puedo ser amigo de un extranjero, puedo tener con él encuentros afines, pero jamás puedo crear con él comunidad, pues esta tiene lugar propio y tal lugar pertenece al corazón de la infancia. Solo hablo una lengua, que es la de mis vecinos y familiares; solo me relaciono con quien habla la lengua de sus vecinos y familiares; quien habla para sí mismo no hace más que dejarme perplejo.

Traigamos uno de los sobresalientes conceptos de Von Humboldt (1991) para cimentar la idea de que la lengua representa las entrañas de un pueblo, toda la vida psíquica de una comunidad, su pensamiento mítico, popular o científico reside en ella. Su mirada rescata la palabra de lo instrumental al devolverla a lo más íntimo de la naturaleza humana:

Las diversas lenguas constituyen los órganos de los modos peculiares de pensar y sentir de las naciones; que son muchísimos los objetos que en realidad son creados por las palabras que los designan (esto podemos extenderlo propiamente a todos ellos, si consideramos el modo en que son pensados en la palabra y el modo en que, en el pensar, actúan mediante la lengua sobre el espíritu); y, finalmente, que las partes fundamentales de las lenguas no han surgido de manera arbitraria y, por así decirlo, por convención, sino que son sonidos articulados que han brotado de lo más íntimo de la naturaleza humana y que se conservan y se reproducen (y podría añadirse: como entidades en cierto modo autónomas en una determinada personalidad. (Humboldt, 1991, p, 61).

La palabra que aprendí en lo comunitario es una palabra para el servicio, una palabra para el cuidado de los demás y una palabra para la conservación de todo esto. Las tradiciones adquieren para mí un significado especial porque están inmersas en lo oral. Desde muy joven supe qué era visitar un enfermo, dirigir una oración, cantar un cumpleaños, escribir una carta para la personería municipal, promover el pago oportuno del acueducto veredal, hacer la novena de aguinaldos, convocar a un convite, etc.

El relato es una forma de acogida porque ampara al otro en el lenguaje, lo acompaña en la soledad y en el dolor del mundo. Lo comunitario, pues, no reduce el lenguaje al intercambio de información ni a la mera enunciación de las cosas; lo comunitario se aproxima a la condición humana al honrar la palabra, al convertir el lenguaje en vínculo y afecto.

Lenguaje como no-indiferencia ante el otro; no-indiferencia vacunada contra las invitaciones a la elocuencia; no-indiferencia ajena al saber y al poder; no-indiferencia que procede de la proximidad y que, a la vez, significa una trascendencia. (Esquirol, 2012, p, 115).

3.1 La comunidad y el territorio

Son innumerables las formas que adopta la comunidad según el espacio. Anteriormente vimos cómo alrededor de la cocina nace todo un imaginario y una idiosincrasia. Ahora veremos qué tipo de comunidad se da en los ríos. Tengo la feliz experiencia de haber crecido en Caldas y disfrutado de las aguas, en ese tiempo limpias, del río Aburrá. Era parte natural de la vida pueblerina las salidas al río, sobre todo en los días festivos. Las riberas se llenaban de familias y la vida comunitaria florecía entre charcos y *sancochos trifásicos*: pollo, res y cerdo. Nunca faltaba el pillín que azuzara la candela y aprovechara para echarle un poquito de *cilantro sabanero* a la olla. Antes se debía encargarse de la yuca en la plaza de mercado y cerciorarse de que no fuera a salir *paluda*, arenosa, *vidriosa* o negra, pues era esencial contar con una yuca almidonada, gruesa y de buen color. Todo en ese sancocho era importante: saber juntar candela, buscar leña seca, saber afilar el machete, levantar una choza para guarecerse de la lluvia o del calor, untarle jabón a la olla por fuera para arrancarle el tizne fácilmente cuando se lavara, etc.

A continuación, presento mi artículo sobre un paseo de olla en el río Medellín, publicado en el periódico El Aguacero en enero de 2010; allí se revela cómo el río afianza los vínculos sociales y promueve la palabra.

El charco de las moras: la piscina natural de caldas

Lunes festivo de 1993, río Aburrá

Son las 11 de la mañana y hay un sol inusual en el cielo roto de Caldas; el Charco de las Moras no tiene espacio para un bañista más. La gente ha madrugado para elegir un sitio de privilegio y las columnas de humo que salen de los sancochos esparcen un intrigante olor a pollo; en el agua una niña chapotea con un neumático parchado hasta más no poder, flota entre los juegos de los muchachos y la mirada del papá.

En las barrancas de los costados una cuadrilla de jóvenes tirita de frío, las gélidas aguas de San Miguel han hecho que los nadadores salgan a buscar el sol, aunque otros prefieran estar junto al fogón de leña; estos, además, aprovechan para destapar la olla y sacarse una papa. Se ponen la pantaloneta, soplan y frotan sus manos como batiendo el chocolate, y zas, de cabezas al charco más famoso del sur.

En un potrero cercano han improvisado una cancha de fútbol para ir a calentar los huesos —el equipo que pierda tiene que buscar leña y lavar la olla—. Es una fiesta popular, sin adornos ni etiquetas; es más, casi sin nada de dinero. Caldas se está bañando, se divierte, se encuentra: el pueblo está feliz. El agua está clara como el día, no hay excusa para no darse un chapuzón; por eso entre cuatro chicos agarran a la joven Margarita que cae al agua como una teja, chisgueteando las ropas que reposan en la manga. Las chicas se burlan de ella, aunque alertas porque los hombres, tarde o temprano, les harán la misma travesura.

En las primeras horas hubo un bautizo cristiano, fue un ritual maravilloso que recordó el estilo de Juan. Hay quienes aprovechan este pozo natural para confirmar la fe en Jesús; después, entre abundantes comilonas, entonan alabanzas. Las hermanas buscan un sitio bien cubierto para orinar y se alejan en el pudor de la vegetación; un anciano de la iglesia pone cuidado para que ningún morbosos las espíe.

Ha llegado el momento más emocionante: Cepillo se tirará un clavado desde el puente. El reloj se para, la respiración se corta, todos miramos a un muchacho que se toma de las barandas del puente dispuesto a lanzarse de una altura superior a los 15 metros. Hay nerviosismo, pero, como si nada, Cepillo se lanza y atraviesa el agua como un martín pescador. Aplausos y bocas de asombro; con su peinado intacto el clavadista local sale como un dios de las aguas.

Este paradisíaco lugar acogió a muchísima gente durante varios años, no solo de Caldas sino de todo el Valle de Aburrá. Estaba ubicado en la vereda Primavera, subiendo para

el Sena, el ingreso era por un lado de la finca Villa Cristi. Tranquilo y sereno yacía debajo del puente, allá en el secreto lecho del río.

El relato popular conquista sus propios espacios. La comunidad orbita en torno a los elementos y de allí nace su carácter: hay comunidades del agua, del aire, del fuego y, por supuesto, de la tierra. De patios y cocinas a ríos y montañas, el relato se extiende con su particular aroma para recordar que la comunidad no es resultado de un mero *contrato social*. Una olla puede trascender más que un simple papel donde se pactan los derechos humanos.

Es extraña esa pasión por *contar*; el hombre dispuesto a escuchar parece decir que el presente es imperceptible y solo se manifiesta con plenitud en el relato. La repetición es una necesidad trascendental. La liturgia cristiana así lo demuestra. De tal esencia es el relato: la consagración del instante que se rebela ante el inexorable paso del tiempo.

La palabra se consagra en el encuentro, allí aparece, no como mero acto comunicativo, sino como vida. Quienes forman el círculo —la comunidad— dejan sus labores para recrear sus propias vidas, para verlas, a través del *hablador* (Vargas Llosa). «La primera pareja nació del agua, recibieron del fuego la palabra, y la palabra se estableció en el aire para regar todos los rincones de la tierra», puede rezar un mito.

En el artículo citado de El Aguacero, presentamos a la comunidad caldeña bajo el dominio del elemento vital, el agua. Ante el río el hombre se ve desnudo y vuelve a encontrarse con su infancia, que es la infancia misma del hombre, es decir, su primer encuentro con la palabra y con las cosas que, rápida y lamentablemente, empezó a llamar suyas. En brazos del río los caldeños van al encuentro de sus abuelos y ancestros, que una vez relataron las demoledoras crecidas del río, el chapoteo de bagres y sardinas que pescaban y las faenas y amores de mujeres que lavaban y conversaban en las orillas.

Desde tiempos remotos tenemos un vínculo sagrado con el agua en todas sus formas: ríos, mares, cascadas, ciénagas, lagos, lagunas, lluvias, e incluso, aljibes, pozos y

acueductos. De pronto se me viene a la cabeza también un revelador verso de T. S. Eliot (2012): «Llevamos el río dentro y el mar/ está a nuestro alrededor». La comunidad está hecha, pues, del espacio que habita. Si aplicamos el verso de Eliot metafóricamente, en este sentido, diremos: somos nosotros el río y la comunidad el mar; necesariamente desembocamos en ella.

Nuestro territorio nos enseña unas dinámicas propias, nos fija como seres en el mundo y así toda nuestra forma de vida interior y exterior. El clima, por ejemplo, determina la producción agrícola y pecuaria; asimismo, nuestra forma de vestir, el tipo de viviendas que construimos, los deportes que practicamos; incluso la manera de hablar y la música que escuchamos, componemos y bailamos dependen del clima. La forma en la que recreamos, imaginamos y metaforizamos el mundo se debe a esa dinámica *elemental* — relaciones entre los elementos: agua, aire, tierra, fuego— del territorio.

Las metáforas, fundamentales en toda cultura, nos revelan un mundo interior que dialoga con el exterior. Como soy de un pueblo cuyo epíteto es, precisamente, una metáfora de lluvia, Cielo Roto, traeré, pues, uno de mis tantos artículos que ilustra, juguetonamente, la identidad de un territorio como Caldas.

Siete maneras de llover en caldas

Lapo: Es una precipitación pluviométrica inesperada de grandes proporciones. En otras palabras, es un aguacero el verraco, que todo lo que coge lo empapa al instante; si usted va salir es aconsejable que espere porque se le moja hasta el relicario que tiene en el pecho. Tenga en cuenta que cuando cae un **lapo**, siempre escampa rápido. ¡Di tú unos 15 minutos máximo!

Lluvia pasajera: Esta es una agüita que va de paso intentando convertirse en aguacero; también sirve para que las señoras se revienten el gañote gritando: Eeeeeentreeeen la roooooopaaaa. Aunque si ya tienen baquía saben que estas goteronas son inofensivas y

que después de cinco minutos ya se han ido a asustar a otros pueblos. Ah, también es probable que salga el arcoíris.

Moja bobos: Es todo lo contrario de la **pasajera**, pues esta sí moja y se puede demorar toda una tarde en escampar; el cuento es que si usted se decide a salir y no lleva sombrilla se pega la mojada de Canchilas; por otro lado, si espera a que mengue lo coge la aurora ahí (ojalá con tinto y buena compañía). Se le llama así porque termina mojando a todo cándido que no la conozca.

Tormenta: Es un aguacero de padre y señor mío; con decirle que cuando hay **tormenta** doña María saca del chifonier el cirio de la primera comunión de Luisito y lo enciende al lado de la Virgen del Carmen hasta que escampe. Puede que caiga granizo, la **tormenta** viene acompañada de relámpagos y truenos.

Vendaval: En el **vendaval** son muy característicos los vientos fuertes y rápidos; este es el culpable de levantar faldas y también arrebatada de los tendederos los cucos y los lanza a los solares ajenos. ¡Es un aguacero morboso! En el **vendaval** llueve por ráfagas y es posible que a usted se le haya entrado el agua por debajo de la puerta. ¡Corra!

Huracán: Este es el que más gusta, pues muchas y muchos aprovechan para coger un marido de los que caen del cielo. Lo mejor del asunto es que son enviados por San Pedro. Son de todos los tamaños y hay para todos los gustos. Durante el **huracán** se debe tener cuidado con no pararse cerca de un árbol, ya que puede caer un rayo y quemarle hasta las pestañas.

Aguacero: El **Aguacero** es un Periodiquito, una revista, El Colombiano de Caldas Antioquia. Es una lluvia de información que ha caído mes a mes durante **SIETE** años; allí han aparecido Rosita, Juan, Daniela, hasta el perro y el gato; pues este **Aguacero** ha sido de todos y para todos. Un medio de comunicación para ver al vecino, al Flaco, a La mona, al artista, al comerciante, en fin; es una posibilidad de mirarnos y reconocernos, una lluvia que nos refresca con notas positivas mes a mes. En conclusión, el Aguacero

es tan nuestro como El Alto de la Cruz, Morrogil o Mazo. Bienaventuranzas para todos los que hacen posible este Chaparral: Director, periodistas, comerciantes y lectores.

Este artículo publicado en el 2012, más que escribirlo, lo escuché, y es una metáfora popular de la lluvia, es decir, sobrepasa la mera descripción meteorológica y se inscribe como un acontecimiento comunitario profundamente significativo para el imaginario del pueblo.

Crecí escuchando expresiones como *lluvia pasajera* y *moja bobos*. Tuve la fortuna de ver múltiples rituales caseros que atendían cada una de las diferentes manifestaciones pluviales, según el rango que ocupara en la escala metafórica. De esta manera, vi cómo las abuelas encendían los cirios de las primeras comuniones para apaciguar la furia de las tormentas. Incluso recuerdo a la bibliotecaria del municipio conjurando la lluvia para que no aguara los eventos programados por la biblioteca: sujetaba un machete por la cacha con la mano izquierda, señalando hacia la nube de agua; con una vela azul encendida hacía círculos contrarios a las manecillas del reloj, como si quisiera significar con esto un retroceso del tiempo. Recuerdo también que los primeros almacenes en vender gorras y tenis de marca en el pueblo se llamaban El Huracán y El Vendaval. Por otra parte, hubo una refinada revista literaria en los años noventa llamada Cielo Roto; asimismo, el periódico que he estado citando se llama El Aguacero. Hay un parque en el municipio llamado Tres Aguas y está también el bar El Charquito. Estamos, pues, *inundados* por el imaginario del agua que da identidad a nuestro territorio. Con estos ejemplos quiero demostrar cómo la palabra deja de ser un mero concepto para acogernos en una representación afectiva del mundo.

La palabra está incorporada en nosotros porque somos parte indivisible del territorio que habitamos, dicho de otra manera, somos el territorio. Nos deleitamos contemplando el paisaje porque intuimos que esas montañas, animales, ríos y soles son el reflejo de nuestras propias fuerzas vitales. El lenguaje de los campesinos nos revela con fuerza esa relación entre ser, palabra y territorio; pues su diario vivir, acompasado al ritmo de la naturaleza, así lo demuestra. Ejemplo de ello son los refranes, dichos y

metáforas campesinas que entrañan este sagrado vínculo de dulzura y picardía. Aquí, presento algunos de ellos:

Eso es como llevar leña pal monte.

Ahora sí estoy pelechado.

Caranga resucitada (chinche)

A mula regalada no se mira el diente.

Y yo con esos ojos con sapo en tomatera.

Salió con pasos de ir a cagar al monte.

La cuña del mismo palo es la que aprieta.

Más peligroso que un gusano de col.

Me cree caído del zarzo.

Cagado y con el agua lejos.

Yo no soy frutica de esa que comen los micos

Salió como si lo hubiera picado el tábano.

Pasando las verdes y las maduras

Llevar del bulto.

Cogerle la comba al palo

Dos cucharadas de caldo y mano a la presa.

El entorno y su relación con el cuerpo se palpa a través de la palabra. Lo que se dice de una planta o de un animal, el campesino lo traslada a su vida, lo asume como el modo de entenderse y de hacerse entender. Así nace en él la metáfora: las palabras que usa en su relación con las cosas portan un significado paralelo a las de su sentir. Tomemos dos verbos: pelechar y embarnecer. Pelechar: *dicho de un animal: echar pelo o pluma* (RAE). Embarnecer: *engrosar* (ídem). Por lo general pelechar, pues, se refiere a los animales y embarnecer, a los árboles. Nuestro campesino hace una extrapolación del lenguaje y dice: «esta muchacha está *embarneciendo* muy bonito» o «ahora sí estoy *pelechando*, voy palo arriba». Con las palabras que el campesino nombra su entorno construye su propia vida. Se deriva de esto una poética que es de una belleza inagotable.

Debido a la violencia y a la falta de oportunidades la Colombia rural huyó del campo, trayendo en su memoria corporal y espiritual la palabra; palabra que antes de la tala de bosques, la ganadería extensiva, la contaminación y la minería, legal o ilegal, ya se había hecho MONTE y REFUGIO en ellos. Esa palabra llegó a las grandes ciudades, salió de la Colombia profunda con su misterio a flor de labios y se mezcló entre las urbes, enriqueciendo el lenguaje con la experiencia del monte, esas voces de la manigua se establecieron en el billar, en la plaza de mercado, en el parque, se montaron en el bus y se bajaron en el atrio. Esa palabra empezó a vagabundear y a pasar de boca en boca, de acera en acera, de cantina en cantina.



3.2. Acción comunitaria

Para cerrar este escrito misceláneo que se permite a menudo pasar del ensayo al relato o a la crónica y viceversa, evoco algo que, para mí, representó mi fuerte lazo comunitario. Esta reflexión sobre la experiencia puede tomarse, y así mis artículos en El Aguacero, como un aporte a la memoria de la acción comunitaria.

Las Juntas de Acción Comunal han sido el corazón de lo comunitario; la palabra y la acción al servicio de todos o, debo decir, la acción de la palabra misma. No basta sino cierta fuerza en la entonación y una muestra de expresividad para, «en un dos por tres», arreglar un camino, echar una plancha, limpiar las cunetas, hacerle mantenimiento a la bocatoma, reforzar un puente, entre muchas otras tareas que propician el encuentro solidario.

En el año 2013 la compañía Cipreses de Colombia promovió un concurso en el municipio de Caldas. La propuesta era representar los 16 pasos del manejo ambiental de la empresa; la comunidad ganadora recibía dos columpios, un lisadero, dos mataculines y un pasamanos que ellos mismos instalaban en un lote de la comunidad. Mi hermana Licinia, líder de la vereda, me llamó y me *echó el carretazo*. «Nos podemos ganar un parque infantil», me dijo emocionada, pues la vereda no contaba con un espacio así. Nos pusimos a trabajar un mes: ella, con la ayuda de los niños, diseñó una maqueta del plan ambiental hecha en material reciclado: desde el semillero hasta la cosecha y el transporte de los árboles.

Mi tarea fue presentarle a los jurados la propuesta creativa de la comunidad. Recuerdo que la Caseta Comunal estaba *tuquia*, no le cabía un alma más. Cogí el plan de manejo ambiental, esos 16 pasos, y los transformé en un acto de cuentería; la maqueta gigante y hermosa se convirtió en el escenario ideal para que cada palabra armonizara; además me permitía seguir un hilo conductor con espacios para la improvisación y la música de guitarra en vivo. Después de 20 días anunciaron los resultados, ocupamos el primer lugar entre 12 comunidades participantes.

A través de esa experiencia reafirmé, no solo mi condición de *contador de historias*, sino la importancia que tiene un saber cultural, en relación con las acciones comunitarias. Al fin y al cabo, a la hora de narrar, de relatar, mi voz era la voz de la familia y el vecindario; la banca, el quiosco, la tienda, el callejón, el morro —puntos insignes del barrio—, fueron para mí la escuela de la palabra: una combinación de sencillez, buen humor, imaginación, música y silencios. Elementos esenciales para que nazca un *contador de historias* o, como le llaman en mi pueblo, *un buen conversador*.



(Imagen de la celebración por el premio otorgado en 2013. Fotografía del archivo de la Junta de Acción Comunal).

CAPÍTULO IV

PALABRA Y BIBLIOTECAS



(Patio de la antigua Biblioteca Pública Municipal Francisco José de Caldas, 2019)

4. Consideraciones de la biblioteca pública,

Hay dos lugares que rinden homenaje al silencio; dos lugares donde la palabra se manifiesta desnuda y se presenta como puro acto de creación. Hablo del templo y la biblioteca. En el primero Dios se revela a través de la palabra de la confesión y el eco, efecto que sacraliza la voz del sacerdote. En la segunda se revela el pensamiento, la humanidad misma contenida en la palabra. En el templo hay un solo libro que son muchos libros, la biblia, que pretende ser el libro de los libros, es decir, una biblioteca sagrada. En la biblioteca cada libro es como la parte del gran libro de la cultura y vale aquí imaginar también un universo, tal como lo imaginó Borges: «No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses

ignorados que un hombre — ¡uno solo, aunque sea, hace miles de años! — lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que, en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique» (2009).

Contrario al templo que solo admite al feligrés bajo su total sumisión o al museo que marca cuidadosamente la distancia, la biblioteca es un lugar para hurgar, tocar, incluso para descansar o dormir, pues con la comodidad que cada vez más procuran al lector, es inevitable echarse un sueñito, pensando que el sueño, al fin y al cabo, es otra forma de leer. El 23 de abril del presente año, a través de un corto video Juan Villoro nos habla de la biblioteca: «Toda biblioteca, por pequeña que sea, es un resumen del mundo»... «una biblioteca no es un espacio que está quieto, los libros en los anaqueles aparentan inmovilidad y, sin embargo, al abrir cada uno de ellos se activa un mundo, se activa una época, se activa un idioma»; y concluye Villoro con una cita de Octavio paz del libro Libertad bajo palabra: «contra el bullicio y el silencio invento la palabra, libertad que se inventa y me inventa cada día» (2020).

Después de esta pequeña reflexión que evoca la biblioteca en general, quiero dedicarme a la biblioteca pública, de la que soy hijo y un activo colaborador. Desde adolescente integro el grupo de Amigos de la biblioteca, cuyo nombre ya implica una nueva relación con ella: aquí el usuario, persona pasiva que accede a los diferentes servicios, pasa a convertirse en una persona que participa, gestiona, propone actividades. Lo que para el uno es un lugar de consulta, para el otro es un hogar. La biblioteca pública se transforma para el Amigo en su propia biblioteca. Y vuelvo, entonces, a introducir el término de comunidad.

Esta mirada comunitaria de la biblioteca ya no la entiende como una «bodega» de libros clasificados por un sistema concreto —Sistema Dewey—, o como un círculo cerrado, exclusivo de intelectuales, sino como un escenario de lo popular donde también tiene lugar la tradición oral y los saberes locales. Con esto quiero decir que una biblioteca

pública va más allá de los libros y que acoge a la palabra en todas sus formas. Esta perspectiva promueve, de manera más amplia, la participación ciudadana y la cohesión social. La biblioteca pública es, pues, el espacio representativo de la diversidad, no solo desde las múltiples voces de los autores dispuestos en los anaqueles, sino también desde los mismos usuarios y amigos que la frecuentan.

Interesante, además, ver en ella un refugio donde se cultiva el silencio. La música, de alguna manera, es también un refugio de silencio. Pero en la biblioteca es una condición para estar, el silencio de los libros es contagioso. Sin embargo, este lugar ha dejado de ser el centro de una población determinada, clase media, clase alta, que dicen llamarse cultos y requerir el silencio para su particular cultivo. No, a la biblioteca pública llega el pueblo, buscando libros o no. Aquí llegan los más diversos personajes para encontrarse con un silencio que no reprocha su condición, con un silencio que los comunica con otros de igual o de diferente condición. Quien solo por comprobar esto que digo quiera acercarse a la biblioteca pública de este pueblo, Caldas, se va a encontrar, a lo largo de una semana, con los mechudos, los barbados, los *gafufos*, los jubilados, los homosexuales, los mariguaneros, en resumen, con los raros.



4.1. Transformación de la biblioteca pública

De niño conocí un concepto muy severo de biblioteca, pues se exigía un comportamiento casi religioso. Cada usuario solo podía entrar hojas sueltas y un lápiz para sus consultas; era natural sacar a los adolescentes de la biblioteca si se reían o hablaban mucho. Las multas por retraso en la entrega de materiales se cobraban con dinero —bien escaso por aquella época para un joven— y perder un libro significaba casi la excomunión, y reponerlo sí que era un verdadero milagro. No se podía comer ni mascar chicle, tampoco tomar agua y mucho menos tinto; por el servicio de internet se cobraba y para las tareas largas era aconsejable llevar plata para sacar las fotocopias. La bibliotecaria jamás sonreía, su semblante conservaba la autoridad del puritano para quien la vida debe ser un estricto y silencioso luto.

Por fortuna tal concepto de biblioteca se transformó y el cambio de dinamismo vivificó los procesos. La biblioteca ya no solo administraba información —datos de catálogo y estadísticas de usuarios—; paulatinamente consolidó una programación y ofertó otros servicios: cine foros, promoción de lectura, exposiciones de arte, clubes de lectura, talleres de escritura y poesía, centros de información local, vacaciones recreativas, actividades para niños y viejos. etc.

En Colombia aparece la Ley 1379 DE 2010, por la cual se organiza la Red Nacional de Bibliotecas Públicas coordinada por el Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia. Allí se regula el funcionamiento y se establecen los instrumentos para el desarrollo integral y sostenible de las bibliotecas públicas del país. Cabe mencionar que esta Ley no aplica para las bibliotecas universitarias, escolares o de cajas de compensación familiar. La Ley establece que todas las bibliotecas públicas del país se formen a través de acuerdos municipales o departamentales y se contrate por carrera administrativa el personal requerido según la idoneidad del cargo. En el numeral 12 del Artículo 2 se define lo siguiente:

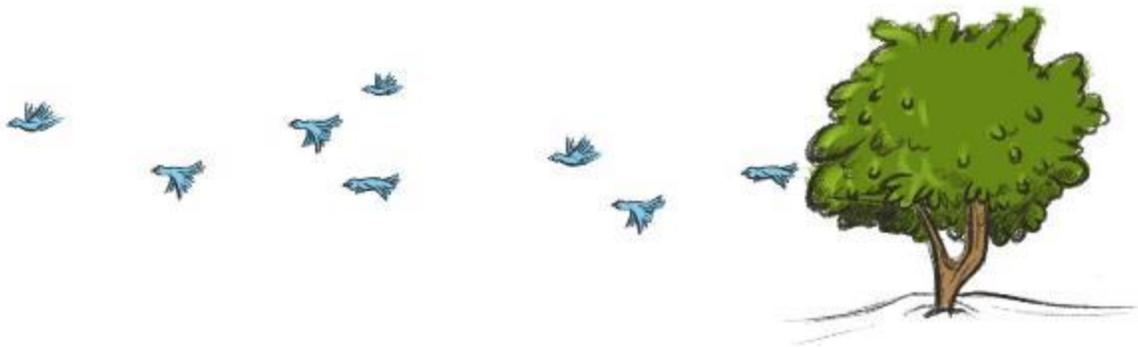
Una biblioteca pública es aquella que presta servicios al público en general, por lo que está a disposición de todos los miembros de la comunidad por igual, sin distinción de raza, nacionalidad, edad, sexo, religión, idioma, discapacidad, condición económica y laboral o nivel de instrucción.

El Artículo 3 es de gran trascendencia para el país, pues declara que las bibliotecas son de utilidad pública o de interés social. Por su rol estratégico respecto a la educación, la ciencia, la tecnología, la investigación, la cultura, el desarrollo social y económico de la Nación, la infraestructura y, en general, por los servicios que prestan las bibliotecas de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, se declaran de utilidad pública y social. Estos servicios, además, son gratuitos. Según reza en el Archivo General de la Nación (2010).

En resumen, la biblioteca adquirió una importancia estratégica para lo popular. Su alcance político es, quizá, más efectivo que el de las instituciones propiamente políticas y burocráticas. Podemos ver que en las bibliotecas públicas opera de forma más eficiente la democracia. Nadie allí es discriminado. Tanto académicos, investigadores, autodidactas, como hijos de obreros y campesinos o personas con discapacidad, pueden acceder a ella. Como ya se dijo, la biblioteca es una comunidad y, en cuanto tal, promueve los saberes locales, los planes de desarrollo, los consejos municipales de cultura, entre muchos temas que reivindican este concepto.

El impacto de la tecnología no ha sido menos. A un clic se puede encontrar un libro o desplegar el amplio archivo de consultas. Por medio de las redes sociales la biblioteca se promociona y promociona a quienes hacen parte activa de ellas. La era digital no se ha visto como una amenaza que acabará con el patrimonio material; por el contrario, lo digital ha multiplicado el interés por recuperar el espacio y ha demostrado que el libro goza aún de mucha acogida. Pienso en lo que dice Villoro en su conferencia La aventura de leer: «las bibliotecas son depósitos de almas, son almaríos...». Ya al final el autor plantea la cuestión sobre «una civilización donde hubiera computadoras, pero no libros de papel»; alguien diría, según Villoro: «... se ha hecho un nuevo invento, es una cosa increíble porque... es muy barato, es de papel, no tiene que conectarse..., no se va a volver obsoleto porque lo vas a poder seguir leyendo siempre...; si se te cae al piso no

se rompe...; estimula los cinco sentidos, incluyendo el tacto porque pasas las páginas, y el olfato porque el papel huele muy rico; se abre como una ventana; lo puedes subrayar... y escribir cosas en él...; la gente entonces diría: qué maravilloso invento, esto ha superado a la computadora»(2015). En este sentido, ¿no son las bibliotecas verdaderos centros tecnológicos?, ¿no es allí donde la sociedad comenzará de nuevo en el caso extremo de que colapse y las tecnologías digitales ya no se puedan sostener?, ¿dónde, pues, reside el alma de un pueblo, si no es en una biblioteca?



4.2. Fotografía y memoria

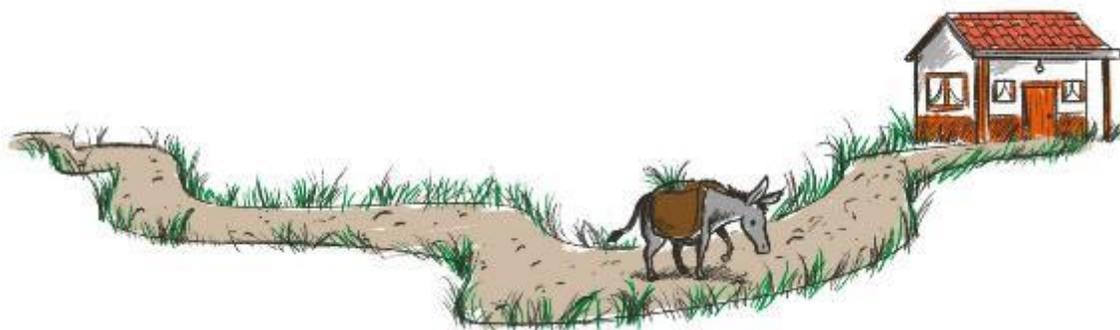
Hablaré de mi experiencia personal como Amigo de la biblioteca. En el año 2016 fui convocado a trabajar en un proyecto de la Biblioteca Pública Francisco José de Caldas: la creación de un álbum digital de memoria fotográfica. La idea era rescatar de archivos personales o locales la historia de Caldas; construir una suerte de historia periférica en la que se incluyera la vida íntima del pueblo, la vida contada por sus propios protagonistas. Hicimos una convocatoria general para que las personas se acercaran y voluntariamente nos prestaran sus más preciadas fotos. A medida que avanzamos con la recopilación y catalogación se nos presentaron necesidades ante las cuales ideamos nuevos métodos, como el de salir, computadora y escáner en mano, a recorrer barrios, juntas de acción comunal, cantinas, etc. Nuestro logro fue bastante evidente, pues, en dos meses, recabamos 214 imágenes entrañables, dispuestas en la web, cada una con su respectiva fecha, lugar, propietario, autor y comentario. De este catálogo emergieron cuatro líneas de sentido:

Saberes locales y oficios (44 fotografías). En esta galería apareció con potencia el vínculo de los seres humanos con la comida —reflexión abordada en el segundo capítulo—. Nos encontramos allí con los oficios más tradicionales y artesanales del pueblo, así como el saber que portan y la dicha que reflejan en las imágenes.

Lugares representativos (57 fotografías): El río Aburrá y los acueductos veredales inundan los recuerdos de las familias locales, a tal punto que el número de fotografías relacionadas con el agua nos sugirió en el proyecto una segunda etapa, dedicada exclusivamente a las memorias del agua. Las reminiscencias abarcan también el cementerio municipal, la plaza de mercado, la catedral, la calle adoquinada del comercio, la Fonda Káiser, la Universidad La Sallista, la Escuela Joaquín Aristizábal, etc. A continuación, se contrastan dos fotografías del mismo «parche»: un paseo de olla en la vereda La Clara; entre una y otra hay un lapso de 30 años.

Personajes típicos (65 fotografías): En los pueblos abundan los seres auténticos: locos, merenderos, líderes comunitarios, curas, pordioseros, profesores, venteros, recicladores, artesanos... Estos personajes que encarnan la cultura popular fueron traídos por los usuarios de la biblioteca en retratos espontáneos capturados en la cotidianidad del vecindario. Esta galería despertó gratitud, amor y admiración por todos esos personajes que configuran la tradición del ser pueblerino.

Eventos importantes (45 fotografías): El aprovisionamiento de los servicios públicos por iniciativa de la comunidad configura uno de los eventos más importantes que narra esta galería: elecciones de juntas directivas de acciones comunales, pavimentación de vías, construcción y mantenimiento de acueductos veredales, ceremonias religiosas, honras fúnebres, eventos deportivos y recreativos, fiestas populares... A continuación, se presentan dos fotografías; la bocatoma que bien puede representar la construcción de un barrio y ser el símbolo de su vida misma; la otra corresponde a una exhumación, celebración fúnebre que en su tiempo se solía fotografiar: nos recuerda esas primeras fotos de la historia, en las que surgió entre las familias la extraña práctica de retratarse con su muerto.



SABERES LOCALES Y OFICIOS

TOMANDO EL SOL

Fecha: 1970 aprox.

Lugar: En el parque principal de caldas

Autor(a): Héctor Grajales

Propietario(a): Edilma Grajales

En este municipio del Valle de Aburrá Sur, ser conductor ha sido un oficio apetecido por habitantes del municipio. Acerca de esta foto, doña Edilma nos dejó estas palabras: «tómenme una foto en trompa de ese bus, pa'que me quede en el recuerdo. Yo fui una *mica*, me montaba en todas partes». (QEPD)



COSQUILLAS

Fecha: 1994

Lugar: Barrio La Chuscala

Autor(a): Alberto Castañeda

Propietario(a): Familia Castañeda

Emilia Herrera, sorprendida por su hija Rosa Castañeda, en la cocina de su casa. Son las primeras manipuladoras del servicio de alimentación para el Jardín Infantil Los Retoñitos. Esta familia posee el secreto de las mejores cremas de mora que se hacen en el barrio.

LUGARES REPRESENTATIVOS

DÍA FESTIVO

Fecha: 1984 aprox.

Lugar: Vereda La Clara

Autor(a): sin identificar

Propietario(a): Ángel A.

Paseo familiar en la vereda La Clara. Día en que se disfrutó un sancocho de «calambombo», nombre popular de un hueso de novillo con el que las familias solían hacer el caldo.



AGUA FRECA, DISFRUTE SANO

Fecha: enero de 2014

Lugar: Vereda La Clara

Autor(a): Santiago Correa

Propietario(a): Santiago Correa

Familias que disfrutan de las cascadas en La Clara. Acampar o compartir alrededor de lo que tradicionalmente se conoce como «paseo de olla», son las

principales actividades en estas salidas de ocio que realizan los caldeños y otras personas del Valle de Aburrá.

PERSONAJES TÍPICOS

EL VIEJO MAZO

Fecha: 1999

Lugar: Alcaldía del Municipio de Caldas

Autor(a): Alirio García

Propietario(a): Daniel García

Macito es un personaje popular de Caldas, antiguamente conocido como El Farolero, pues era quien prendía las luces del parque y otros lugares antes de la electricidad y el alumbrado público. Ahora se le puede encontrar vagabundeando y repartiendo volantes publicitarios.



EL MAESTRO

Fecha: 1998 aprox.

Lugar: Fundación Camino Gerontológico (vereda La Valeria)

Autor(a): Orlando Gómez

Propietario(a): Leticia Correa Rojas

Parrandón en el asilo con el maestro merendero Leonel

Ospina, intérprete amagaseño considerado el mejor requinto de Antioquia. Entre sus canciones más famosas están El Jardinero y María Teresa, que no faltan en ningún bailoteo decembrino.

EVENTOS IMPORTANTES

BOCATOMA NUEVA ACUEDUCTO VEREDAL

Fecha: 2012

Lugar: Monte Redondo

Autor(a): Sebastián Marín

Propietario(a): JAC

Los inicios del acueducto fueron en la década del 80; 20 años más tarde lo que era una acequia pasó a tener tubería galvanizada. En 2012 se instaló tubería en PVC, también se fabricó un tanque de almacenamiento en fibra de vidrio con capacidad para 50 mil litros. En la actualidad se adelanta el proceso para que el agua sea totalmente potable y se avanza en la instalación de medidores de consumo en cada casa.



SACADA DE RESTOS

Fecha: 1976 aprox.

Lugar: Municipio de Caldas

Autor(a): Familia Grajales

Propietario(a): Edilma Grajales

Sacada de restos de Alberto Muriel, un muchacho que trabajaba en Fabricato y murió apuñalado. Era el novio de Edilma Grajales, quien comentó: "Yo andaba con cámara para todas partes; mi padre me decía que no gastara tantas fotos, y yo le respondía que los recuerdos son lo único que queda". En algún tiempo las fotos de familia al lado de sus muertos fueron populares.



Hasta aquí esta muestra, con la que quiero resaltar el trabajo que puede promover la biblioteca pública. Más que el material recopilado, el proyecto fue en sí mismo un motivo interesante de tertulias y acercamiento de la biblioteca con la comunidad. Suele haber un rechazo injustificado por parte del pueblo, pues aún se piensa en el viejo elitismo que ya no es sino eso, un inveterado elitismo. La biblioteca pública, hoy por hoy, ha demostrado ser un lugar bastante activo, capaz de mantener y renovar la cultura. Particularmente en mi pueblo, Caldas, la biblioteca se ha visto afectada por la abulia de algunas administraciones; sin embargo, gracias a los Amigos y a la terca gestión de la bibliotecaria, se ha logrado mantener y responder debidamente a tareas que la convierten en un centro imprescindible de encuentro y cultura.

La clausura del proyecto fue un evento fantástico. El álbum digital se presentó a las familias que contribuyeron con su memoria fotográfica. Además, se contó con la presencia de un personaje del pueblo conocido como Jairo Loco, quien desempolvó un viejo proyector de negativos con sus respectivas diapositivas, un verdadero tesoro que, después de muchos años, se le revelaba exclusivamente a la biblioteca. 50 años o más retrocedimos en el tiempo; las anécdotas e historias alborotaron esa noche. La memoria que pretendimos recoger digitalmente se nos hizo tangible con aquel proyector que hizo de la biblioteca un viejo salón familiar, donde el audio y el color lo dan quienes, a viva voz, protagonizaron las proyecciones.

El Álbum Fotográfico de Caldas se puede apreciar completo en:

<https://www.flickr.com/photos/albumbibliotecaldas/>

4.3. La escritura y sus primeros gestos

Sin duda, creo que la biblioteca aún exige sus portavoces, exige un protagonismo que, por su naturaleza, debería tener. Estamos en un país donde a duras penas, en términos generales, se leen dos libros al año. La biblioteca no se ha ganado el corazón del pueblo porque la han aislado de él. Al par que mejoran sus condiciones de uso, la burocratizan; al bibliotecario no se le ve más que como un funcionario y, en muchas ocasiones, él mismo se asume como tal: el prejuicio, por ejemplo, de preferir el nombre de bibliotecólogo a bibliotecario, nos dice lo mucho que se ha impuesto la profesión sobre la vocación (inclinación, nacida de lo íntimo de la naturaleza de una persona, hacia determinada actividad o género de vida: María Moliner, *Diccionario de uso del español*).

El único proselitismo válido es el que conduce hacia ese templo llamado biblioteca. Mi religión ha estado allí y toda mi pasión por conocer el oficio de la palabra.

Siendo adolescente pasé de ser un estudiante de consultas típicas a conformar el Club de lectura de la biblioteca. Llegué por una recomendación de mi maestro de español y quedé fascinado con las Aventuras del bosque hondo, un libro del escritor Mario Escobar Velásquez que narra magistralmente las faenas de caza; el mismo autor orientaba los talleres del club. Los cuentos me engancharon apenas toqué la tierra húmeda y olorosa de sus páginas; hundirme en el silencio del monte tras el rastro de la presa me transfiguró en sabueso; oía los reposados sorbos de agua que el venado bebía antes de sentir el peligro.

Cada 15 días asistíamos para deleitarnos con la generosa palabra de Mario. Su lenguaje escrito era una alucinante mezcla de erudición y humildad campesina; a él le debo mi gusto por los sinónimos, aunque precisaba: *no hay sinonimia perfecta, dos palabras no significan exactamente lo mismo*. En la biblioteca de Comfama también asistí a las Jornadas de literatura, una iniciativa que promovía la conversación a partir de textos leídos; jóvenes y adultos despertábamos al asombro de la literatura. La biblioteca empezó a revelarme un mundo de Babel, una especie de trasegar borgiano lleno de

realidades ensoñadas, abismos psicológicos y un místico orden —o desorden— del universo.

Estas experiencias tempranas en las bibliotecas me decidieron más tarde por el periodismo —una carrera cercana a la literatura—. Después de estudiar trabajé cinco años como promotor de lectura (un enorme regalo de la vida, pues era un deseo que mi corazón tejió cuando las tertulias literarias palpitaron en mi ser). En los eventos del libro de Medellín conocí mucha gente que se dedicaba a la promoción de la lectura, la escritura y la oralidad; fui cosechando saberes e intuiciones que me ayudaron a echar mano de la escritura como lugar para la creación, el silencio y la resistencia.

Había crecido en la fertilidad de la palabra campesina y me había formado, pues, en el periodismo —un oficio que busca, escucha y trasmite historias—. Como promotor, mi experiencia con la lectura acompañó la experiencia de otros. Con este caminar ¿cómo no tropezarme con el difícil oficio de la escritura? Empecé con garabatos: cuentos mal escritos que traían algo engarzado (un recuerdo, una imagen poética en bruto, una descripción, un juego de palabras, etc.). Ejercicios oportunos para soltar la imaginación de la mano. Quizá lo que escribo ahora sea una insistencia en esos primeros garabatos: uno siempre intenta decir lo que no se puede y por eso termina solo con balbuceos que prefiguran la verdad de eso jamás dicho.

En el año 2014 fui Ganador del Estímulo al Talento Creativo de la Gobernación de Antioquia, el cual derivó en la publicación de *A ritmo de Caracol*, un libro de 12 cuentos para niños de todas las edades —cerraré este capítulo con uno de esos cuentos—. Viví en carne propia la escritura de un libro: lágrimas y risas, emociones y arrepentimientos, felicitaciones y críticas. Lo más valioso de aquel aprendizaje fue descubrir el papel protagónico de la corrección de estilo como parte esencial del proceso de la escritura. Como esta tarea no se hizo con toda la atención y seriedad, el libro salió rústico; pero, aún así, sobresalió por la gracia de sus historias, por ese *no sé qué, no sé dónde del que gozan los feos*. Supe, entonces, que tenía una tarea de por vida: aprender a escribir.

Después de desechar casi todo lo que había escrito hasta el momento, fui tejiendo, parsimoniosamente, Manto de Canela, un poemario que resultó ganador del Concurso Latinoamericano de Poesía Ciro Mendía en el año 2017. El libro está compuesto por tres momentos: Follajes de agosto: un acercamiento al juego como condición vital; Piel de montaña: una conversación amorosa con los seres del campo; y, por último, Cortezas de humo: un caminar a tientas por las orillas del misterio. Sé que la verdadera literatura no admite clasificaciones, pero pasar de escribir cuentos a escribir poemas fue un movimiento profundo y silencioso. Cabe mencionar que la organización del concurso entrega un modesto aporte y publica la obra solo en formato PDF.

Tras leer cientos de libros álbumes en mi trabajo como promotor de lectura, se incubó en mí un deseo: hacer uno de estos preciosos especímenes. Escribí un puñado de cuentos y toqué la puerta de los ilustradores diciendo: *Buenas, señor ilustrador, soy un escritor que nadie conoce, que no tiene un solo peso para publicar, ¿quiere hacer un libro-álbum conmigo?* Comprendí las expresiones de desconcierto, pues la propuesta era un poco descabellada.

Sin embargo, la terquedad o la locura —que pueden ser lo mismo— siempre tendrán unos pocos aliados. En esa ocasión fue Sol Vélez, una pintora de Caldas con quien hice a Oliverio, libro álbum Ganador de la Convocatoria Pública de Creación y Circulación de la Gobernación de Antioquia en el año 2018. La obra es un relato autobiográfico que cuenta la historia de mi padre, un viejo merendero que se pierde en el mundo de lo metafórico y, así como un loco escritor encuentra a su loca ilustradora, él encuentra a su cómplice para realizar ese mundo; las páginas del libro abordan con dulzura el tema de la enfermedad y recrean un mundo pueblerino lleno de matices. Como el niño del cuento, uno vive buscando los tornillos que han perdido los hombres y el mejor lugar para encontrarlos es una biblioteca.

¡Hora del Cuento!

El tiburón de mi papito

José observó algo extraño cuando su papito Luis se lavaba los dientes. Por alguna razón que el niño aún no conocía, su papito se giraba para que nadie lo viera.

—Papito, ¿Qué haces?

—Mijo, limpio el tiburón—. Y Luis se reía sin abrir la boca.

¿Cómo es posible que papito tenga un tiburón por dentro? Pensó el niño mirándolo fijamente. Llegó a la conclusión de que por eso el abuelo se ocultaba: para evitar que el tiburón asustara a alguien. Después de un rato toda la familia se fue a dormir.

Al día siguiente José vio al papito en el comedor tratando de ruñir un hueso.

—Es verdad, papito tiene un tiburón en la boca.

Nunca la familia se había reído tanto de las ocurrencias de José; hasta el hueso y el tiburón parecían reírse.

Después de las carcajadas nadie dijo nada, cosa que agigantó la curiosidad del chico. Tal vez se trate de un antiguo secreto familiar, pensó. Él solo tendría que averiguarlo; al fin y al cabo, era el único que lo ignoraba.

Durante la semana José miró y miró al papito: cuando hablaba, cuando se tomaba las pastillas y cuando silbaba. No le quitaba el ojo de encima, pero nada, nada que veía el tiburón.

Cuando se hizo de noche el papito se quedó dormido viendo televisión, entonces José decidió que pescaría el tiburón con una cuchara de palo. Caminando de puntitas y temblando se acercó, temía que el tiburón saliera de un momento a otro y se lo tragara de un bocado.

El papito roncaba profundo y el niño aprovechó para meterle la cuchara en la boca. Jaló con todas sus fuerzas y gritó:

— ¡Mamá, mamá, mamá, le saqué los dientes al tiburón!

Tomado de A ritmo de ritmo de Caracol. (Restrepo, 2014).

CAPÍTULO V

PALABRA Y ESCUELA



RECREO

Un cardumen de niños inunda el patio
escamas de luz salpican por doquier
un bote de algarabía rema la mañana
Perseguidos por el alma
corren como dientes hacia el júbilo
esquivan el grito y saltan la cuerda de las olas
Policías y ladrones disparan carcajadas y
goles de papel navegan por los pasillos
Un lapicero por cinco canicas
cuatro chicles por una arepa
tres tajadas de papa por un confite
son los trueques de la maretá
Suená la campana
Palpita el arrecife...

Tomado de *Manto de Canela* (Restrepo, 2017).

5. Ser profesional no licenciado

En una decisión, aún polémica en la comunidad educativa del país, el gobierno nacional expidió el Decreto Ley 1278 de 2002 que abrió la posibilidad para que profesionales no licenciados pudieran ejercer la labor docente. El nuevo estatuto se justificó por la necesidad del servicio, la falta de personal docente, la reorientación de áreas como matemáticas, lenguaje, tecnología e informática como parte de saberes disciplinares necesarios en el desarrollo de la media técnica.

El Decreto Ley 1278 de 2002 establece que los profesionales no licenciados, legalmente habilitados para ejercer la función docente, son profesionales de la educación. El mismo decreto señala en el artículo 12 la condición de legalmente habilitados: Los profesionales con título diferente al de licenciado en educación, deben acreditar, al término del período de prueba, que cursan o han terminado un postgrado en educación, o que han realizado un programa de pedagogía bajo la responsabilidad de una institución de educación superior, de acuerdo con la reglamentación que al respecto expida el Gobierno Nacional (MEN, 2002).

La controversia se agita por tiempos, incluso, hay directivos docentes que no reciben con agrado a los profesionales no licenciados que llegan a prestar el servicio educativo. «No saben dar clase, ven la educación como un *escampadero*, no tienen vocación, no saben de pedagogía». Estas son frases recurrentes en las instituciones educativas; sin embargo, más allá de esta disputa, lo que hay en el fondo es un tema muy complejo de política económica, no solo en Colombia sino en América Latina. Por supuesto que el saber pedagógico también está en juego.

En realidad, tiene su fundamento en las necesidades del mercado laboral y en la estrategia de reducir los índices de desempleo en el país, situación unida a la precarización del empleo, al desequilibrio entre la oferta y la demanda laboral, a la falta de garantías y estabilidad económica. Por lo tanto, se trata de una imposición tendiente a la cualificación de la mano de obra a partir de la despedagogización de la profesión docente (Cuervo, 2013).

Sin embargo, hay conmigo muchos profesionales no licenciados que enseñamos con amor, honestos con el oficio y dispuestos a asumir la formación continua del maestro

como requisito ético para enseñar. No estamos aquí precisamente porque enseñar sea un trabajo fácil ni tampoco porque el salario sea suficiente; queremos aportar al desarrollo del pensamiento, a la transformación de la sociedad y al cultivo de las artes. También es cierto que buscamos —como la mayoría— una estabilidad, y no a costa de la precarización laboral de los licenciados sino de nuestro propio saber y mérito. Por otra parte, cabe señalar que las reuniones de maestros o sus salas de profesores no son propiamente un cenáculo de la pedagogía, es decir, la *despedagogización* de la educación también sucede en otros ámbitos, no solo en la contratación sino en el ejercicio mismo de la profesión...

Por tanto, es urgente el reconocimiento del profesional no licenciado como maestro en devenir que ha incorporado saberes y experiencias muy valiosas para compartir en el aula de clase. Educar es un mundo tan vasto que requiere de todos los caminos para llegar él; los aportes interdisciplinarios serán bienvenidos —tanto al currículo como a la vida misma de la escuela—. Alguna vez la maestra poeta Gabriela Mistral fue señalada de intrusa por enseñar sin diploma universitario, a lo que ella respondió:

Intrusos son los que enseñan sin amor y sin belleza, en un automatismo que mata el fervor y traiciona a la ciencia y al arte mismos. Intrusos los que solo le piden a la enseñanza un sueldo mensual y le esquivan el esfuerzo de un cerebro flojo y la emoción del alma. (Mistral, 2008)



5.1. A propósito del programa de pedagogía

Como parte del requisito legal para asumir el cargo de docente en propiedad, me matriculé en una universidad y cursé el Programa en pedagogía para profesionales no licenciados, el cual tuvo una duración de 480 horas presenciales, equivalentes a 10 créditos. El Programa abordó aspectos de legislación educativa colombiana, teorías pedagógicas y aspectos éticos y psicológicos de profesores y estudiantes, respectivamente; no fue profundo ni riguroso, más bien se trató de una motivación o introducción general al oficio.

Los cursos de formación pedagógica son un punto obligado para la apropiación del saber pedagógico, dado que permite un conocimiento general de la docencia, pero no profundo. Los currículos de estos cursos son formulados ligeramente, se convierten en referentes aislados y no en un vínculo que articule los discursos, las prácticas y la experiencia (Cuervo, 2013).

Éramos 10 estudiantes, tres estábamos en periodo de prueba y necesitábamos hacer el Programa para continuar en el magisterio, los otros eran jóvenes de ingeniería, psicología, comunicación social, teología, incluso medicina, que buscaban perfilar su currículum por si en algún momento de sus vidas se encontraban con la voluntad de enseñar, o con la necesidad. Dos años después me crucé con uno de ellos en los Juegos del Magisterio; había cambiado el estetoscopio por la tiza y andaba feliz con la experiencia de docente.

Es claro que quien no sea licenciado y quiera ejercer la profesión docente requiere mucho más que el Programa para profesionales no licenciados. Lo principal es tener voluntad. La paciencia y el saber pedagógico se ganan con la experiencia y la formación continua, cosa que también aplica para los licenciados como tal. Transformar la práctica pedagógica es una tarea de todos los maestros y del sistema educativo en general.

5.2. Ser maestro rural

Ser maestro en la zona urbana de un pueblo o en una gran ciudad supone un desafío grande, pues este es un oficio de mucha responsabilidad en cualquier lugar del mundo; pero es más duro aún en zonas rurales donde las desigualdades sociales saltan a la vista. Para nadie es un secreto que el campo colombiano ha sido marginado y azotado por las distintas oleadas de violencia. La educación rural está en franca desventaja y los maestros trabajan «con las uñas»: la ausencia de servicios públicos, la falta de conectividad y plataformas tecnológicas, el aislamiento y la presión de los grupos armados hacen del maestro rural un ser de resistencias, un rebuscador de estrategias pedagógicas para movilizar el pensamiento, defender la vida, la dignidad humana y la educación de la población más vulnerable del país.

Yo elegí la educación rural. Desde que me presenté al Concurso docente de 2014 supe que mi primera opción sería el campo. En mi vida he tratado de honrar lo campesino; siento alegría y compromiso al comprender que mis estudiantes sueltan el cuaderno y cogen el canasto para recolectar café, para escoger carbón o para sembrar caña. El estudiante campesino tiene en su rostro un aroma de tierra que la escuela deberá cultivar. Un maestro sensible se distanciará del discurso aplanador de la escuela y buscará sembrar con el estudiante y su familia la dignidad, el pensamiento y la transformación política.

Ser maestro rural conlleva la creación de un vínculo especial con las familias y, en general, con la comunidad, ya que la tarea del maestro no termina con la calificación del parcial ni con el cierre del periodo. El quehacer del maestro rural se consolida como un trabajo interinstitucional que dinamiza las relaciones con las juntas de acción comunal, con unidades de atención integral (UIA), con casas de la cultura, con fundaciones públicas y privadas que entretejen la vida comunitaria. Las clases del maestro rural no terminan cuando suena la última campana; su presencia en el territorio es garantía de lo público, de la consolidación de redes de participación ciudadana. Dicho de otro modo, el compromiso del maestro rural va más allá de lo académico.

Desde hace cinco años trabajo en el mismo colegio, ubicado en la vereda La Ferrería del municipio de Amagá. Es una institución que inició en 1927, en un pequeño salón construido muy cerca de las minas de carbón donado a la comunidad por la Federación Nacional de Cafeteros. Primero tuvo el mismo nombre de la vereda, luego se llamó Luis Carlos Parra Molina, en honor a un empresario y filántropo de la zona; en diciembre de 2019 el concejo municipal decidió fusionarlo con otro colegio y crearon así la Institución Educativa Rural Belisario Betancur Cuartas; de esta manera rindieron homenaje al personaje más ilustre del municipio: el expresidente Belisario.



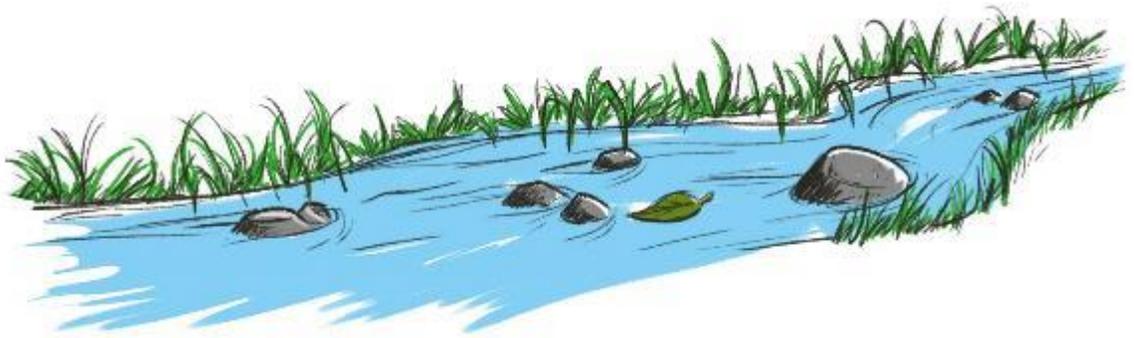
5.3. El maestro re-toma la palabra

Este capítulo toma el concepto de palabra desarrollado por Gadamer en su libro de ensayos titulado *Palabra* (Gadamer, 1971). Allí el autor profundiza en la amplitud del término y en las imbricaciones que genera en el campo del lenguaje. Asimismo, no titubea para ubicar la palabra en el centro de la creación y del pensamiento. «La palabra no tiene validez por lo que promete, si no por lo que trae, por la presencia, por ese ser-ahí» planteado por el filósofo alemán. En nuestros tiempos la palabra ha perdido valor, cosa terrible si pensamos en el lenguaje hablado y escrito, no solo como medios de comunicación, sino como partes constitutivas del *ser* humano; que la palabra pierda valor significa perder valor como ser. Sin embargo, la palabra como acto de resistencia parece recobrar su sentido, tanto, que a diario presenciamos la imposición del verbo acallar, efectuado con esa forma de impotencia que es el asesinato a profesores, periodistas y líderes sociales.

La palabra tiene un propósito poético central, y no hago referencia solo a la forma literaria de la poesía, me refiero a la posibilidad de nombrar la vida en la cotidianidad de las culturas, en esa función de *desocultar* lo abstracto de las ideas, de comprender la emoción y verbalizar el cuerpo. La palabra, dice Gadamer, «está apuntalada de tal modo en el ritmo, la versificación, la vocalización que se vuelve de pronto más dicente y recupera su poder de dicción originario». A pesar del raponazo que la palabra ha sufrido en la modernidad —reflexión que será abordada en el capítulo del silencio— su manifestación creadora aún conserva su don.

Es cierto que esta es una época que habla mucho y dice poco, parece como si el campo semántico se redujera paulatinamente y las palabras fueran torpes y estorbosas, cargadas de un saco de referencias cada vez más nebuloso y obsoleto. Ya exhortaba la poeta Emily Dickinson sobre la vitalidad de la palabra:

La pequeña palabra desbordante de la que nadie, oyéndola, diría que esconde ardor o lágrimas. Pero aunque pasen las generaciones, maduren las culturas y decaigan, seguirá diciendo. (Dickinson, 2017).



5.4. ¿Para qué sirve la palabra hoy?

«La palabra no es sólo la palabra individual, el singular de las palabras que, unidas, forman el discurso. La expresión está vinculada más bien con un uso lingüístico, según el cual “la palabra” tiene un significado colectivo e implica una relación social» (Gadamer, 1971). Esta definición es fundamental para los propósitos, no solo del presente capítulo, sino de toda esta investigación. Por un lado, precisa que no es la palabra en solitario la que comunica, sino los discursos unidos en el telar de palabras. El autor también los llamará textos y hará una diferenciación entre la promesa del texto religioso, el anuncio del texto jurídico y el valor estético del texto literario donde la palabra alcanza su mayor refinamiento.

En segundo lugar, le otorga a la palabra un significado colectivo que implica una relación social. Es allí donde Camino a la palabra chisporrotea, pues esta investigación es sobre la palabra en comunidad: la de los oficios y los merenderos, la del callejón y la plaza de mercado, la del silencio y la conversación, la del barrio y la escuela. En este sentido, la palabra es encuentro y, aunque también comprendo el carácter íntimo de la palabra, aquí la celebramos como un albergue de lo popular.

«¿Qué implica entonces ser un maestro de la palabra? Implica re-conocer en ellas un vínculo con lo auténtico, lo no falsificado, la sinceridad y la franqueza» (Gadamer, 1971). El maestro de la palabra deberá hablar con honestidad, inicialmente desde su saber disciplinar, que en este caso es el estudio y la enseñanza de la lengua. No puede aventurarse a enseñar una lengua que no domina, que no ama profundamente, que no escucha con delicia, pues estaría falseando el principio mismo revelado por Heidegger y estudiado por Gadamer. Cuando un maestro de lenguaje comprende que él es un instrumento de la palabra se afina a sí mismo para que cada sílaba cante apasionadamente; cuando somos francos con el oficio de enseñar —leales y verdaderos— nos alejamos de los purismos de la academia para vadear la palabra desde la orilla de lo popular, desde lo no convencional.

El maestro de la palabra será hábil en discernir los discursos de odio y alienación política, entre el maremágnum de los grandes medios de comunicación que buscan imponer una identidad, una forma cerrada e invariable de ver el mundo. Debe entonces el maestro desbrozar el discurso del poder para minarlo de resistencias; para enseñar sus intersticios y fugas, pues la lengua también puede ser un sistema para excluir, estigmatizar, desinformar y encubrir.

Ahora bien, cuando el maestro logra *desocultar* queda expuesto en muchos sentidos: la sociedad de hoy no admite oposición, todo lo que no produzca *likes*³ no cuenta, hay que eliminar cualquier comunicación que no sume; parecemos condenados a un laberinto de lisonjas. No podemos criticar, hay que tener siempre disponibles los emoticones que aplauden. Un maestro que pone el dedo en la llaga se puede «ganar» un traslado inconsulto, pues las personas que ven lo malo entorpecen la «calidad» de la educación y son un «lastre» para el sistema. En esta reflexión invito al filósofo español José Luis Pardo:

Hay un intento en marcha para librar al lenguaje de su incómodo espesor, un intento de borrar de las palabras todo sabor y toda resonancia, el intento de imponer por la violencia un lenguaje liso, sin manchas, sin sombras, sin arrugas, sin cuerpo, la lengua de los deslenguados, una lengua sin otro en la que nadie se escuche a sí mismo cuando habla, una lengua despoblada. (Pardo, 2000, p, 196).

Revelar la violencia política y la monstruosa desigualdad colombiana desde las aulas es incomodar las fuerzas del poder; un maestro de la palabra no puede callar ante la injusticia social porque se traicionaría a sí mismo; las convicciones que lo llevaron a la profesión docente se vendrían abajo, y la escuela perdería fecundidad, imaginación y poder transformador. El maestro que se expone puede ir fácilmente al Comité de Amenazados, sentarse humillado en un pasillo del edificio La Alpujarra y llenar una planilla de asistencia hasta que lo reubiquen, solo por decir, por no quedarse callado,

³ *Likes*: me gusta, en español. Utilizado a través de diferentes símbolos (emoticones) como aprobación en las redes sociales.

por denunciar un directivo docente corrupto, un acudiente violador, un estudiante extorsionista y un montón de etcéteras...

¿Qué tanto debería callar un maestro, qué tanto debería hacerse el de la «vista gorda» y el de la «oreja mocha»? Son interrogantes que la universidad debe abordar con los nuevos maestros en formación. Discutir si la idea es no meterse con nadie, no llevar la contraria, cuidar «la mía» (comida, plata y plaza). La cuestión debería enfocarse en cómo construir el país desde el disenso, desde las resistencias. Si la inequidad y la corrupción han permeado todas las esferas de la vida, cómo mantener la dignidad, la esperanza y la fortaleza, sería el fundamento. Panorama muy aciago para el magisterio en Colombia.

Para renovar la ilusión y echarnos a caminar de nuevo, beberemos de las frescas aguas de Rosa María Torres recogidas en su libro de crónicas sobre el trasegar de los maestros latinoamericanos.

Cómo destapar y desarrollar la tremenda energía, la visión, la pasión y la comprensión que abundan entre quienes optan, ayer y hoy por la enseñanza. Cómo reconstruir a pesar de los tiempos y signos adversos, esa satisfacción que otorga, como un raro privilegio y una gran responsabilidad al mismo tiempo, el oficio docente. (Torres, 2000, p, 193).

El maestro en ejercicio buscará en esa caja de herramientas que da la experiencia una postura que le permita, primero, preservar su vida, y luego, no marchitarse en la pesadez y obsolescencia del sistema educativo. Si logra conservar la sensibilidad como actor social, el entusiasmo del investigador y la convicción por su oficio, estaremos hablando de un verdadero maestro. Cabe resaltar las palabras nucleares que utiliza la autora en la cita: *energía, visión, pasión y comprensión*; originarias de un campo semántico muy potente en la transformación social desde la acción creadora del maestro.

Una tarea pendiente es hacer que el maestro se apodere de su profesión y luzca con orgullo su saber, que sea consciente de su aporte decisivo en el cambio social. La Federación Colombiana de Trabajadores de la Educación agremia a más de trescientos mil maestros en todo el país, un colectivo verdaderamente grande que reúne un caleidoscopio de disciplinas y un conjunto importantísimo de pensamiento crítico y propositivo. Rosa María Torres lo dice así:

Ser maestro o maestra es ser investido esencialmente como agente de cambio, con un poder inconmensurable para contribuir a cambiar la vida y el destino de miles de personas, para afectar no solo a sus alumnos, si no a los padres de esos alumnos, para cambiar la escuela y el sistema escolar y la educación como un todo. (Torres, 2000, p, 195)



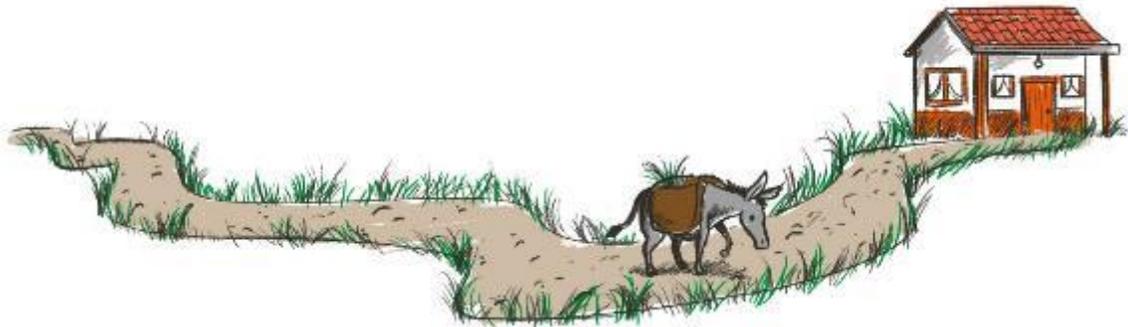
5.5. Recorridos de la palabra: experiencias pedagógicas rurales

Abro, pues, la puerta de mi taller, una reflexión de mis prácticas pedagógicas que abarca intentos, obsesiones, experiencias significativas, búsquedas y fracasos. «Al profesor Alejandro le parecen hermosas todas las palabras», suelen decir los estudiantes de mí cuando me sorprenden en medio de las clases perplejo ante el lenguaje. «¿Y es que las palabras son bonitas?», preguntan desde el rincón; oportunidad de oro para hablar de la música de las palabras, de la presencia que traen, de sus colores y de las emociones que despiertan.

A raíz de estos indicios comencé a preguntarme por la consciencia que los estudiantes tenían del lenguaje; fomenté la lectura en voz alta de poesía y cuentos breves. Me detenía en la morfología de las palabras, en la semántica y, sobre todo, en su musicalidad. Para fortalecer la escucha leía un cuento clásico como Caperucita y luego lo narraba en un tono costumbrista, después en parlache; la estrategia fue muy buena, pero requería de un cuidado especial de la voz, no solo por el acto de cuentería como tal, sino por la gritería que suele instalarse en las aulas de clase.

¿Cómo hacer un silencio pedagógico sin que esto implique gritar más fuerte que los estudiantes, sin vociferar un lenguaje amenazante? ¿Por qué al estudiante le cuesta tanto escuchar? ¿Cómo restaurar el silencio en la escuela? ¿Será que cuando la voz-autoridad del profesor acalla, los estudiantes están escuchando, o más aún, aprendiendo? Llevo años haciéndome las mismas preguntas; el silencio que hoy tenemos en las escuelas puede también ser una forma tiránica del sistema. Suele confundirse gritos y obediencia con pedagogía. Los estudiantes se reducen a entes pasivos que reciben, que callan ante la imposición de la enseñanza; el poder se instaura en el aula con el maestro al frente con su palabra categórica; se niega el diálogo, pues se tiene como premisa la distancia entre saber e ignorancia. Tal silencio es otra forma de la antigua frase: *la palabra con sangre entra*. Se sigue ejerciendo la violencia allí donde el silencio no es un derecho sino un deber.

Uno de mis tropiezos con el sistema educativo ha sido la evaluación: qué y cómo evaluar, cuál es el criterio para que un estudiante repruebe con un 2.9 y apruebe con un 3.0. Humanidades y lengua castellana es una de las materias más fáciles de ganar en el colegio porque el diseño pedagógico del área no se queda en la rígida estructura formal del idioma, encuentra inspiración en la literatura, en la música, en los saberes campesinos y en esa magnífica torsión del lenguaje popular. Para muestra un botón: *Los pájaros tirándole a las escopetas; cállate esos ojos; se me lengua la traba*. En definitiva, las formas tradicionales de evaluar se instalan también en las viejas formas de la enseñanza, auspiciadas por una *tiranía del silencio*.



5.5.1. La violencia del lenguaje en la educación

A continuación, presento un listado de expresiones y palabras malsonantes que se han naturalizado en la escuela, cabe precisar que cuando hablo de escuela también me refiero al colegio o las instituciones educativas. Este catálogo de violencias perpetúa la dominación, que no parece salir de la pedagogía sino más bien de un establecimiento penitenciario.

Te estoy invitando a que pongas en juego tu propio oído lingüístico, tu propia sensibilidad, al modo como algunas formas de escribir y leer, de hablar y de escuchar, extienden la sumisión, el conformismo, la estupidez, la arrogancia y la brutalidad. (Larrosa, 2006)

- Mortandad académica
- Perder el año
- Volarse de clase
- Correctivo
- Manual de convivencia
- Religión
- Fila - dominio de grupo
- Uniforme
- Cuadro de honor
- Vigilar el descanso
- Coordinador de disciplina
- Pedir permiso para ir al baño
- Competencias - estándares
- Recuperaciones
- Cuaderno de anotaciones
- Formación general
- Excusa
- Copiar
- Desatrasar
- Profesor «Cuchilla»
- Volarse del colegio
- Graduarse por «ventanilla»
- Castigado en el descanso
- Expulsado
- Suspendido
- Rebajar la nota
- Matrícula condicional
- Hora libre
- Hacer planas
- Examen
- Falta grave
- Ignorantes
- Largar o soltar los estudiantes
- «Tapao»
- «Burro»
- Bruto
- Revisar las cámaras
- Perder el tiempo

- «Capar» clase
- Motilado extraño
- Maquillaje escandaloso
- Hacer descargos
- Estudiantes malos
- Estudiantes buenos
- Dividir los estudiantes buenos de los malos
- Sanción
- Deserción escolar
- Rebajar disciplina
- En mi clase mando yo
- Usted no sabe nada
- Rápido que voy a borrar
- Otra vez hay que repetirle
- Eso no está permitido
- Voy a llamar a la policía de infancia y adolescencia
- Perder la materia
- Se me sale de mi clase
- Traslado
- Vigilante
- Castigar
- Reforzar

5.5.2. El trapiche comunitario enseña



Como parte de una conversación permanente con el entorno, nuestra institución educativa promueve los saberes campesinos a través de salidas pedagógicas que permiten comprender los procesos que se dan en las unidades productivas del sector. Asimismo, estimula la visita de emprendedores, artesanos o líderes comunitarios al colegio para que ellos enseñen su saber cultural. Así, los límites de la escuela se reconfiguran y también los roles: los padres de familia se vuelven maestros y la comunidad es re-conocida como la gran escuela de la humanidad, lo que pone en tensión el poder hegemónico que detenta la escuela y sus estructuras de saber.

No podemos darnos el lujo de pensar que sólo hay unos sitios especializados llamados escuelas donde se enseña y se aprende. El país entero es la escuela, el mundo entero es la escuela. (Ospina, 2012).

Esta iniciativa hace parte de una mirada dialógica presente en el modelo educativo institucional y genera un entendimiento colectivo de la vida y de los oficios. Hemos visitado cultivos de maracuyá, trapiches comunitarios, entables mineros, alfare rías, fincas ganaderas, entre otros lugares; los resultados son muy significativos porque se comprende una pedagogía del territorio y resurge en la palabra del campesino el saber y la reflexión que le han sido arrebatados o negados históricamente. Los maestros

y los estudiantes re-descubren aspectos éticos, políticos y culturales contenidos en los saberes de los padres de familia, como testimonio vivo del territorio que invoca su conservación. (fotografía: doña Marina Puerta, líder del trapiche comunitario).

5.5.3. Diccionario del carbón



Carbón de piedra

Muéstrame la veta para tallar un verso
deja la negrura a de tus pensamientos de roca
piensa en el pan de los hombres
y concede una tregua en la dura cerviz

Cae ante el pico ardoroso de los hombres
que como aves carpinteras ahuecan las entrañas

Tu dorso prieto no conoce el sol
nunca tu ser
vio la luna sombría

Tomado de Manto de Canela (Restrepo, 2017)

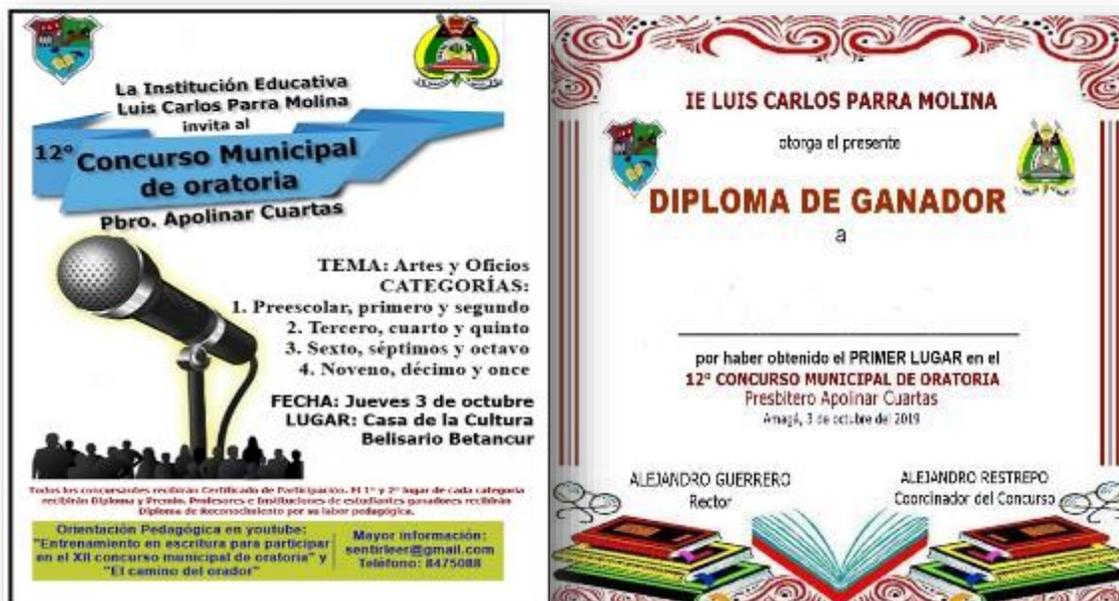
Más allá de las jergas propias de cada profesión, hay en los oficios una efervescencia del lenguaje que florece alejada de los tecnicismos. Las metáforas de los oficios son castillos del saber popular que entrañan interpretaciones asombrosas de la vida y de los quehaceres. En Amagá, por ejemplo, se le dice «gurrera» a una mina de carbón informal, muy pequeña, en donde apenas cabe un hombre que escarba como un armadillo la madriguera del pan.

Más que un diccionario, el ejercicio propuesto fue un palabrario: una práctica de escritura con los estudiantes del grado noveno a partir de la recolección de la voz de los mineros. La propuesta no solo reveló las duras faenas que enfrentan todos los días estos hombres, sino que halló un universo de inestimable valor lingüístico: el nombre de las herramientas, los refranes, las frases sintagmáticas, la descripción de las tareas y los agüeros de los mineros.

Los relatos tratan de ser lo más fiel posible a la voz de los protagonistas —sin conceptualizaciones artificiosas— y constituyen un semillero muy prometedor para la tradición oral de los municipios que integran la Cuenca de Sinifaná (Amagá, Fredonia, Angelópolis, Titiribí y Heliconia), una monumental reserva de carbón en el suroeste antioqueño. (El palabulario de la fotografía pertenece a la estudiante María José Zapata). Aquí comparto algunos ejemplos: *Ripio, granulado, almendra, cacho, cocina, peña*. Estas palabras hacen referencia a la clasificación del carbón según su tamaño, precio de venta y destino.

5.5.4. Concurso municipal de oratoria

(Proyecto que ocupó el segundo lugar en los premios Excelencia Educativa -Evoluciona 2019. Gobernación de Antioquia).



En año 2010 el colegio creó el Concurso institucional de oratoria para promover la palabra como eje del pensamiento. La argumentación y la claridad expositiva se convirtieron en el pilar de la iniciativa; un par de años más tarde se desarrolló una metodología para que el concurso ya no solo fuera institucional sino municipal. El evento aún ponía la mirada en el discurso, pero, desde mi llegada en el año 2015 como maestro de lenguaje, el certamen tomó un giro hermenéutico y la palabra también fue comprendida como acto creativo, tradición oral, juego, oficio, arte, cuentería, poesía y canto. Este espacio no se debe fomentar como una competencia sino como un encuentro para la conversación, la reflexión y el deleite de la palabra.

A continuación, presento un fragmento del texto de Daniel Felipe Guerra, un estudiante del grado décimo que, a través de su discurso, le rindió un homenaje a su padre —

avezado arriero de la región—, en el marco del décimo segundo encuentro municipal oratoria 2019.

Ser arriero es tener la valentía de andar 10 o más horas detrás de una recua de bestias, sin miedo de lo que pueda pasar en el camino; esté cayendo agua o haciendo mucho calor hay que atravesar montañas, precipicios y cañadas. Este oficio viene desde la antigüedad, pues los caballos fueron uno de los primeros medios de transporte que empleó la humanidad. Hoy la arriería es de gran importancia para la sociedad porque gracias a ella los productos del campo como el café, la caña, las frutas, las verduras y la madera llegan a los pueblos y así van llegando las cosas a las familias de todo el país.

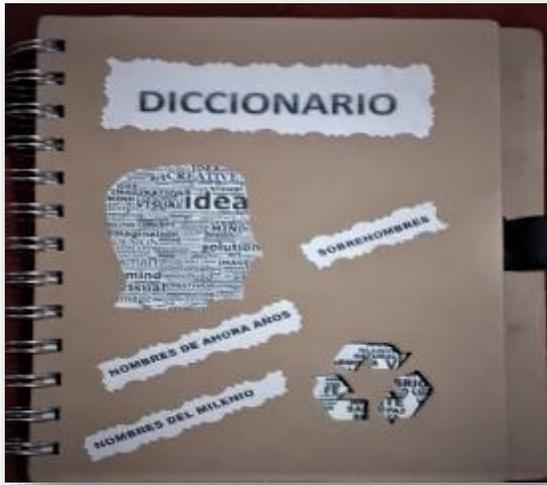
5.5.5. Equipos de trabajo colegiado de Amagá



Los equipos de trabajo colegiado son una estrategia pedagógica impulsada por el núcleo educativo y la secretaría de educación municipal.

El equipo de trabajo colegiado de lenguaje también es llamado El banquete de la lengua, el nombre hace referencia a la idea platónica de la palabra como amistad y agasajo. Desde hace dos años soy el líder de este grupo conformado por profesores de español y filosofía de todas las instituciones educativas de Amagá. El propósito ha sido claro desde el comienzo: enseñar una lengua viva, juguetona, estética, y capaz de interrogar la vida. En la fotografía (lado derecho) aparecen docentes de otros equipos de trabajo colegiado participando de un Picnic Literario; el reto era escribir y recitar una jeringonza. Por otra parte, la búsqueda pedagógica del Banquete de la lengua se enfoca en el cómo enseñar literatura en las aulas de clase, cómo dar cuenta de lo leído, qué autores y qué géneros leer, entre otros interrogantes propios de la práctica pedagógica.

5.5.6. Diccionario de sobrenombres y trabalenguas



Toño Moño

Toño Moño con el madroño come moña con coño roño, Toña Moña con su rico kimono toma a Toño con su moña y vuela su moño con mano de roño y con pie de candroño. Romaña roza el coño con el moño en la moña de Toña y se amaña, sueña con una riña con Toño Moño por la moña de Toña Moña, Toño Moño le dice a Londoño lo de la maraña de Romaña y le dan duro en el retoño...

Este es el ejercicio de Juan José Londoño del grado octavo, un trabalenguas pícaro que nos hizo reír a todos en la Semana del lenguaje en la que hay retos de adivinanzas y trabalenguas, lecturas bilingües y poesía indígena. Antes de compartir las creaciones en este acto cultural, las escrituras son lentamente trabajadas en el aula y en los hogares de los estudiantes donde son alentadas por los abuelos y los copleros de la zona que alían el decir con sobrada malicia.

Más que un diccionario, el ejercicio de los sobrenombres recoge pacientemente los apodos de la vereda. Este cuadernillo reúne nombres antiguos y los pone en diálogo con los nombres del nuevo milenio; es fascinante ver la cara de asombro de los estudiantes

cuando descubren el camino cíclico de la antroponimia: «Uy, profe, mi bisabuela se llamaba Susana y mi primita también». Los nombres propios, a diferencia de otros vocablos, no caen en el arcaísmo absoluto, gracias a que el hombre es capaz de honrar la memoria, al restaurar la presencia de los nombres propios.

Otro de los ejercicios planteados en el curso de lenguaje ha sido el de rastrear las plantas medicinales, los animales y los árboles endémicos. Averiguar remedios caseros y compartir recetas ancestrales. Todos estos son ejercicios para zambullirse en la tradición oral, en una suerte de semántica campesina que ha nombrado el territorio con brillantez. Mi esfuerzo pedagógico ha consistido en interpretar ese mundo y manifestarlo ante los estudiantes.

5.5.7. Encuentro con la palabra



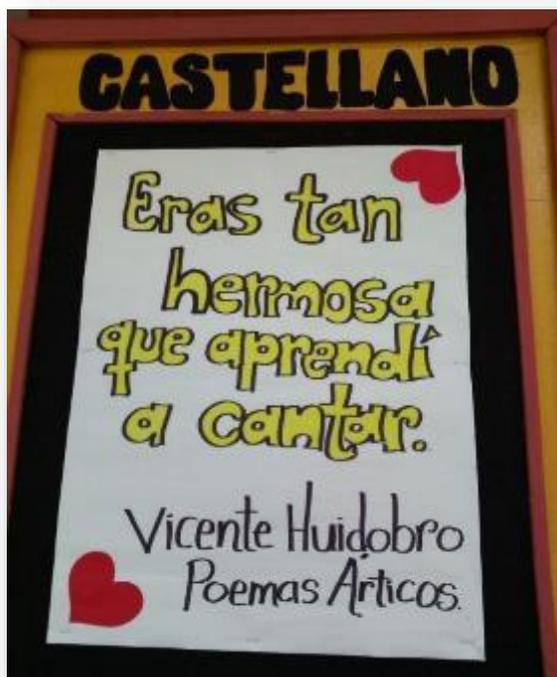
Las bibliotecas escolares son escenarios claves para la formación de lectores, pero su rol estratégico se ve reducido por razones muy diversas: la falta de contratación de un bibliotecario idóneo, la utilización recurrente del espacio para ver películas, sacar fotocopias e, incluso, para «castigar» a los niños indisciplinados obligándolos a transcribir textos o hacer planas. A estas acciones se suma que muchos profesores llevan los grupos con el único propósito de reproducir el conocimiento de un libro al cuaderno sin ninguna mediación pedagógica; *busque la respuesta y cópiela*.

Teniendo en cuenta este panorama, diseñé *Encuentro con la palabra*, una iniciativa de lectura literaria sin resúmenes ni evaluaciones. Para sistematizar la experiencia dejamos una Huella de lectura que permite saber cuáles libros ha leído u hojeado un estudiante en el periodo. Tienen el derecho, como diría Daniel Pennac, a no terminar de leer. Lo primero que hice fue conocer las colecciones e invitar a los estudiantes a sentir la emoción de leer esas maravillosas historias; me enfrentaba a la gran pregunta de cómo transmitir la pasión por la lectura sin obligar a nadie; esa ha sido una de mis reflexiones continuas como maestro de lenguaje y como promotor de lectura. Sin embargo, no he hallado ninguna «fórmula mágica», ni la hallaré; he procurado que cada estudiante elija uno de los cientos de libros buenos que hay en la biblioteca o me pida

que le recomiende uno. También leemos cuentos y poesía en voz alta y conversamos sobre lo leído o lo guardamos en el silencio; como alguna vez le escuché decir a la escritora y locutora Aurita López: *leer y esperar...* Esa ha sido mi estrategia cada ocho días que visitamos la biblioteca. Huellas de lectura:

Grado 7	Estudiantes	Nombre del libro	páginas	Observaciones
	Ruby Velásquez	Cuentos de enredos y travesuras	48-65	Terminado
		El mejor pintor de flores del mundo	30-80	Terminado
		Los cretinos	19	No terminó de leerlo

5.5.8. Póster de lenguaje

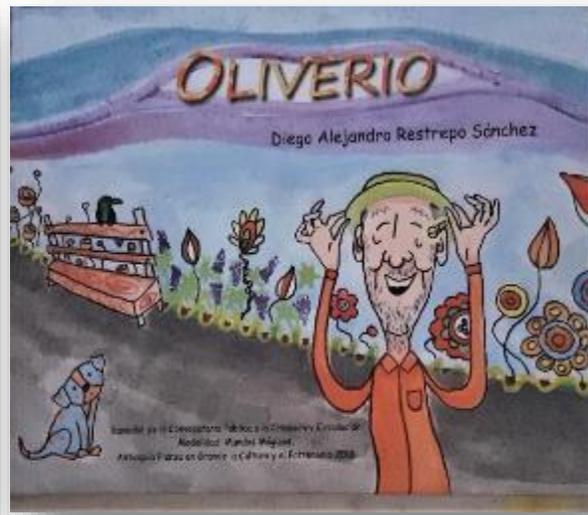


Una de las tantas responsabilidades de los maestros es actualizar la cartelera del área cada periodo, incluso este compromiso incide en la evaluación de desempeño docente. Solía ocurrir que con tanto trabajo se me pasaba por alto esta tarea, hasta que el rector me la recordaba —para ellos una cartelera es un asunto importante—; así que decidí resignificar el tradicional encargo. Lo primero que hice fue cambiarle el nombre, ya no sería más la Cartelera de español sino el Póster de lenguaje, pues siento que la palabra cartelera en la escuela connota obligación, mandamiento o correctivo. La palabra *póster* es una voz juvenil y melodiosa, y la acompañé de la palabra *lenguaje*, que representa la incesante búsqueda humana...

Ahora el Póster de lenguaje es un escenario para la poesía, las epístolas y la música, incluso ha servido como *razonero* entre los estudiantes. También ha sido una magnífica válvula de escape para que los chicos contra-digan la autoridad. Una vez puse una cartulina con el siguiente mensaje: *Hola, en este espacio de lenguaje puedes escribir lo*

que desees. Las frases, dibujos y palabras que allí quedaron son sorprendentes, desde mensajes de amor hasta insultos, desde tiernos piropos hasta vulgaridades. La invitación a participar en el «experimento» fue acogida por estudiantes de todos los grados; hasta los niños de preescolar dejaron su nombre allí. La escuela necesita más espacios para la libertad de expresión; el Póster de lenguaje aspira interpretar a los jóvenes y movilizar con ellos la petrificación de la palabra cartelera.

5.5.9. Historia de la niña que se la llevó el diablo (libro-álbum)



En cierta ocasión una niña desapareció misteriosamente, dicen que se la llevó el diablo. Al principio la niña se asustó mucho, salió corriendo y se estrelló contra una pared, pero el diablo le estiró la mano amistosamente. Luego jugaron todo el día, pero ella ya extrañaba a su familia. «Hagamos un trato», le dijo al diablo. «Yo me voy a vivir con mi familia, pero todos los días vendré a visitarte». «Está bien», dijo el diablo. Se despidieron con un abrazo. Pero antes de irse el diablo le dijo que tenía una idea, que si podía quedarse una noche con él. La niña corrió lo más rápido que pudo y llegó a la casa. Entró y no veía a nadie, así que revisó su habitación y vio a la mamá llorando. Se arrimó y le tocó un hombro. La mamá la miró y la abrazó fuertemente, luego comieron. Entonces le pidió permiso para irse de vacaciones con el diablo, se llevó todo lo necesario: linterna, un peluche llamado Pelusa y mecato. Hicieron una fiesta que duró toda la noche y nunca se aburrió. Fin. (Gelles Londoño, grado sexto A.).

El libro-álbum es una herramienta pedagógica muy potente para explorar los imaginarios culturales; gracias a la perspicacia de sus historias y al hechizo de las ilustraciones; es un formato que cautiva cada vez más lectores. Como ya lo mencioné en el capítulo de las Bibliotecas, después de muchos intentos publiqué un libro-álbum llamado Oliverio, y han sido los mismos estudiantes quienes me han pedido enseñarles a crear estos magníficos dispositivos simbólicos, con base en mi experiencia. Hemos iniciado un proceso artesanal; a lo largo de un periodo leemos muchos libros-álbumes,

escribimos un relato corto y elaboramos un librito, luego lo ilustramos a lápiz y lo pintamos. (La fotografía del inicio es la portada de una historia fascinante, pues la niña resignifica el mito al jugar con el miedo).

5.5.10. Diario de sueños



El diario de sueños es una invitación a la escritura intimista; los estudiantes relatan por capítulos sus miedos, alegrías, enamoramientos, planes, hablan de sus familias y describen los aspectos propios de la comunidad; no se trata de un proyecto de vida, es más bien una bitácora del devenir, una confesión de nosotros ante nosotros mismos. Esa escritura trae consigo una ganzúca, algo insólito, algo que va más allá de «buscar la respuesta», de reproducir de un libro al cuaderno, de consultar *para que me califiquen*. El acento no está puesto en la ortografía y en la morfosintaxis —aunque se logren en parte—, sino en la escritura espontánea, en la voluntad de la mano.

Mientras ellos escriben exploran aspectos psicológicos profundos de su propia existencia. El Diario de sueños es una modesta iniciativa biográfico- narrativa; los textos suelen estar cargados de emociones, y no acostumbramos a leerlos en público, aunque a veces los mismos estudiantes se envalentonan y se exponen al compartir episodios dolorosos, como la muerte de algún ser querido o la aceptación de un «defecto» físico. La mayoría de veces se quedan en el silencio, en la callada comprensión interior. Este ejercicio no tiene «nota», pero sí mucha estimación como parte del proceso de

aprendizaje; no se califica con números ni se tachan los errores con color rojo, la valoración es una conversación, una mirada, un silencio acogedor. Por supuesto que muchos estudiantes no están preparados para la libertad de la escritura, pues han sido adiestrados para copiar o transcribir, y la mera invitación a escribir abiertamente sobre ellos, los aterra, los incomoda, pero también he visto que les *pica la lengua* y salen pequeñas voces escritas en preciosos susurros o en intrincados alegatos.

5.5.11. Cartas al viento

(Recorridos de escritura entre dos municipios de Antioquia)



No se trata en este capítulo de presentar experiencias «exitosas» que me «acrediten» como un maestro «innovador». Los recorridos de la palabra son acciones pedagógicas intencionadas que frecuentemente tropiezan con el fracaso o con la serendipia; sirven de bricolaje para que estudiantes, maestros y padres de familia emprendamos un viaje artesanal y comunitario por la palabra. Recobrar la escritura de cartas ha sido una búsqueda incesante en mi práctica pedagógica: pensar delicadamente en el destinatario, restaurar la escritura a mano, pintar el sobre, perfumar la hoja, cosechar algunos pétalos para la travesía... y lanzar la escritura al viento.... Se trata de revivir la experiencia epistolar con los estudiantes —rara costumbre en épocas de redes sociales—.

Esta experiencia la diseñé con una maestra de lenguaje de un municipio del Área Metropolitana que también le daba clase al grado décimo; consistía en un intercambio periódico de cartas entre ambos grados. Estas misivas contaban aspectos generales de la vida de los estudiantes: preferencias, algunos detalles personales, familiares y del entorno, pasatiempos y demás asuntos propios de la juventud. Solo había una condición: escribir bajo un seudónimo; ese toque de anonimato le dio al ejercicio un matiz inusitado. Los chicos escribían textos muy bellos con tonos amistosos, románticos

y chistosos. Al final no se hizo el intercambio, pues cuando la profesora leyó las cartas de sus estudiantes encontró cierto arribismo, cierto aire de superioridad que irrespetaba a los estudiantes rurales.

Sin embargo, sabíamos que esta representación la habían heredado inconscientemente de la sociedad, a través de los discursos hegemónicos. Los estudiantes de la profesora se sentían ciudadanos y de «mejor familia», no reconocían como semejantes a los estudiantes campesinos, su escritura reproducía un paradigma de dominación. Al problematizar esta experiencia, siento que allí hay un horizonte investigativo muy tentador, un cartapacio que aguarda la hospitalidad de la palabra y un pendiente pedagógico...



CAPÍTULO VI
PALABRA Y MÚSICA



(Fotografía Archivo Familia Restrepo, 2013)

Rara vez escuchamos la música interior, pero aun así todos la bailamos. Rumi

6. Merienda

Quien aparece en la fotografía es el Caballero Horizontes, mi padre, un merendero o músico campesino proveniente de las montañas de Salgar, allá, en los límites con el departamento de Chocó. Cuando él era adolescente su hermano mayor le enseñó a tocar los primeros acordes de guitarra. El tío Luis había aprendido con un primo y unos vecinos que se reunían a cantar rancheras, bambucos y música parrandera. Mi padre desarrolló una gran habilidad para puntear y componer: escribió más de 500 canciones en géneros como el tango, el bambuco, el paseo, el pasillo y la música parrandera, su gran pasión. Todo este legado está inédito, salvo por algunas grabaciones artesanales que hicimos juntos.

Este capítulo pretende establecer la relación entre palabra y música, abriéndose campo, como en los anteriores capítulos, a través de la influencia oral. Aquí se analizan algunas letras de canciones colombianas y se exponen algunos relatos que hacen referencia a experiencias personales. Consabido es que la música es un lenguaje universal que cuenta con un sistema propio de escritura. Sin embargo, mis reflexiones adquieren otra perspectiva: la música como un saber popular que, al igual que el relato y la comida, promueve el encuentro comunitario. Valga decir que la música, en este sentido, actúa como el arte hegemónico, el estadio primero y último de la cultura, puesto que, más allá del lenguaje, la música obra en el terreno de lo espiritual. Pero quiero centrar mi atención, como ya lo dije, en esta música de saberes populares, cuya base es la tradición y la experiencia. Voy a hablar, pues, del merendero.

Ya en uno de los capítulos nombramos al *contador de historias o hablador* como centro que da un valor trascendental a las relaciones sociales. En los pueblos el merendero cumple este papel; su función, igual de trascendental, es la de reunir en torno al pasado, en torno a la tradición y el saber popular. Si el *hablador* requiere de atención y entendimiento, el merendero solo acude al corazón; su alcance es, si se quiere, más democrático. El merendero lleva consigo las voces que se pierden en el sepia de los tiempos y se hacen presentes en su voz. La música, que también relata, se instala de

manera inmediata en el espíritu; su lugar es el corazón y, en este sentido, no requiere de estados mediadores. Aunque el papel del merendero se ha visto disminuido por la alienación e imposición de una cultura «global», vemos en la cara de nuestros ancianos el reflejo de esos tiempos amenazados. Sin embargo, y de un modo proustiano, el merendero sigue operando en el corazón joven que no puede negar su procedencia y quiere embarcarse *en búsqueda del tiempo perdido*.

Las canciones del merendero son el testimonio vivo de una época, en esos coros se nos habla sencilla y, no por ello, profundamente de los tópicos centrales del pensar humano: la vida, el amor y la muerte. El merendero está al servicio de la nostalgia. Su canto, su guitarra, no reúnen al gran público ni actúan en la gran sala de conciertos: su lugar es el barrio, las cantinas, la sala familiar, el patio; su público es el pequeño entorno de corazones dispuestos.

Aunque la RAE no arroje mucho en cuanto al significado de *merendero*, «sitio en el que se merienda», sí le podemos conceder, en función de nuestro merendero, la concepción de lugar. Como se dijo, el lugar de este no es la gran sala, sino el calor de un pequeño grupo que bebe, come o festeja. La RAE no nos brinda esta rica acepción de bohemio local que lleva en su *rebusque* el repertorio de canciones populares o el de músico campesino, hacedor de nostalgias, que tiene América Latina, especialmente México y Colombia. Tal vez lo que nos puede acercar más al origen del merendero sea la acepción oficial de esta palabra, es decir, la de lugar, pues del lugar deviene el sujeto. Músicos, casi siempre autodidactas que aprendían de *oído*, se aventuraban entre festejos y parrandas, amenizando y reviviendo viejos momentos. Vamos un poco más allá, tal vez socialmente. El merendero es quien busca la merienda, quien, de cuna humilde y quizá campesina, va con su fardo de cancioncillas, rebuscándosela. Ahora, creo que el plural es mucho más significativo en el sentido que aquí nos concierne; pues hablar ya de *merenderos* quiere decir hablar de duetos, tríos, hasta cuartetos y quintetos que rasgan sus guitarras por las vías del anís.

Me cuenta mi madre que cuando llegaban los merenderos a la finca, la casona de zócalos rojos se llenaba de música y parecía bailar con el viento; los muchachos brincaban de la dicha cuando los mandaban a la sementera a coger chócolos: sabían que los merenderos multiplicaban las historias, la comida y la risa.

Es posible que el merendero sea una reconfiguración del juglar de la Edad Media (o más contemporáneamente, tenemos como ejemplo a nuestros juglares vallenatos que repartían canciones y dejaban hijos en cada pueblo); pero nuestro merendero no visita nobles ni reyes, visita los vecinos, los lugares con olor de hogar y siembra el canto; pues es él un cosechero de la tradición oral de nuestros pueblos. En sus composiciones emerge el territorio: las montañas, los ríos, las flores, los árboles, los seres mágicos, la belleza de las mujeres, la niñez, la familia, entre muchos otros temas del mundo de la vida, del amor y la muerte.

Es interesante ver en esa música itinerante cómo la cultura se resiste, cómo lucha contra la imposición de otras culturas. Prevalece la pregunta de por qué la poesía y el canto son las mejores fuentes de tradición oral; por qué el tiempo no hace lo suyo con esas manifestaciones: modificarlas, pervertirlas. Más que de memoria colectiva ¿podemos llamar a esto: una erótica colectiva? ¿Andará de cabeza en cabeza, despertando no sé qué sentimientos, el duende de Lorca? El mismo poeta cita a Goethe en su conferencia de 1933: «Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica» (1933). A una escala modesta, y no por eso menos poética, los merenderos acuden al auxilio de una magia poco a poco condenada por el fenómeno global, por el afán de este siglo y la estrechez del espacio contemplativo. Pero entremos ya en materia, hablemos de las canciones que han sido la merienda de pasadas y nuevas generaciones.

Las acacias es un pasillo infaltable en el repertorio de los merenderos; la letra es del poeta español Vicente Medina y la música del antioqueño Jorge Molina Cano. Se popularizó en Colombia en las magníficas versiones de Garzón y Collazos y El Dueto de Antaño, entre otras agrupaciones que han levantado este canto como una bandera

nacional. A pesar de que millones de personas aman esta canción, desconocen su origen, y es fácil descubrir la autoría de un poeta entre sus líneas.

Las Acacias

Ya no vive nadie en ella
y a la orilla del camino silenciosa está la casa
se diría que sus puertas se cerraron para siempre
se cerraron para siempre sus ventanas

Gime el viento en los aleros
desmorónanse las tapias
y en sus puertas cabecean
combatidas por el viento, las acacias
combatidas por el viento las acacias

Dolorido, fatigado de este viaje de la vida
he pasado por las puertas de mi estancia
y una historia me contaron las acacias
todo ha muerto, la alegría y el bullicio

Los que fueron la alegría y el calor de aquella casa
se marcharon unos muertos y otros vivos
que tenían muerta el alma
se marcharon para siempre de la casa.

Esta canción que nos habla del abandono, contiene todos los elementos que suelen estar presentes en las canciones de los merenderos: la soledad, la nostalgia, el amor extinto, la despedida, la muerte, el inexorable paso del tiempo. Llama mucho la atención precisamente la imagen de las acacias; piensa uno en un destello blanco o amarillo que contrasta con un fondo gris; además del fuerte y atractivo olor que emana de ellas. Es evidente la carga simbólica que adquieren aquí las acacias, pues parecen cumplir un papel ambiguo: ellas hablan de permanencia y despedida, de recuerdo y olvido; tal vez la casa termine por desmoronarse, pero ellas estarán ahí para seguir hablando de muerte y vida. El poeta Mario Rivero parece haber escuchado esta canción cuando escribe en su poema *Balada de las casas viejas* (2009):

¿Qué se oye? ¿Qué dicen las casas viejas,
en la lengua fantasiosa del viento?

Sí, vivían aquí, tiempo atrás pero ya han muerto...

Sí, viven aún, pero no aquí...

¡Los sonidos de sus nombres, disueltos!

Con razón *Las acacias* se convirtió rápidamente en un himno del alma, ya que es una lección contundente y desgarradora sobre la existencia; incluso nos advierte que hay vivos con el alma muerta. Es aterrador saber que la casa donde crecimos está en ruinas, que nadie abrirá sus ventanas a la mañana ni dejará la puerta ajustada para el regreso. Recuerdo a un primo contar que la casa donde vivió mi papá con sus abuelos por varios años había sido abandonada: ya no tenía techo, solo algunas paredes de tapias se mantenían en pie, escaladas por abundantes enredaderas, el piso estaba cubierto por un tapete denso de malezas. Comentó: *hágase de cuenta así como la canción de Las acacias*. Pensé que la experiencia del arte atraviesa toda nuestra condición humana y que, incluso, se anticipa a muchas de nuestras experiencias.

En todas las *tocatas* con mi padre no podía faltar esa canción —le fascinaba—. Creo que murió sin saber que a esa casa mencionada por mi primo, metida en el monte, en un sector conocido como El Himalaya, entre Caldas y El Retiro, le aconteció lo mismo de la canción que tanto amaba: silenciarse a la intemperie de las ausencias. Es posible que muchos de nosotros llevemos unas Acacias dentro (una casona en el pueblo que fue tumbada para hacer un edificio, una casita campesina de la que nos desplazó la violencia o un aposento en nuestra alma que se desmorona poco a poco como las tapias de la canción). En *La poética del espacio*, Gastón Bachelard (2000) bien nos habla sobre esta casa interior, esta casa insuperable de la infancia, como diciéndonos que ser y espacio son una sola cosa.

¿Qué es esto tan hondo que tiene la música y que al mismo tiempo es tan accesible para todos? Es probable que haya personas que nunca en sus vidas hayan leído un libro o ido al teatro o al museo, pero todas han escuchado música. Me arriesgo a decir que esto se

da por la condición espiritual de la música; si las demás artes acuden más o menos al entendimiento, la música obra inmediatamente en eso que llamamos espíritu, bien se traduzca en corazón o sentimiento.

En Lloró, un municipio del Chocó, tuve la oportunidad de conocer los alabaos —una música que se hace sin instrumentos, solo con la voz—. Ocurrió de la forma más natural y a la vez misteriosa: Trabajaba para el Ministerio de Cultura, era una noche clara, vasta y calurosa, yacía entre dormido y empecé a escuchar un coro melodioso que llegaba lentamente a mi cabeza. Primero me daba vueltas antes de internarse en el oído y luego bajaba hasta los pulmones; tal susurro se hizo tan audible que dudé que fuera un sueño. Me levanté, salí del hotel como un sonámbulo y empecé a buscar a tientas el gesto de una música antigua; algo resonó en mis huesos de barro. Crucé el atrio y, justo al lado de la biblioteca municipal, un corrillo de hombres y mujeres vestidos de blanco canturreaban. Me acerqué y entré al lugar de donde salía este canto:

Opogodó querido, Litoral te llama
Opogodó querido, Litoral te llama
Y antes que me vaya, dejame dojmi en tu cama
Y antes que me vaya, dejame dojmi en tu cama

Me di cuenta que estaba en la sala de velación del pueblo. Llegué a pensar que ahora sí se trataba de un sueño. Salí despacio, compré una botella de agua y bebí dos tragos largos. Tenía una emoción temblorosa, no de miedo sino de asombro, la música me había llamado: me sacó del sueño de la vida y me condujo al sueño de la muerte. Después de estas cavilaciones entré de nuevo y me quedé por mucho rato escuchando con reverencia aquel lamento; el difunto era un señor muy querido en el pueblo y los alabaos los dirigían dos señoras: una entonaba un verso y la otra le contestaba, era un contrapunteo de tristeza, pero al mismo tiempo de resignación e incluso de gozo. Quedé tan encantado de conocer aquellas prácticas fúnebres traídas de África que, meses después, ya estaba tomando viche en el Encuentro de Alabaos, Gualíes y Levantamientos de Tumbas, un evento creado por un maestro local, que se realiza cada año en un municipio de Andagoya.

Hablo de esta experiencia para ratificar esa condición espiritual de la música que, en este caso, a pesar de su exotismo, de su aparente distancia conmigo, me introduce de inmediato, convirtiéndome en negro, en africano, en parte de aquella cultura. Todos los sonidos del territorio comparten una intencionalidad, y es la de exponer al sujeto ante la vastedad del país donde nació, aquí se da el verdadero mestizaje; la música rompe los límites entre razas y a cada uno nos hace parte de un todo, pero de un todo que no busca la unidad sino precisamente la multiplicación y experimentación de las diferencias.

El bailarín colombiano Álvaro Restrepo fundó el Colegio del Cuerpo y en una reflexión publicada en el periódico El Tiempo cuenta lo siguiente: «En el Palenque de San Basilio, cuando un moribundo se apresta a partir, llaman a un grupo de ancianas vitales y parranderas que se autodenominan Las Alegres Ambulancias, para que el viajero se vaya entre tambores, ron, cantos y la alegría de la vida».



6.1. Lucha

La música colombiana no solo ensalzó el territorio, la riqueza del mismo y, sobre todo, la belleza de la mujer con sus penas y alegrías, también denunció la violencia política de la segunda mitad del siglo XX. En sus letras aparece la muerte, el odio y el desarraigo. Muchas de estas canciones las aprendí en la escuela (valdría la pena pensar un proyecto pedagógico para retomar la enseñanza de la música colombiana en las aulas, y así despertar la conciencia en nuestros jóvenes hacia la historia de nuestro país, vista a través del folclor. La música, que primero actúa sobre la sensibilidad, podría despertar rápidamente el intelecto y facilitarle el campo a lo teórico y conceptual. Un repaso por nuestra música colombiana, desde los sencillos y fúnebres alabaos hasta lo más refinado de la música llanera, desde cumbias hasta las fusiones y lo experimental: todo un repertorio que puede fortalecer esta conciencia y mostrar todo un panorama, como ya se dijo, de arte e historia. Tal vez los sencillos cantos de los merenderos, por ejemplo, nos revelen más de lo que podría hacerlo un texto. Cada canción nos trae su pedazo de época y con esa época sus luchas y desavenencias, pues para nadie es un misterio que nuestro país está plagado de ellas y es justo mantenerlas en la memoria, más cuando esta memoria está arraigada a la expresión musical).

A continuación, cito un bambuco compuesto por Arnulfo Briceño e interpretado por Silva y Villalba. Una conversación familiar sirve de trama desgarradora para esta canción:

A quién engañas abuelo

¿A quién engañas abuelo?
yo sé que tú estás llorando
ende que taita y que mama
arriba están descansando;
nunca me dijiste cómo,
tampoco me has dicho cuándo,
pero en el cerro hay dos cruces
que te lo están recordando.

Bajó la cabeza el viejo
y acariciando al muchacho,
dice tienes razón hijo,
el odio todo ha cambiado,
los piones se jueron lejos
y el surco está abandonao
a mí ya me faltan juerzas,
me pesa tanto el arao
y tú eres tan solo un niño
pa'sacar arriba el rancho.

Me dice Chucho el arriero
el que vive en los cañales,
que a unos los matan por godos,
y a otros por liberales,
pero eso qué importa abuelo,
entonces qué es lo que vale,
mis taitas eran tan güenos,
a naide le hicieron males,
solo una cosa comprendo
que ante Dios somos iguales.

Aparecen en elecciones
a unos que llaman caudillos,
que andan prometiendo escuelas
y puentes donde no hay ríos,
y al alma del campesino
llega el color partidizo,
y entonces aprende a odiar
hasta a quien fue su buen vecino,
y todo por esos malditos
politiqueros de oficio.
Ahora te comprendo abuelo,
por Dios no sigas llorando.

¿No es este pequeño drama entre nieto y abuelo un reflejo desgarrador que condensa folclóricamente la situación de una época? Estas canciones del repertorio colombiano están íntimamente relacionadas con la denuncia que imperó en otras voces de América Latina como es el caso de Violeta Parra, Facundo Cabral, Víctor Jara, Mercedes Sosa, entre otros, quienes a través de su canción social situaron el sufrimiento del campesino en el centro de la reflexión. El escenario de esta canción interpretada por Silva y Villalba,

que hace referencia a la guerra bipartidista, en esencia, no ha cambiado; fenómenos como el paramilitarismo, el narcotráfico y asesinato de líderes sociales han martirizado nuevamente el campo colombiano y siguen inspirando voces de lucha. Después de 50 años de haberse escrito esta canción los actores armados y las amenazas contra la vida en el campo se multiplican agónicamente.

Encuentro de vital importancia la función del arte en las épocas de conflicto. Sabemos, por ejemplo, que el rock nacional desafinó sus guitarras y afinó la lengua para denunciar, sin aspavientos, el abuso político y la miseria. Menos estridentes, Ana y Jaime o Pablus Gallinazus dieron su guerra. Dicen los primeros en Café y petróleo:

Tu patria es mi patria,
tu problema es mi problema
gente, gente, tu bandera es mi bandera
Amarillo oro, azul, sangre azul,
y pobre rojo sangre que sangra
que sangra que sangra

Y escuchemos un fragmento de un poema de Mario Benedetti, interpretado por un músico poco recordado en su país, Colombia, Luis Gabriel:

Tienen sus hijos ojos de mando
Pero otros tienen mirada triste.
Aquí en la calle suceden cosas
Que ni siquiera pueden decirse
Los estudiantes y los obreros
Ponen los puntos sobre las íes
Por eso digo, señor ministro,
¿De qué se ríe?
¿De qué se ríe?

La música, pues, sabe esgrimir la palabra y, una vez más, se presenta como portadora del fuego. De la misma estirpe de los merenderos que festejan la vida y el amor, son aquellos que denuncian la muerte y la miseria. La música colombiana ha transitado por todas estas etapas y, claro está, nos ha dejado un enorme legado. Quizá este no sea el

lugar para extendernos; lo que, al fin y al cabo, nos interesa es cómo la palabra conmueve en un terreno ya sensibilizado por la música, cómo una se apoya en la otra para provocar esa explosión de recuerdos, de luchas y de risas.



6.2. Risa

Y es el turno ahora de la risa que cultivaron los merenderos con la música decembrina. Uno de los rasgos más distintivos de este género es la malicia, una suerte de picaresca antioqueña. Allí vemos la capacidad que estos tienen para torcer el lenguaje y aprovecharse del doble sentido; lo picante transgrede la norma y las «buenas costumbres», pero, en el fondo, resalta la intimidad, lo que a la par se da con esas mismas costumbres. Sin más, una muestra: la conocida canción de Joaquín Bedoya y su Conjunto, llamada Las Putiérrez; Habla de una fiesta donde fueron invitadas solo mujeres a quienes van presentando por los apellidos: *Llegaron las Herrera que mueven bien las caderas... Hay como estoy gozando en este parrandón, porque con las Putiérrez es rico el vacilón.* Vemos, pues, el ingenio que empuja a la creación de neologismos, característica fundamental en este género. La jerga aflora en estas canciones, la manera en que se hablaba y se habla, el acento campesino y las particulares formas de su decir.

La socarronería del espíritu humano encuentra su carnaval en esta música tradicional que se escucha en todos los estratos de la sociedad antioqueña. En las casas se reúnen las familias para compartir las vacaciones y la nochebuena; las emisoras *calientan el chochal* con su programación, y los monstruos de la música popular aparecen uno a uno: Octavio Mesa, Rodolfo Aicardi, Guillermo Buitrago, José Bedoya, Darío Gómez, Los corraleros de Majagual, El loco Quintero, Gildardo Montoya, Leonel Ospina, Pastor López (este último venezolano), entre otros. Tras la cultura importada de la navidad se esconde el rasgo más distintivo de los antioqueños que pronto se revela como protagonista. Si hay un género musical que se acerca al corazón de un modo de ser es este. La risa tiende a mostrar la verdad desnuda; todo ante ella se torna ambiguo, mas no hermético; si en lo que conocemos como música tradicional colombiana prima la poesía y su candoroso amor, en la parrandera tal amor se presenta abiertamente sexual. Una flor, un pan, un morro... son palabras que enseguida cambian su sentido ante la voz antioqueña que aprovecha su capacidad metafórica.

La superstición es otro de los temas recurrentes: personajes de la cultura popular como el duende, el diablo, las brujas, las viejas chismosas, la suegra, el yerbatero, etc., son de toda la predilección de los compositores que exteriorizan con su música alegre rasgos muy profundos de la condición humana. Lo hacen a través de la ironía, la caricatura y la hipérbole. La superstición está en los terrenos de lo indómito, por eso ni los 500 años de cristiandad ni los 300 años de la doctrina de la razón en América Latina han podido —ni podrán— amansar el imaginario desbordante de la cultura popular.

La música decembrina resulta encantadora porque no tiene «pelos en la lengua». Su mensaje burlesco *no deja títere con cabeza*, levanta el velo de la religión, la norma y lo políticamente correcto para abofetear al status quo. Por eso, y con algunos traguitos en la cabeza, es que cantamos cada año las mismas canciones; esa repetición nos libera, nos hace resistir las fuerzas del poder y las formas del saber canónico. La música popular que yo presento en este capítulo no es un estribillo de poca monta, es una música ingeniosa capaz de burlarse de nosotros mismos, avivando nuestros mitos y leyendas y recogiendo las creencias y los saberes populares. Ahora canten conmigo:

La Dulce Toma:

(Joaquín Bedoya y su Conjunto)

Le pregunté a un curandero que, que me estaría pasando
Y me dijo compañero, a usted lo están enyerbando
Que mi suegra me había dado a beber pelo molido, mi novia currucutú pa' que fuera
su marido
Y que también me habían dado el corazón de azulejo
Los tales huevos de araña, con las patas del cangrejo.

Y vos muy confiando la estás visitando,
Y tripas de sapo ellas te están dando.
Mi novia y mi suegra me están enyerbando para que a las dos yo es siga mercando

Y que también mi retrato las dos estaban velando
Lo llenaron de alfileres y me lo estaban rezando
Ojo del águila real con culebra cascabel y también un tal quereme pa' que yo las
vuelva a ver.
Me dieron la dulce toma me lo dijo el curandero

Unas alas de murciélago, ojo del garrapatero.

Y vos muy confiando la estás visitando,

Y tripas de sapo ellas te están dando.

Mi novia y mi suegra me están enyerbando para que a las dos yo es siga mercado.

Y que también mi retrato las dos estaban velando

Lo llenaron de alfileres y me lo estaban rezando

Ojo del águila real con culebra cascabel y también un tal quereme pa' que yo las vuelva a ver.

Me dieron la dulce toma me lo dijo el curandero

Unas alas de murciélago, ojo del garrapatero.

Esta divertida canción, ya que hablamos de superstición y picardía, aborda uno de los temas preferidos por la cultura popular: el enamoramiento al que juguetonamente asocia con una pócima llamada «quereme». Ante los alcances insospechados del amor solemos decir que «nos han enyerbado» o que «nos dieron agua de las tres cañadas para amarrarnos», «pues pa agarrar marido todo se vale y hay que estrenar marrano a como dé lugar». Así hablan nuestros campesinos, así se expresan en sus canciones.

Ilustremos con otra canción el simpático imaginario del paisa, imaginario que habla de su temple, de su forma de enfrentar el mundo. La hipérbole, la metáfora, aparecen como las figuras literarias por excelencia, ya que, a través de ellas, el campesino se muestra desnudo; paradójicamente, el disfraz que envuelve a sus palabras es el que lo devela, el que expresa mejor su ser y su sentir. Esta canción nos entrega todo un perfil indumentario, además. Cantemos, pues, con Octavio Mesa:

La pelea con el diablo

Como yo he sido andariego

Y a mí ninguno me aterra

Cuando saco mi machete

Se pone a temblar la tierra

Ayer pelee con el diablo

Que dicen dizque es muy bravo

Le pegué una machetera que yo me quedé asombrado

Me tiré el carriel pa' atrás
Y el poncho me lo cantié
Y del primer machetazo
La cola se la boté

Continuamos la pelea
Y antes que la gente viera
Con la punta del machete
Le pinté una calavera

El que no quiera creer
Ni me quiera parar bolas
Que se acerque para acá
Que yo le muestro la cola

Cuando el diablo se vio herido
Se puso en forma de araña
Se me vino como un tiro
Y casi, casi me agarra

Entonces pasé el machete
A la otra mano izquierda
Y de un fuerte machetazo
Le boté la primer pierna

Y como cinco revuelos
Y le grite ave maría
Y antes que se diera cuenta
Lo volví una porquería

3.500 cortadas le contaron al finao
Y un letrero que decía todavía no he terminado.

El diablo, personaje por excelencia no solo en esta cultura, el enfrentamiento con él, es símbolo de bravura y de cristiandad, atravesada por ese tono sincrético que le imprime el imaginario popular. En este canto heroico se cifran las voces de los bisabuelos que juraron haberlo visto suelto, con chachos y con cola, llevándose a la gente. Recuerdo otra canción muy popular de Darío Gómez llamada El diablo que ilustra muy bien esta creencia. Y dice así:

Quisiera ser el diablo, salir de los infiernos
con cachos y con cola y el mundo a recorrer
llevar en mi carrera mujeres mal casadas
y viejas habladoras a los infiernos arder

Quiero redondear esta idea de la música decembrina y sus letras citando una valiosa conclusión de un trabajo de investigación de la Universidad de Antioquia:

Valdría la pena que se realizara una investigación profunda de la música parrandera desde la musicología, así como un trabajo desde la lingüística que se encargue de estudiar las letras y los discursos de las canciones. Incluso, son necesarias nuevas investigaciones que, como esta, aborden el género desde el punto de vista social, ya que el terreno por explorar es muy amplio. (Duque, 2018).

A la manera del teatro español del Siglo de Oro, ofrecemos un **entremés**, antes de pasar a la poesía.

Se trata de las correrías de una camada de muchachos cebados de guitarra por los morros de Caldas. A ese «parche» lo llamamos *morriar*: expediciones de arrebol, luna, vino tinto y canto, que propician el encuentro y el discurrir de la palabra. Chistes, trovas, cuentería, música colombiana y rocanrol eran la compañía del crepúsculo. No solo afinamos nuestra voz para cantar, también afinamos la palabra para encontrarnos con el otro; honesta y creativamente nos entregamos a la palabra y a la música en ese ambiente que nos recuerda nuestra condición de «montañeros».

El canto nos acerca al corazón de la tierra, es decir, a nosotros mismos, que somos tierra y corazón —recordemos que la palabra *humano* viene de *humus*, que significa tierra. La mayoría de los *panas* que *surrunguábamos* aprendimos esto de nuestros padres o tíos merenderos. Cuando se aprende a hacer música de esta manera tan artesanal, se crean profundos lazos de amistad, pues el alma no olvida cuando entona versos con el ritmo del corazón. Sobre la técnica se impone el sentir, la tradición.

Ese grupo de muchachos encontró la humanidad en una guitarra, morir se convirtió en un refugio contra las tempestades que suelen caer sobre los jóvenes. La falta de oportunidades y la violencia nos han acosado en este país, pero la música es refugio, amparo, en ella hemos encontrado la manera de callar ante tanto ruido y consumo; la música es, pues, también una forma del silencio.

Vuelvo a recordar el verso de Eliot que ya utilicé en el capítulo sobre la comunidad. Dentro y fuera de nosotros corre la música; un yo lírico aflora cuando encuentra su par en eso que llamamos armonía; toda la música reverbera en nuestras estructuras óseas y espirituales: recordamos el mar canoro que somos, el susurro del viento, la percusión —nuestro corazón es puro ritmo percutivo—, el vibrato, la respiración y el arpegio del polvo. La música es cuerpo; el cuerpo en sí mismo es música. Palmear, por ejemplo, es una necesidad del ritmo vital: qué sería del flamenco, qué sería de los coros negros sin las palomas de las manos.

No cerraré este entremés sin antes citar a una luz brillante de la escritura, una mujer que es pura musicalidad, María Zambrano (1986):

Gracias a la música la palabra no defrauda; privada de ella, aun siendo palabra de verdad, y más si lo es, se desdice. La música es prenda de la no traición, no existen en ella «las buenas intenciones», y un solo fallo en la voz que dice revela la falacia, o denuncia el incumplimiento de la verdad. La música cumple, se cumple, y escuchándola nos cumplimos. Aquel que la trae, ¿qué es, ¿quién es? Un ser remoto, una pura actualidad del siempre. Y resulta impensable que alguna vez se vaya, que alguna vez no haya estado. **Volverá.**

6.3. Poesía

Tour poético por bares y cantinas



El Tour poético por bares y cantinas es un recorrido cultural por la bohemia local, una práctica de promoción de lectura, escritura, música y oralidad en lugares no convencionales. El tour regresa a las entrañas del lenguaje, al mundo de la vida para recitar entre tangos, boleros y rancheras, también rocanrol y lo que conocemos como música romántica. La iniciativa surgió en el año 2018 en el marco de una noche de copas mientras conversaba con Josué Sánchez y Jonatan Echeverri —dos amigos y poetas de Caldas—. Cada que se realiza el evento se invita a un poeta emergente o se leen poemas o cuentos de un autor clásico o local para difundir su obra. La apuesta es por la recuperación de sitios que, en su momento, fueron los protagonistas de la bohemia caldeña; lugares de memoria, cuyas paredes se estrechan entre fotografías que son huella de tantas tertulias y borracheras.

Publicidad, convenios y convocatoria



Para la realización del Tour poético por bares y cantinas se hace un acuerdo con un bar, café, cantina o restaurante para que reciba el evento y brinden a los poetas una cortesía: botella de vino o cervezas, agua o tintos. También el establecimiento se encargará de diseñar un afiche y promocionar el evento a través de todos sus canales de comunicación. Los poetas también diseñan y apoyan la difusión del evento a través de las redes sociales cuando el *negocio* no cuenta con los recursos para hacerlo. La idea principal del Tour Poético es devolver la poesía a sus lugares preferidos, las cantinas. Ventilar la voz en lugares donde los discos se han ido apagando, trabar relación con aquellos viejos que siguen, tercos, aferrados a su copa y al sepia de los tiempos. La poesía ha caído en cierto acorralamiento por parte de las instituciones; hemos tratado con el Tour de ganar un público más amplio, menos saturado por el clisé y el elitismo propio de los círculos que lastimosamente se dicen representantes de la cultura. Queremos que, al igual que los merenderos, los poetas se reconozcan en el polvo local.

Apoyo del sector oficial



*Tour Poético
por Bares y Cantinas*

Lugar: Tienda de Juan José
Hora: 7: 00 pm

Jueves 3 de Octubre:

Marta Quiñones (Medellin)	Cristancho Duque (Itagüi)
Jandey Marcel Solviyerte (Bello)	Jonatan Echeverri
Diego Alejandro Restrepo	

Viernes 4:

Estefania Ruiz Acosta	Josué Sánchez Rico	Jaime Tangarife
Jonatan Naranjo Cuadros	José María Ruiz	

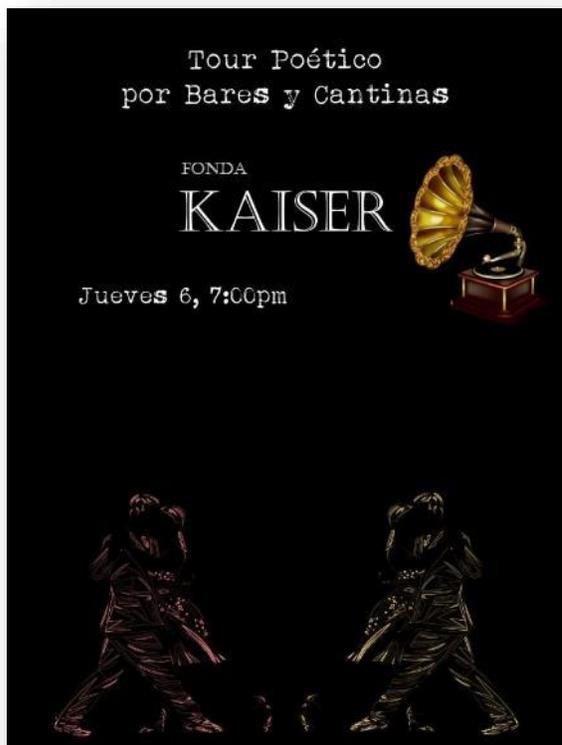
Cierre Sábado 5
Lugar: Parque Santander (Principal) Hora: 4: 00 pm
Michael Ospina y el Club de Poesía

Artista invitado: Juan Guillermo Saldarriaga



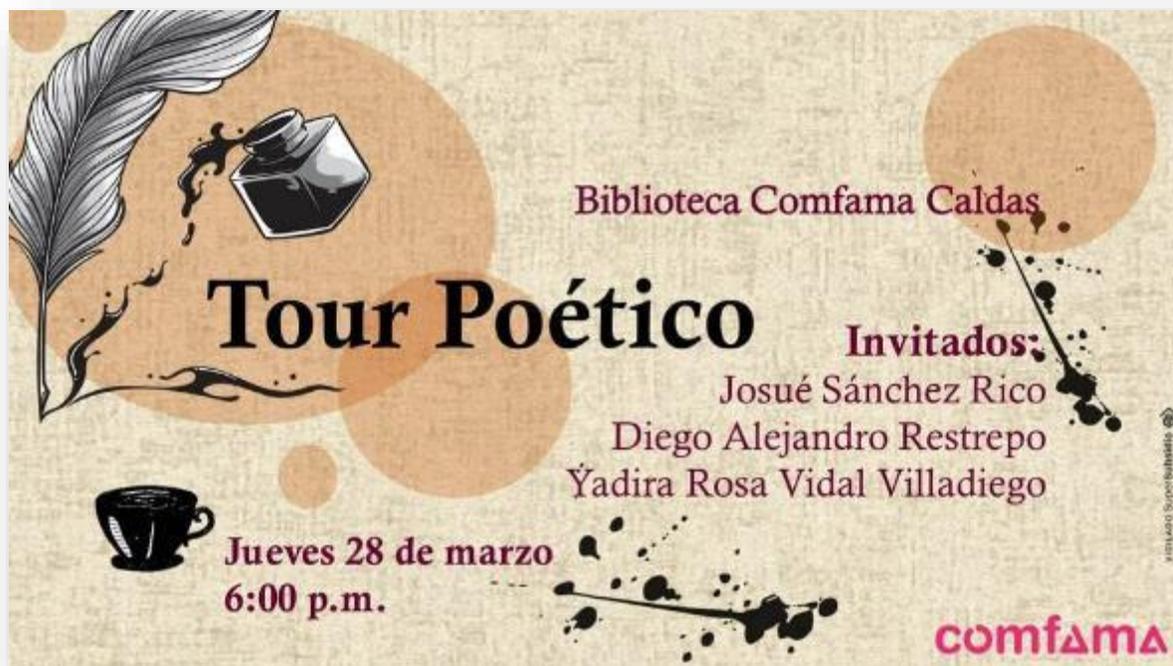
Aunque nuestra intención ha sido otra, no hemos rechazado el apoyo de las administraciones locales: contribuciones económicas, habilitación de espacios, acompañamiento musical a través de los semilleros de la Casa de la Cultura e invitaciones a eventos nacionales como el Parlamento Internacional de Escritores de Cartagena y el Encuentro de música folclórica de Cali.

El Tour por la vieja bohemia

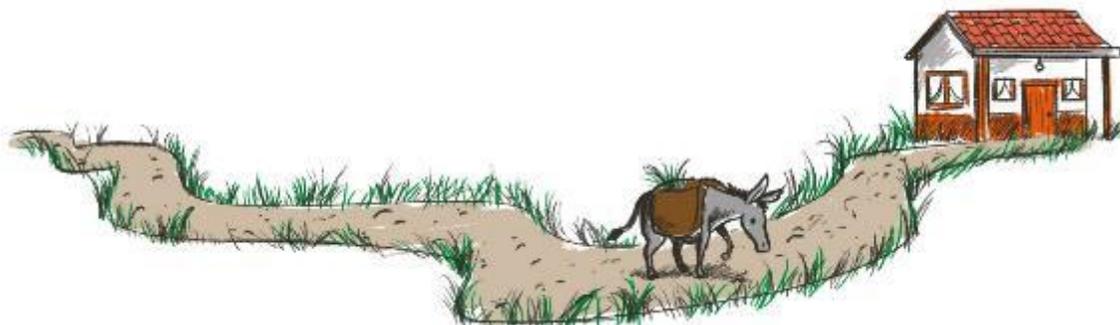


El Tour emprende un viaje —como en bicicleta— por la memoria musical, allí donde los abuelos brindaron por una milonga o un tango de arrabal. Káiser, por ejemplo —fonda entrañable para el Tour— es un ícono para los coleccionistas y, en general, para los amantes de la música vieja; una fonda con más de 50 años donde don Guillermo Hernández muele acetatos muy cerca de la antigua estación del ferrocarril. No quiero dejar de nombrar otras cantinas emblemáticas que han acogido al Tour Poético con sus nostalgias y su generosidad etílica, cantinas que custodian lo que ha sido y será la bohemia colombiana, bohemia de músicos y poetas merenderos: Camino Viejo, La Tata y La Tienda de Juan José. Escenarios de lo popular, donde el tiempo no ha dejado de cantar.

Alianzas del Tour Poético



Finalmente, el Tour Poético también ha posibilitado alianzas con instituciones que no pertenecen propiamente a la bohemia, a la noche o a lo popular, pero que han resaltado la gestión cultural de estos rapsodas itinerantes; entre ellas, cajas de compensación familiar, juntas de acción comunal, bibliotecas, etc.



Quiero dejar sonando en este capítulo un tango de mi papá rasgado a la vieja usanza:
en guitarra solitaria y en voz de pena.

Sonia y su tango

(Reinaldo Restrepo, El Caballero Horizontes)

En una casa del barrio
Donde habitaba un día
Una historia quedó.

De una muchacha
Que muchos conocieron
Que muchos conocieron
Porque aquí trabajó.

Pero hoy no queda nada
Las ventanas carcomidas
Y las puertas siempre abiertas
Eso fue lo que quedó.
Una cortina blanca
Cubre los ventanales
Los vidrios empañados
Se ven en el balcón.

Aquí no vive nadie
Las escalas se han broceado
La muchacha ya se ha ido
Y así fue que se olvidó

Una paloma
Volaba por su tierra
Con el nombre de este tango
Y del que lo escribió

Aquí no se olvida nada
Y eso fue lo que pasó
Con el tango y la muchacha
Que Sonia se llamó.

CAPÍTULO VII
PALABRA Y SILENCIO



(Álbum fotográfico de Caldas Antioquia, 2016)

Narciso y biombo:
uno al otro ilumina,
blanco en lo blanco

Matsuo Basho

7. Acontecer del silencio

«El hombre es el ser que padece su propia trascendencia» (Zambrano, 1992, p, 13). Esta afirmación, que conviene a toda metafísica, nos sitúa de inmediato en el presente capítulo. Incluso caer en la perogrullada de decir que el silencio es la ausencia de sonido nos deja de nuevo ante una cuestión metafísica, y, esta vez, absorbidos por una palabra más: ausencia. No hay duda que toda palabra tiene su antónimo, es decir, su otra cara; así mismo las cosas tienen un revés. El hombre parece vivir a costa de esta dualidad, su experiencia está determinada también por aquello que se le oculta. Tiene la música, por ejemplo, y, sin embargo, padece el silencio, se lo figura incluso. Me aventuro a decir que el lenguaje solo es el intento de poblar el silencio que es la vida; es como si todo lo que hubo antes de la existencia del hombre prevaleciera para su asombro. Casi nos figuramos el silencio, hablamos de él con mayúscula como si fuera algo, un sujeto, un ser, tal vez una deidad. Este capítulo pretende *hablar* del silencio, y es que, paradójicamente, hablando, el silencio aparece.

¿Es mejor no hablar de lo que no se puede hablar? Curiosa pregunta, pues muchas de nuestras experiencias están condicionadas por lo inefable. No sé qué es el silencio como no sé qué es la muerte. Y si algo desborda en preguntas es la afirmación del «no sé». Escribir, por ejemplo, solo se da a condición del silencio: las frases se organizan de acuerdo con el vacío que se deja en las entrelíneas; ¿qué son los signos de puntuación sino formas del silencio? Lo mismo en la música y el cine. Recuerdo dos escenas de puro silencio: la nieve en *Paisaje en la niebla* y la niebla en *La mirada de Ulises*, ambas de Theo Angelopoulos. El acontecimiento es como una detención de la historia, es la imagen-tiempo (Deleuze) que rebosa los límites de la experiencia. Rilke habla de Audición, forma de la espera y el silencio. La poesía nombra el acontecer, lo escucha, está a la espera. Y un recuerdo más: me refiero a *Cuatro aventuras de Reinette y Mirabelle* de Éric Rohmer: un instante de la madrugada entre el último y el primer canto de los pájaros, «la hora azul, antes del alba, en realidad... un minuto de silencio».

«Predicar con el ejemplo», en ningún tema se aplica mejor esta frase. El silencio se resiste a ser conceptualizado. Sin embargo, no todo lo que se puede decir del silencio pasa por ser maravilloso, iluminador; también el terror, la angustia, la esterilidad del lenguaje, dicen del silencio: «Perecer por el silencio... Hablar, adoptar la singularidad y soledad privilegiadas del hombre en el silencio de la creación, es algo peligroso. Hablar con el máximo vigor de la palabra, como hace el poeta, lo es más todavía» (Steiner, 2003, p, 37-40) A propósito de Steiner, su libro explora de manera magistral las diferentes formas del silencio.

Antes hablé de la entrelínea, lugar de la respiración o del suspiro, espacio del ritmo. El poeta Gustavo Adolfo Bécquer escribió: «¡los suspiros son aire y van al aire!». Este verso del poeta español bien puede dialogar con una idea de Le Breton: «el silencio es la respiración entre palabras» (Le Breton, 1997). Rilke (2010, p. 65) también entra en esta conversación: «¡Oh tú, respiración, invisible poema!». Me siento tentado a citar toda la estrofa: «Intercambio perpetuo de nuestro propio ser/ y el puro espacio cósmico. Equilibrio/ en que rítmicamente yo acontezco». Los suspiros en Bécquer, la respiración en Le Breton y Rilke son silencio, silencio que me abre al espacio. Toda palabra es una forma musical del suspiro; requiere de aire, requiere de un intercambio entre el interior y el exterior. Hablar es, pues, llenarnos con el silencio del espacio. Decimos que «algo nos roba el aliento» cuando, mudos, entramos con la respiración contenida en los terrenos del silencio; aspiramos... y el aire trae consigo un hilo de voz, aspiramos... y nos quedamos en un silencio vivo.

En su extraordinario libro llamado *El silencio*, el sociólogo y antropólogo francés David Le Breton argumenta con brillantez que la estridencia llegó a nuestras sociedades con la modernidad, esta redujo el mundo a la tiranía de la información cuando saturó la palabra; luego acusó al silencio de ser algo vacío e inútil, y sentenció: todo es válido, menos hacer silencio; esa fue la perversa lógica que impuso la modernidad. Actualmente las comunicaciones son un turbión ensordecedor que no para de escandalizar con sus alertas noticiosas; no hay tiempo para que la palabra respire, se alimente del aire-silencio. Ese griterío impide la Audición y se nubla el *espacio del*

enaltecimiento donde puede reinar Orfeo, dador del canto. La palabra sin el silencio se resume en el terrible chillido y el silencio sin palabra se resume en tiranía, muerte.

La fuerza significativa de la palabra se desacredita o se debilita ante el imperativo de decir, de decirlo todo, para que reine una transparencia impoluta que anule los espacios del secreto, los espacios del silencio. (Le Breton, 1997, p. 5-13)



7.1. La conversación como un acontecer del silencio

La conversación es también un intercambio de silencios, pues para girar en la palabra del otro hay que escucharlo atentamente primero. El silencio concede la escucha de sí mismo y del otro; si no fuera por él no habría amistad ni hospitalidad en la palabra, la conversación se reduciría a una incesante alharaca que nos desorientaría, huiríamos del tertuliano como si escapáramos de un ataque de sonido. A menudo nos encontramos con estos espacios —si acaso se puede llamar a esto *espacio*— donde la palabra no es más que la producción de sonidos de poder para reclamar territorios. Ningún tipo de entendimiento es posible sin el silencio.

Una conversación es una especie de callejeo recíproco por el camino del lenguaje que no puede concebirse sin el silencio que la acompaña; un silencio que evita a los interlocutores ahogarse en una marea incontrolada de palabras. (Le Breton, 1997, p. 8-11).

El ritmo de la conversación nos es dado por el silencio; parece que entre dos que hablan siempre hay un tercero, silencioso, que piensa con el pensamiento de ambos. La idea es como un don del intercambio. Pero también el silencio es un gesto de tormento: es notable cómo Bergman nos provoca con su film *Gritos y susurros*; en muchos de sus films el silencio es una forma de confesión ante nosotros, espectadores, sometidos también al silencio. Bela Tarr, Tarkovski, Angelopoulos, son poetas del silencio. Creo que el cine es especialmente revelador en este sentido. Diálogos, más contruidos por el silencio que por la palabra, los encontramos en el cine y la narrativa de Maguerite Duras. Largas pausas, palabras cortantes; con ella se siente el vacío de la hoja y del espejo. Hablar con el otro es hablar con mi doble, mi sosias⁴, ente inalcanzable dominado por el silencio. La conversación que sostienen los vagabundos de Beckett son formas desesperadas del silencio. El acto de conversar es un acto de creación, abismal o no, que recurre al silencio como parámetro. La sociedad no habla, el político no habla, el discurso es como la tiranía del habla y la indiferencia es la tiranía del silencio.

⁴ Sosias: más conocido como «el doble»

Ya que hablamos de la pausa y de la entrelínea, hay un concepto que parece imposible ahora: la lentitud. Conversar lo requiere, respirar lo requiere. La lentitud es una cualidad que encontramos en poetas como José Manuel Arango, por ejemplo. En el documental *La humildad del jardinero* vemos cómo se expresa, sentimos cómo para él el cigarrillo se manifiesta como la excusa para una larga pausa. «El silencio está en torno tuyo/ y dentro de ti» (Arango, 2009, p, 54) La lentitud no es de este siglo ni del anterior. Tal vez sea una virtud mística. Hacemos nuestra esta reflexión elegiaca de Kundera:

¿Por qué habrá desaparecido el placer de la lentitud? Ay, ¿dónde estarán los paseantes de antaño? ¿Dónde estarán esos héroes holgazanes de las canciones populares, esos vagabundos que vagan de molino en molino y duermen al raso? ¿Habrán desaparecido con los caminos rurales, los prados y los claros, junto con la naturaleza? (Kundera, 1995, p,6)

Abro un paréntesis para preguntarme: ¿qué pasa cuando el mundo se detiene de pronto? En la situación actual un virus nos ha obligado a detenernos y parece que la sociedad no resiste la detención: a tal punto llega su acostumbrada velocidad. La cuarentena no se ve como una opción para cambiar de ritmo sino como una horrible interrupción. La lentitud no es un ideal en esta época, se le teme, se hace todo lo posible por suprimirla. «No hay vuelta atrás» como se dice popularmente.

Este capítulo y los precedentes son, finalmente, una invitación a la demora, a detenerse, a mirarlo todo desde el umbral del silencio.

Sabemos con precisión a qué velocidad se desplaza el sonido en el aire (343m/s), pero ¿qué sabemos del silencio? ¿Es posible un saber sobre el silencio? ¿No se aplica aquí también una de las frases preferidas de Borges: «la rosa es sin porqué»? La velocidad es concreta, medible: cuantitativa. El silencio es cualidad. Ya manifestó Le Breton que el *Homo communicans* tiene el reto de conquistar el silencio a través de la *interioridad, la meditación y el distanciamiento*.

Más que el ruido, el enemigo declarado del *Homo communicans*, el terreno que debe colonizar, es el silencio, con todo lo que este implica: interioridad, meditación, distanciamiento respecto a la turbulencia de las cosas —en suma, una ontología que no llega a manifestarse si no se le presta atención—. (Le Breton, 1997).

Para acercarnos a este saber, pienso, debemos retomar la conversación como un acontecer de silencio, comprender la lentitud como virtud del buen decir y como fertilidad del pensamiento. Tal vez el silencio, como el sueño, no pueda ser medido ni analizado estrictamente, pues son dos formas de trascendencias y, recurriendo de nuevo a la idea de Zambrano, «el hombre es el ser que padece su propia trascendencia»; padecer quiere decir pasión, paciencia, en suma, estar bajo los dominios del ser y el no-ser. Los griegos pensaban que el silencio era un *a-topos*, es decir, un no lugar.

Por otro lado, el silencio es creación y todo debe disponerse para que acontezca. La realidad no está dada de por sí, hay que organizarla, según sus más altos criterios espirituales. Daré un ejemplo pensando en Kierkegaard: un banquete debe prepararse de tal manera que todo lo que suceda allí haga parte de ese solo acontecimiento. Recorro de nuevo al cine: en Tarkosvki, los matices del paisaje, las anomalías temporales, la lentitud, los efectos de sonido, crean el espacio para recibir el silencio, para comunicar el silencio. La conversación crea el espacio para sentir el silencio del otro o para sentir mi silencio mientras el otro habla. Las experiencias populares me han enseñado a «remojar la palabra» en café, en cerveza o en *chocolate parviao*, y son como sorbos de silencios que acarician la conversación. Los pueblos originarios suelen «endulzar la palabra» con rapé para disponer de una conversación amorosa. El ritual es fundamental para que el deseo no cese. La interrupción, karma de estos tiempos, es enemiga del banquete de Kierkegaard, es enemiga de la buena conversación, es enemiga del silencio.

7.2 La lectura como un acontecer del silencio

Leer es una de las prácticas humanas donde más acontece el silencio —así se lea en voz alta—. Recuerdo un pasaje en *Las confesiones* de San Agustín en el que este ve a su maestro San Ambrosio leer en silencio, extraña costumbre para la época —y extraño para nosotros que esta costumbre haya sido extraña—. «Cuando él leía, recorrían las páginas los ojos y el corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban» (1982, Libro VI, Cap. 3). Al leer, el ser humano se aparta del mundo para entrar en un auditorio narrativo; las distracciones o interrupciones al lector pueden ser consideradas como ruidos que lo sacan de una trama de silencios. Cuando leemos auscultamos el palpito de las cosas, abrimos los ojos para escuchar mejor. Fabulosa experiencia la de Thomas el Oscuro que termina siendo leído por lo que lee:

Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba, ante cada signo, en la situación en que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. Uno y otra se observaban. Las palabras, extraídas de un libro que cobraban una fuerza mortal, ejercían sobre la mirada, que las tocaba, una atracción dulce y placentera a la vez. Una a una, como un ojo medio cerrado, se dejaban penetrar por la intensa mirada que en otras circunstancias no habrían soportado. Thomas se deslizó, pues, por aquellos pasillos, indefenso, hasta que fue sorprendido por la intimidad de la palabra. (Blanchot, 2002, p. 21).

Otro relato magnífico aparece en *Leer el mundo*, un libro donde Michele Petit recoge experiencias de lectura; allí cuenta la historia de una médica que revela cómo la lectura le despierta la comprensión de la vida. El silencio abre el campo a la despersonalización que me transforma en un producto de las palabras escritas; como en el sueño, soy todo aquello que se narra, como en el sueño, soy y no soy: el silencio del libro es mi silencio de ser.

Los libros me enseñan a escuchar, incluso a los pacientes que no quieren hablar. Si logro sacar los pacientes de la masa, de la generalidad, es gracias a la literatura. Un enfermo no puede superponerse con otro enfermo. Es probable que sea egoísta, ciega... Entonces los libros me abren los ojos. (Petit, 2005).

Leer alimenta el silencio que somos, casi todo lo que leemos se queda en nuestra condición silenciosa. Sin embargo, conversar sobre lo que leemos es un ejercicio que no solo representa un gran placer, sino un reto para la memoria auditiva; afloran esas resonancias que escaparon al silencio para transfigurarse en palabra hablada. Algo así como antes de despertar, cuando el sueño parece dejarse comunicar y poco a poco se desvanece, convirtiéndose en un relato entre relatos. Esta es la paradoja de conversar la lectura, paradoja que a la vez revela su naturaleza silenciosa, su, de no ser placentera, tiranía del silencio. Los libros dejan en nosotros una arquitectura de silencio.

Diríamos con el poeta: «de qué callada manera se me adentra usted sonriendo...» (Guillén, 2017). En ocasiones siento que la voz de los libros aumenta el mundo dentro de mí, que una cantidad de seres leen a través de mí. Desde adolescente busqué la literatura para conversar con los escritores y más allá de conversar con uno, experimento que muchos otros vienen con él, pues un escritor es también una multiplicidad de lecturas; leer es, pues, una conversación interminable entre los diferentes seres que nos habitan. Es preciso una fábula para que los animales comiencen a hablar; es preciso el silencio para que un libro sea el escenario, cuyo telón se abre con nuestro propio corazón. Michael Ende supo que leer era una *historia interminable*.

Me gustaría saber, se dijo, qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay solo letras impresas sobre el papel, sin embargo... Algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo. (Ende, 1979)

7.3. La escritura como un acontecer del silencio

Cuando se habla de silencio en la escritura, podemos pensar en dos cosas: en la escritura como forma del silencio y en el silenciarse de la escritura. Dos ejemplos: Basho y Arthur Rimbaud: el primero intenta parecerse radicalmente al silencio y el segundo representa el oscuro sentido de callar, de poner fin a la palabra escrita. «Ante ese mundo vertiginoso y lleno de colorido, el haikú de Basho es un círculo de silencio y recogimiento: manantial, pozo de agua oscura y secreta» (Paz, 2006, p, 21-22). «En fin, pediré perdón por haberme alimentado de mentiras. Vámonos» (Rimbaud, 1973, p, 109) Sin embargo, no hay duda que tanto Basho como Rimbaud se encuentran con un silencio afín: el de la página. Cosa curiosa, Matsuo emprende un viaje para encontrarse con el silencio de la poesía y Rimbaud para encontrar el silencio en la acción, en el olvido de toda escritura.

George Steiner nos plantea un problema que ya el poeta Hölderlin se había planteado: el de la eficacia de la poesía en *tiempo de penuria*. Después de la guerra, el escritor se siente impedido, se enfrenta a la esterilidad de la palabra ante lo atroz y, al fin, se pregunta si no será mejor callar. De todas maneras, la literatura ha sobrevivido a la tentación del silencio y ha replanteado su camino, poniendo al lenguaje mismo en tela de Juicio. Beckett, por ejemplo, habla de una «literatura de la deshabla», de «un ataque a las palabras en nombre de la belleza», como si dijera, en nombre del silencio.

Y hacemos nuestra la pregunta de Steiner: «¿cómo puede el habla transmitir con justicia la forma y la vitalidad del silencio?» (Steiner, 2003, p. 20). Lo primero es acudir a los místicos. El poema cumple en ellos la comunicación de lo inefable; dicen el silencio, aunque el silencio no se pueda decir. La palabra entonces parece revelar su doble cara: dice, pero también desdice; con nombrar se elimina a sí misma. Contrario a afirmar que el lenguaje anula el silencio del éxtasis, la experiencia mística, expresada en el poema, nos induce a pensar que el silencio no es solo ausencia de sonido, sino, en efecto, el sonido mismo del silencio. Con los místicos la palabra alcanza un sentido más profundo: el del no-sentido.

A la luz de esta idea, toda escritura, entonces, ya que trabaja con la palabra, debe enfrentarse a su naturaleza doble. El escritor se silencia para dar paso a un mundo de silencios. Como en la fábula de Poe, el escritor es quien maldice con silencio.

El escribir nos da entonces el silencio que necesitamos para darnos tiempo, para detener el tiempo, al menos ese tiempo crónico, veloz, por el que nos sentimos arrastrados. Y nos da también el silencio que nos es preciso para escapar de las circunstancias, para huir de ese modo de estar en el mundo siempre pragmático e interesado, siempre demasiado circunstancial, por el que nos sentimos atrapados. Y nos da por último el silencio necesario para recuperar una cierta unidad, un cierto recogimiento, una cierta sensación de estar en nosotros mismos, un cierto ensimismamiento. (Zambrano, 2008).

Pocos lugares hay tan silenciosos como un libro, las palabras que han sido hilvanadas en él provienen del silencio y por eso podemos escucharnos en ellos. El escritor toma apuntes de los parlantes del mundo, pero la costura de las palabras —la hechicería— sucede en lo más secreto, en el rincón donde el escritor puede replegarse con su palabra. El libro es una invención del silencio, sale del silencio y regresa a él. Cobra sentido que las bibliotecas o «almarios» sean —o hayan sido— remansos del silencio.

Vale agregar que, como la lentitud, el vacío hace parte también de esa familia de palabras que ya por sí mismas nos abren a la experiencia de lo que dicen y que pertenecen, pues, al reino de lo inefable. El vacío, la noche mística de San Juan, las sendas de Oku por las que Matsuo Basho no persigue otra cosa que silencio. Tres de sus haikus pueden indicarnos el refugio del escritor, el camino que recorre la pluma en el papel y el resultado de todo eso:

Terco esplendor:
frente a la lluvia, erguido
templo de luz.

Este camino
nadie ya lo recorre,
salvo el crepúsculo.

Narciso y biombo:
uno al otro ilumina,
blanco en lo blanco

7.4. Otros acontecimientos del silencio

7.4.1. La amistad con los viejos

Desde niño tuve el privilegio de tener amigos viejos; la modernidad con sus tristes eufemismos vació de significado esta hermosa palabra e inventó «la tercera edad» con el ánimo de saquear la representación de autoridad, sabiduría y silencio que rodea a la palabra *viejo*. La degradó a tal nivel que decir viejo es sinónimo de inútil, deteriorado, obsoleto. Otras culturas conciben al viejo como una figura de lo sagrado que tiene un rol protagónico en el devenir de la comunidad. El silencio y la palabra del viejo son expresiones de cosmogonía, de ética y de política.

Crecí en un barrio donde los niños tuvimos la fortuna de jugar con los viejos —abuelos campesinos y obreros pensionados—. Sus largas pausas entre relatos, su calma, en definitiva, su despreocupación por las obligaciones del tiempo, cincelaban esa amistad de edades extremas: la edad que comienza y la edad que se acaba. La palabra del viejo y la palabra del niño se encuentran en las dimensiones del juego. El viejo despierta en sus evocaciones esa imaginación donde el niño aprende a cultivar el silencio. Recuerdo esta frase anónima que alguna vez leí en un almanaque: «Cuando era niño miraba y veía el bosque, cuando fui joven miraba y veía solo los árboles, ahora, viejo, miro y veo de nuevo el bosque».

En mi barrio vivió un viejo cuyo oficio era fabricar ojos para santos. Al descubrir su delicada tarea artesanal comprendí por qué don Clímaco era tan silencioso; lo veía en la calle con su figura tallada de silencios levantando un gesto para saludar a los vecinos. Sus manos eran el cuenco del santoral, guardaba el secreto de mirar desde la quietud. Una vez le pregunté cuál era la clave para hacer ojos de santos, el viejo esculcó en su pensamiento porque sabía que el interrogante de un niño es una cuestión seria del futuro que no debe pasarse por alto; después de un instante, musitó: «Que tengan silencio, ese es el milagro».

7.4.2. Visitar

Quien visita la casa de un amigo o un familiar no solo lleva la palabra para departir, también lleva el silencio como un regalo. Visitar es una vocación humana que parece extinguirse entre los nativos digitales; quien visita con honestidad lleva consigo un silencio sosegado, un interés genuino que permite acercarse a la condición del otro, y no un afán o la simple actitud de *botar escape*.

Pocas prácticas son tan íntimas como ser invitados a la casa de un amigo; pedimos *permiso* al ingresar porque sabemos que entramos en el silencio del otro; la casa es nuestro exoesqueleto donde nos apartamos del trajín del mundo para recibir con los brazos abiertos la amistad de la palabra y del encuentro. Dice la poeta Marta Quiñónez (2019):

Estamos hechos
de la palabra espera y del regreso
del amor que tienen sus amigos
dispersado
por todos los rincones de su casa

Cabe precisar que no hablo de visitas *conchudas*, ya la tradición oral fijó delicados límites en este refrán: «a donde te quieran mucho, no vayas muy a menudo». La saturación rompe el cariño, deshace el silencio. Recuerdo que mi padre tenía amigos que lo visitaban cada año, y esos encuentros estaban atravesados por el silencio. Compartían ese silencio que es otra forma de conversación y entendimiento.

En este poema de José Manuel Arango se resume esa extrañeza y esa familiaridad que lleva el amigo con su silencio a nuestra casa:

Cantiga de amigo

Y tras la incertidumbre de un instante
frente al desconocido
que luego por virtud del gesto recordado
vuelve a ser el amigo que después de la lluvia
llama a la puerta

lo ayudamos a desnudarse
colgamos sus ropas a secar junto al fuego

y oímos el relato de su viaje
reconociéndonos en sus maneras
de náufrago



7.4.3. Sembrar

Hundimos las manos en el silencio de la tierra, nuestra estructura ósea reconoce los surcos donde calladamente ha crecido la vida, sembrar es un acontecimiento del silencio comprendido por el campesino. Ya hablé de ese bello documental de 2013 llamado La humildad del jardinero. Allí, el periodista Juan José Hoyos, cuenta que visitó al poeta José Manuel Arango y lo encontró cuidando el jardín; ese hombre, mezcla de intelectual y campesino como él mismo se describe, sabía que sembrar es un acto de gratitud y reverencia con el más silencioso de los seres: las plantas.

Asimismo, el médico Héctor Abad Gómez estuvo dedicado en sus últimos años al cultivo de rosas. ¡Cuánta paz y cuánto silencio acarició este defensor de los derechos humanos al regar el jardín! Sembrar es esperar el donaire del silencio. Al plantar, nuestras fuerzas vitales también se unen a ese renuevo que espigará el cosmos; volver a la siembra es volver al silencio, así lo hagamos desde el patio, la ventana o el balcón de un apartamento en la ciudad. Jardinear nos devuelve algo del silencio perdido, del silencio robado o del silencio olvidado. El mayor ejemplo es el de la poeta-jardín Emily Dickinson (2017) quien ante un desamor se encontró con la amistad de las rosas y las abejas. Dos poemas de esta querida mujer:

Cuando cuento las semillas

sembradas allá abajo
para florecer así, lado a lado;

cuando examino a la gente
que tan bajo yace
para llegar tan alto;

cuando creo que el jardín
que no verán los mortales
siega el azar sus capullos
y sorte a esta abeja,
puedo prescindir del verano, sin queja.

En mi flor me he escondido

para que, si en el pecho me llevases,
sin sospecharlo tú también allí estuviera...
Y sabrán lo demás sólo los ángeles.

En mi flor me he escondido
para que, al deslizarme de tu vaso,
tú, sin saberlo, sientas
casi la soledad que te he dejado.



7.4.4. Caminar

Otro acontecimiento del silencio muypreciado ya desde la antigüedad. Cuenta la tradición que Aristóteles paseaba con sus discípulos por los jardines del templo de Apolo para reflexionar, a esto se le llamó la escuela peripatética. Caminar es entrar a nuestro propio silencio en el que las ideas discurren y el cuerpo se aliviana; el aire-silencio que aspiramos brinda claridad, aclara la perspectiva. De nuevo Basho y sus sendas, de nuevo el silencio como punto de llegada.

De niño solía acompañar a mi padre a casi todas partes; a él le gustaba caminar por el monte cuando caía la tarde y en esos recorridos casi no hablaba conmigo, pero sí con él mismo: se reía y luego me nombraba los árboles y los pájaros que veíamos; después regresaba a un apacible soliloquio y silbaba alguna cancioncilla.

Un magnífico cuento de Marina Colasanti revela que viajar es un acontecimiento del silencio. En él cuenta la historia de un viajero que deseó tener un palacio, al pasar por un arroyo quiso edificarlo con agua, pero no pudo retener los muros; con su fogata encendida pensó hacer el palacio con fuego y al tocar las llamas comprendió que, aunque pudiera construirlo, nadie podría habitar en él. Al pasar por el desierto hundió las manos en la arena y empezó a moldear la estructura de su palacio, pero el viento con su blanda lengua lamió la construcción y al amanecer no quedaba nada. Atravesó las planicies y subió a las montañas y comenzó a describir el palacio que veía en su imaginación, pero ya cansado enmudeció y el silencio deshizo el palacio poco a poco.

Después de agotar todos los recursos, el viajero se quedó dormido y comenzó a soñar: veía el pergamino de los arquitectos donde dibujaron el proyecto y una gigantesca construcción con los materiales más preciosos traídos de todos los rincones del mundo; miles de artesanos hacían sus tareas alegremente y el viajero contempló también delicados jardines colgantes. Al mirar la sombra del palacio asentada contra unas piedras despertó.

No habitaba en el palacio. Pero éste, grandioso e imponente como ningún otro palacio, habitaba en él, para siempre. Y tal vez navegará silencioso, noche adentro, rumbo al sueño de otro hombre. (Colasanti, 2004).



7.4.5. Acariciar

Quizá esto merecería un capítulo aparte, ya que se nos escapa otra forma fundamental de silencio: el erotismo. Pocas imágenes tan tiernas como ver a una madre entregada a la contemplación y a las caricias de su bebé; los roces eróticos también están colmados de hermosos silencios, la piel es vendimia del amor. En ambas situaciones hay un encuentro íntimo, una fuerza silenciosa que une. También acariciamos con la mirada cuando procuramos comprender, cuando habitamos el mundo con emoción. El cine es diestro en este manejo de las caricias; la cámara se desliza por los objetos, erotizándolos, llenándolos de misterio. El ojo y la mano se hacen uno en el cine; con la posibilidad de los planos el objeto expone toda su superficie, se hace táctil. El tacto es un verdadero lenguaje del silencio. Otra vez José Manuel Arango nos regala estos versos que revelan la divinidad de tocar el silencio:

Dame, dios,
mi dios,
mi dioscito pequeño,
rústico:
tú,
a quien creo acariciar
cuando le paso por el lomo
la mano a mi perro.

Bachué, señora del agua, enséñame a tocar
la fina pelusa bermeja del zapote
a ver la sal brillante en el oscuro lomo de la trucha.

7.5. Consideraciones para repuntar

Para redondear este capítulo debo precisar que estos acontecimientos son solo una provocación y constituyen una invitación a vivir el silencio como una búsqueda de nuestro propio latido. Son un repunte para quienes tejen el silencio desde la vida misma y desde la investigación.

El silencio como posibilidad, oportunidad y potencia creativa exige ser encarnado, de modo que sería contradictorio hablar de él (como un asunto ajeno y externo) en un lenguaje académico, conceptualizarlo, «estudiarlo», sin vivirlo, sin mantener una relación de cerca con él. En resistencia al ruido implantado por la modernidad y la palabra como asunto «obligatorio», asumo el silencio como mi mayor certeza. (Castillo, 2018, p, 257-266).

Todos los que amamos la palabra comprendemos la urgencia de rescatarla de la saturación y del saqueo cometido por la modernidad; buscamos honrar la palabra, así como nuestros ancestros lo hicieron y, para ello, debemos «restaurar el silencio», a través de sus diferentes manifestaciones: la lentitud, la creación, la verdadera conversación, entre otras formas.

La única salida, básica ya que fundacional, es siempre la del mutuo acomodo del silencio y la palabra, una ética de la conversación que dé por sentado que todo enunciado reclama una respuesta, toda afirmación un argumento que la avale y todo diálogo una deliberación mutua. Restaurar la conversación implica rescatar la palabra, y rescatar la palabra entraña restaurar el silencio. (Le Breton, 1997).

Se nos escapan esas formas del silencio que apenas delineamos, como la de su tiranía, la de su peligro, cuando aparece como forma del poder. Aquí nos concentramos en el proceder creativo del silencio, en su manifestación, sobre todo, poética. Es interesante, por ejemplo, un estudio del silencio en las aulas de clase; la buena y mala pedagogía que se desprende de esto.

CAPÍTULO VIII

COSTURERO DE METÁFORAS

8. Sobre la intuición

Reafirmo lo mencionado en otros apartados: esta investigación no sería posible sin la intuición. La intuición caminó conmigo por veredas, atajos, callejas, laberintos y remansos; aguzó la creación de metáforas y diseñó una ruta metodológica para volver a lo comunitario y hallar la palabra primigenia: la palabra común. También caminó conmigo por el silencio, hizo que me detuviera en los pequeños gestos de la conversación y que regresara a las huellas del relato popular.

En su magnífico libro llamado *Mitos, Emblemas, Indicios*, el historiador italiano Carlo Ginzburg estudia el origen del paradigma indicial al que también llamará sintomático y adivinatorio. Plantea que este conocimiento —artesanal y a la vez muy sofisticado— se originó en los primeros cazadores humanos capaces de interpretar detalles minúsculos que aseguraban la sobrevivencia de las tribus.

Durante milenios, el hombre fue cazador. La acumulación de innumerables actos de persecución de la presa le permitió aprender a reconstruir las formas y los movimientos de piezas de caza no visibles, por medio de huellas en el barro, ramas quebradas, estiércol, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores. Aprendió a olfatear, registrar, interpretar y clasificar rastros tan infinitesimales como, por ejemplo, los hilillos de baba. Aprendió a efectuar complejas operaciones mentales con rapidez fulmínea, en la espesura de un bosque o en un claro lleno de peligros. Generaciones y generaciones de cazadores fueron enriqueciendo y transmitiendo todo ese patrimonio cognoscitivo. (Ginzburg, 1986, p. 144).

Este método de leer los detalles *infinitesimales* también fue aplicado por los primeros adivinos que interpretaban en los movimientos de los astros señales para la vida de los reyes, inferían advertencias en el cambio del viento, en alteraciones de los patrones climáticos, incluso, la interpretación de los sueños era crucial para el devenir de los pueblos. Por esta razón, Ginzburg lo llamará paradigma adivinatorio, pero no porque

esté emparentado con la especulación, sino porque está vinculado directamente con la experiencia y la interpretación de indicios.

Un ejemplo más contundente lo tiene la medicina, pues en la antigüedad, a falta de tecnología de punta para diagnosticar, los médicos se valían de la observación, la intuición y la interpretación de los síntomas para descubrir y curar las enfermedades. «Aventuraban diagnósticos aplicando el oído a pechos catarrosos, olfateando heces y probando el sabor de orinas» (Ginzburg, 1986, p, 146). Desde esa perspectiva, el trabajo de los médicos fue parecido al de los detectives, pues ellos también son *maestros de la sospecha*, al rastrear colillas de cigarrillos, cicatrices, perfumes, huellas y pequeños vestigios dejados en la escena del crimen. No sorprende que estas dos disciplinas terminaran exitosamente entrelazadas en lo que hoy se conoce como medicina forense. Sin embargo, otros campos del saber comparten esa misma fuente:

Para los griegos, dentro del vasto territorio del saber conjetural estaban incluidos, entre muchos otros, los médicos, los historiadores, los políticos, los alfareros, los carpinteros, los marinos, los cazadores, los pescadores, las mujeres... (Ginzburg, 1986, p, 148).

Llama la atención en esta cita la inclusión de «oficios no científicos» como la carpintería, la alfarería, la pesquería y la inserción de la mujer como un ser dotado de un asombroso saber conjetural. Hoy resulta muy contradictorio que este *patrimonio cognoscitivo* sea desdeñado por el discurso científico, pues, como dijo don Quijote: «la experiencia es la madre de todas las ciencias». Parece que el olfato y el oído ya no son importantes para cierto tipo de investigación que fragmenta y reduce la realidad para dominarla a través de fórmulas y conceptos fijos, inalterables y estáticos. Bajo esta mirada, el palpo del cazador-investigador se considera una contaminación imperdonable; mientras el conocimiento indicial nace directamente de la experiencia y es transmitido, incluso, por sutiles gestos del silencio y la mirada.

Esas formas del saber eran más ricas que cualquier codificación escrita; no se transmitían por medio de libros, sino de viva voz, con gestos, mediante miradas; se

fundaban en sutilezas que por cierto no eran susceptibles de formalización, que muy a menudo ni siquiera eran traducibles verbalmente; constituían el patrimonio, en parte unitario y en parte diversificado, de hombres y mujeres pertenecientes a todas las clases sociales. Estaban unidas por un sutil parentesco: todas ellas nacían de la experiencia, de la experiencia concreta. Este carácter concreto constituía la fuerza de tal tipo de saber, y también su límite, es decir la incapacidad de servirse del instrumento poderoso y terrible de la abstracción. (Ginzburg, 1986, p, 150).

Vemos que la intuición no es un mero presentimiento que sobreviene a los seres humanos para advertirlos de un peligro inminente —tampoco es un capricho—, es un saber antiguo originado en la experiencia concreta y en la recolección de minucias; no en vano ha catapultado disciplinas como la medicina y la paleontología. Asimismo, el psicoanálisis bebió de este paradigma para construir su método.

Es el propio Freud quien lo señala: la postulación de un método interpretativo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores. Así, los detalles que habitualmente se consideran poco importantes, o sencillamente triviales, "bajos", proporcionaban la clave para tener acceso a las más elevadas realizaciones del espíritu humano. (Ginzburg, 1986, p, 153).

Al saber cómo la intuición ha encaminado estas disciplinas, quiero abrir una pregunta, puerta que se despliega ante la experiencia: ¿cómo la intuición del maestro abre nuevos caminos para la pedagogía? Su cuerpo curtido de saberes populares es un nuevo currículo, un cuerpo-currículo que recorre lo comunitario. He recogido indicios, claves halladas en el lenguaje campesino, cotidiano y pueblerino; he juntado migajas para descubrir «ecosistemas de la palabra»: territorios, personas, instituciones, prácticas culturales, gestos, juegos, silencios, músicas, mitos, bibliotecas, relatos y conversación.

En resumen, es posible hablar de paradigma indicial o adivinatorio, que según las distintas formas del saber se dirigía al pasado, al presente o al futuro. Hacia el futuro, se contaba con la adivinación propiamente dicha. Hacia el pasado, el presente y el futuro todo a un tiempo, se disponía de la sintomatología médica en su doble aspecto, diagnóstico y pronóstico. Hacia el pasado, se contaba con la jurisprudencia. Pero detrás de ese paradigma indicial o adivinatorio, se vislumbra el gesto tal vez más antiguo de la historia intelectual del género humano: el del cazador que, tendido sobre el barro, escudriña los rastros dejados por su presa. (Ginzburg, 1986, p, 153).

8.1. Acerca de las metáforas

Probablemente después de lo dicho por Friedrich Nietzsche, Octavio Paz y Paul Ricoeur nada tenga que agregar a sus deslumbrantes ideas sobre la metáfora. El primero plantea en un intrépido ensayo, Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, que «en un apartado rincón del universo un animal astuto inventó el conocimiento» (Nietzsche, 1873). Dice el filósofo que el ser humano es impulsado por la voluntad de saber, fabrica la verdad a través de metáforas que dan sentido a su efímera, triste y soberbia existencia.

¿Qué es entonces la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora consideradas como monedas, sino como metal. (Nietzsche, 1873, p, 6)

¡Qué alivio y espanto a la vez saber que la verdad está de paso! Podemos cambiar los horizontes, los pueblos tienen el derecho de diseñar sus propias metáforas, pero el atasco está cuando las metáforas se petrifican, cuando se hacen duras e inamovibles y olvidamos que son monedas, objetos o valores de intercambio. Cuando no somos capaces de recordar el carácter transitorio de la verdad esta se enquistada y se entroniza como si fuera el más inevitable de los destinos. Sin embargo, ciertos poderes «oscuros» como la religión, la política y la ciencia presumen abiertamente de la verdad; edifican castillos conceptuales, complejas formas del pensamiento donde «vive» la verdad. No obstante, la magia de las metáforas ha estado al servicio del arte y del mito, allí donde la imaginación encuentra exuberancia para el desplazamiento de metáforas opresoras.

Ese impulso hacia la construcción de metáforas, ese impulso fundamental del hombre del que no se puede prescindir ni un solo instante, pues si así se hiciese se prescindiría del hombre mismo, no está en verdad dominado ni apenas domado por el hecho de que con sus evanescentes productos, los conceptos, se construya

un mundo nuevo, regular y rígido, que es como una fortaleza para él. Dicho impulso se busca para su actividad un campo nuevo y un cauce distinto, y los encuentra en el mito y, de modo general, en el arte. (Nietzsche, 1873, p, 8).

Toda palabra es en sí una metáfora, pues la palabra no es directamente la cosa que representa, es una convención arbitraria con la cual el ser humano intenta asir la realidad, o más pretencioso aún: llegar a la esencia pura de las cosas. Al hacerse consciente de su existencia el hombre se separó de la naturaleza y esa escisión o «trascendencia» la sufre amargamente y con él la naturaleza misma. El hombre busca crear un nuevo orden con la partición de la naturaleza, la idea matemática es separar, cuantificar y controlar, su lógica es tan reguladora y rígida que Nietzsche la comparará con la uniformidad de los cementerios romanos. Esta forma de conocer, como ya se ha señalado, se contrapone al mundo de la intuición.

Todo lo que eleva al hombre por encima del animal depende de esa capacidad de volatilizar las metáforas intuitivas en un esquema, esto es, de disolver una imagen en un concepto, pues en el ámbito de esos esquemas es posible algo que nunca podría conseguirse bajo las primeras impresiones intuitivas: construir un orden piramidal por castas y grados, crear un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora se contrapone al otro mundo de las primeras impresiones intuitivas como lo más firme, lo más general, lo mejor conocido y lo más humano y, por ello, como una instancia reguladora e imperativa. Mientras que toda metáfora intuitiva es individual y no tiene otra idéntica y, por tanto, sabe escaparse siempre de toda clasificación, el gran edificio de los conceptos presenta la rígida regularidad de un columbarium romano e insufla en la lógica el rigor y la frialdad que son propios de las matemáticas. (Nietzsche, 1873, p, 12).

En otro capítulo reflexioné sobre la violencia del lenguaje en la escuela, mostré cómo algunas formas o metáforas perpetúan la brutalidad y cómo son naturalizadas por el sistema educativo. Aquí van otras: *la letra con sangre entra; estudie para que sea alguien en la vida, usted es un inepto, un bueno para nada*. Asimismo, narré la experiencia de una metáfora desgastada que fue restaurada: la cartelera. La intuición me encaminó a destejarla en el *póster de lenguaje*. Recuerdo bien que, para evitar el engorro de hacer las carteleras, muchos profesores del colegio le pagaban a un colega cinco mil pesos, cada uno, por hacerlas.

Por su parte, el Premio Nobel de Literatura Octavio Paz sostiene que no solo las palabras en sí son metáforas, sino que el hombre es una metáfora de sí mismo, un ser creado por el lenguaje, instrumento que le permite interpretar, construir la ilusión de la verdad y desplazar metáforas del conocimiento que se habían hecho leyes inamovibles, «palabra de dios». Gracias a la capacidad de abstracción el hombre puede crear una red infinita de conceptos, gracias también a la pluralidad de sentidos que lleva en sí misma la palabra.

Cada palabra o grupo de palabras es una metáfora. Y asimismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible de cambiarse en otra cosa y de trasmutar aquello que toca: la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje. Por la palabra, el hombre es una metáfora de sí mismo. (Paz, 1956, p, 22).

La poesía es una metáfora alimentada por el lenguaje vivo de una comunidad, sus pasiones más febriles salpican las palabras e insinúan rasgos primigenios, voluntades inconscientes. En ese sentido, la poesía también es un relato cosmogónico, con ella regresamos a la fundación del mundo, a ese intento por enmascarar el vacío. El poeta bebe la corriente de ese lenguaje para re-crearlo y compartirlo luego con el pueblo, su dueño originario que se verá intuitivamente reflejado. Es como si por medio de estas nuevas metáforas la humanidad removiera la hipnosis de otras metáforas y pudiera ver —o interpretar— el mundo natural del cual intenta separarse e integrarse al mismo tiempo. Es una paradoja inquietante porque conlleva a la sospecha de la máscara, a la pregunta por el primer rostro.

La poesía vive en las capas más profundas del ser, en tanto que las ideologías y todo lo que llamamos ideas y opiniones constituyen los estratos más superficiales de la conciencia. El poema se nutre del lenguaje vivo de una comunidad, de sus mitos, sus sueños y sus pasiones, esto es, de sus tendencias más secretas y poderosas. El poema funda al pueblo porque el poeta remonta la corriente del lenguaje y bebe en la fuente original. En el poema la sociedad se enfrenta con los fundamentos de su ser, con su palabra primera. Al proferir esa palabra original, el hombre se creó.

Aquiles y Odiseo son algo más que dos figuras heroicas: son el destino griego creándose a sí mismo. El poema es mediación entre la sociedad y aquello que la funda. Sin Homero, el pueblo griego no sería lo que fue. El poema nos revela lo que somos y nos invita a ser eso que somos. (Paz, 1956, p, 27).

A propósito de esta cita, recordemos las palabras de la Academia Sueca para otro Nobel de Literatura, el portugués José Saramago: «...quien con parábolas sostenidas por la imaginación, la compasión y la ironía nos permite continuamente aprehender una vez más una realidad huidiza» (The Nobel Prize, 1998). Como las metáforas se petrifican, los escritores se las ingenian para empujar su endurecimiento a través de otras metáforas que nos permitan, de alguna manera, agarrar la indomable realidad. En Ensayo sobre la ceguera, Saramago reflexiona sobre una peste que se extiende con rapidez; la insensatez, la injusticia y la indolencia son las verdaderas cegueras de la humanidad. Al mostrarnos los ciegos comprendemos que también nosotros lo estamos y que, aun viendo, no vemos la pudrición de la sociedad.

«La metáfora es la producción de una nueva pertinencia semántica mediante una atribución impertinente». (Ricoeur, 2007, p. 31-35). La metáfora, más allá de una figura retórica, es una relación que pone en tensión el poder canónico del lenguaje, lo hace gracias a su capacidad de-constructora, al liberarse de un significado estático e inamovible. Otras formas del lenguaje como el aforismo y la parábola han contribuido a la filosofía, la teología y la literatura.

Camino a la palabra es una investigación que tejió varias metáforas en su andar; todas, frutos de la intuición, es decir, de las experiencias surgidas en los recorridos por lo comunitario. No son «simples dibujos» o «meros relatos coloridos», son pistas *infinitesimales* para auscultar la vida de una lengua: la mudanza de un pueblo. Vale la pena ahondar en el significado del verbo *auscultar*, proveniente del latín *auscultare* que significa *escuchar con atención*; de allí vienen las palabras *au-ditorio*, *au-ricular*, *au-dición*, entre muchas otras. Por tanto, *auscultar* es pegar el oído al pecho para **SENTIR** el susurro de los órganos vitales.

La cultura letrada ha subvalorado la idiosincrasia campesina, al asociarla con ignorancia y pobreza; cuando alguien en la ciudad pronuncia mal una palabra, está vestido de manera singular o tiene un acento regional muy marcado se suele decir: «a este se le ve el capote por encima, ¡es hora de botar el capote!». Quiero aprovechar la corriente de este capítulo para profundizar en esta metáfora: *Capote* es, según la Rae, un abrigo largo; no considera la admirable acepción colombiana en donde el capote o la tierra de capote, es un material orgánico que se genera a partir de la descomposición natural del bosque, es extremadamente rico en nutrientes y muy utilizado como abono para el jardín. Gracias a esta acepción tenemos una «nueva vuelta de tuerca» y lo que suena despectivo en la metáfora anterior se transformaría en un elogio.

Voy, pues, a revelar el *capote...*, mostraré la riqueza de mi territorio: millares de hojas de los antiguos árboles apiladas en mi voz, manajo de relatos regados a pulso de lluvia, infinitesimales semillas y escarabajos cantores. A continuación, presento tres metáforas de Camino a la Palabra, una provocación para echarnos a caminar por el gran viaje del lenguaje y su arquitectura de símbolos e interpretaciones...



Metáfora I: Camino-Caracol. Dibujo hecho con tiza sobre cartulina negra.

8.2. Camino-Caracol

El poema es un caracol en donde resuena la música del mundo y metros y rimas no son sino correspondencias, ecos, de la armonía universal. Enseñanza, moral, ejemplo, revelación, danza, diálogo, monólogo. Voz del pueblo, lengua de los escogidos, palabra del solitario. Pura e impura, sagrada y maldita, popular y minoritaria, colectiva y personal, desnuda y vestida, hablada, pintada, escrita, ostenta todos los rostros pero hay quien afirma que no posee ninguno: el poema es una careta que oculta el vacío, ¡prueba hermosa de la superflua grandeza de toda obra humana! (Paz, 1956, p, 8).

El dibujo es una metáfora de los saberes campesinos y de los escenarios donde florece la lengua popular: una olla rebotante de sabor cuece la tradición con harta candela, un río discurre consentido por la voz de una guitarra merendera mientras el juego gira en lo secreto del oído interno. Estas prácticas culturales son vitales para mantener el equilibrio de los pueblos, por eso estos movimientos del lenguaje inician en la oreja.

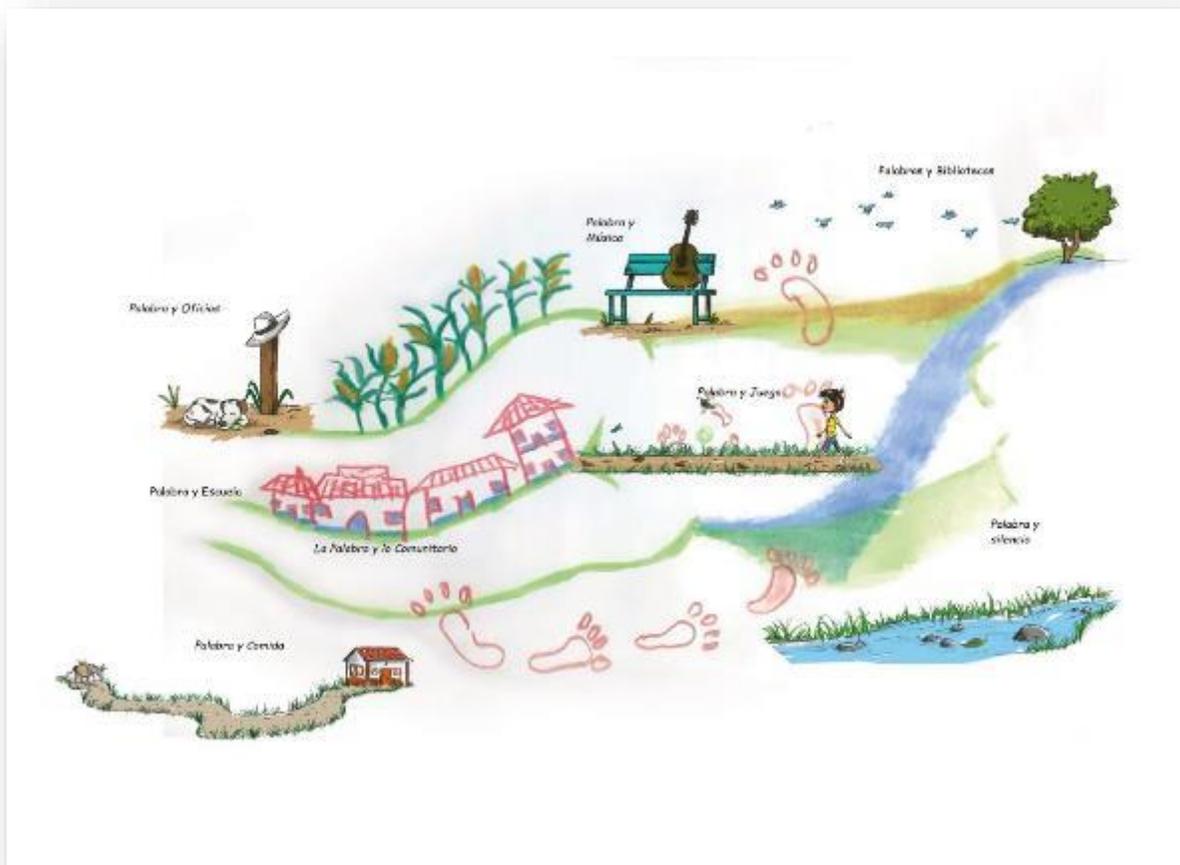
Todos los elementos crepitan en esta metáfora, surgen prácticas culturales que cantan a viva voz como símbolos de la tradición; el río avanza sereno por los ramales del juego y sus riberas emergen como despensa de lo comunitario. El murmullo de sus aguas nos toca secretamente, todas las tormentas danzan en su cauce; somos testigos de su bravura y de sus vendimias. El río desemboca en nosotros como desembocan los relatos, somos un torrente de metáforas que se desborda por la vida.

La guitarra afina el estribillo en el piedemonte, esparce su canto al río y surca con los pájaros una melodía de montaña. Un merendero acampa esa tarde festiva con su cancionero popular: «yo también tuve 20 años», grita la abuela al oír el bambuco mientras repasa la sal del sancocho. «Y un corazón vagabundo», le responde el nieto que se lanza de cabezas al charco. La música reparte silencios y reminiscencias; volvemos a la cuenca y comemos todos de la misma olla: la tradición.

Un sombrero esquinado forja la silueta de un campesino, se ha bebido a sorbos la alegría del río, su infancia cuelga del guayabo y corre por los potreros de la leche. Con su pinta

dominguera recorre el anís de los tangos, convida un chico de billar, juega un chance y sale a buscar un consomé; «un pollo asado para llevar», le dice al mesero con una señal que solo ellos comprenden. Desata la yegua, ajusta la carga y con un movimiento preciso se monta; antes de partir subirá a la Estación: media de aguardiente y una docena de rancheras pedirá para el camino.

Esta caravana de relatos hace su recorrido lentamente por los caparazones del círculo, conversa, largo y tendido, por los caminos populares donde se estaciona la vida. En esta metáfora la palabra no es información o dato, la palabra se palpa como río que acoge, es compañía y silencio a la vez; el camino caracol deja una huella: baba del decir que emerge de la experiencia, incorpora la cultura pueblerina en el pabellón auditivo, allí instala un concierto de saberes y lanza un trompo como protagonista de los juegos tradicionales...



Metáfora II: Camino-Cuerpo. Dibujo hecho con lápices de color.
Viñetas e indicios del camino. (Sánchez, 2020).

8.3. Camino-Cuerpo

Quizás porque mi niñez
sigue jugando en tu playa
y escondido tras las cañas
duerme mi primer amor
llevo tu luz y tu olor
por dondequiera que vaya
y amontonado en tu arena
guardo amor, juegos y penas.
(Serrat, 1971)

Esta metáfora re-conoce la tierra como la gran madre, el juego y la música circundan las veredas de lo comunitario y el territorio, como en la canción de Serrat, deja de ser una mera exterioridad para integrarse indivisiblemente a nosotros, o nosotros a él. Soy un organismo de caminos populares, mi cuerpo aloja el sabor de los callejones, las tardes de parques y las caminatas con los perros. Atardece y los obreros regresan al barrio con el olor de sus oficios: Mario el aserrador trae un aroma de azulejos que salta de cuadra en cuadra, don Emilio riega el verdor de su cosecha por las alacenas del vecindario.

Mi madre despereza la mañana con sus piruetas de maíz. Los gatos apenas salen de la noche y yo soy un niño que insiste en armar su propia arepa; ella me entrega una pelota de masa que palmeo dulcemente. «El mundo es una bola de masa, todos estamos hechos de maíz, las familias son como una mazorca que se desgrana con la muerte», me dice mientras estira su mano en la órbita del molino. Recreo sus palabras amarillas y sonrío al imaginar el Planeta Chócolo. El corazón de mi madre está labrado por juegos de maíz.

En la cintura tengo una banca donde canta el duende alegre, soy una conversa de café oscuro sin azúcar; fío en la tienda y juego cartas en el Quiosco de los Pensionados. Encargo morcilla de la delgadita los sábados y tamales con doble presa los domingos, compro boletas que juegan por la lotería de los niños: un bolis, una crema de coco, tres bolitas de chicles y una muñeca recogida del solar conforman el premio mayor. En los hombros siento el bingoailable que *desentiesa* a las vecinas...

Camino-Cuerpo es una huerta comunitaria cosechada de saberes locales, síntoma de la fertilidad de lo popular. Esta metáfora revela la atmósfera donde reverdece la palabra. El silencio, la música, la comida, la comunidad, las bibliotecas, la escuela, los oficios y el juego; cada uno de estos ambientes favorece el cultivo de la palabra, es, por así decirlo, una cartografía del decir. Las huellas están frescas: indican que el relato recientemente ha pasado por allí, muestran que estos lugares son corredores ineludibles para el brío y la creatividad del *lengüicultor*.



Metáfora III: El des-tejedor de palabras. Dibujo hecho con plumones sobre bloc.

8.4. El des-tejedor de palabras

Quizás, como te lo dije ya, la pista me la dieron los relatos de mi abuela, para ella los mitos, las leyendas, las creencias de la gente, formaban parte, y de manera natural, de su vida cotidiana. Pensando en ella, me di cuenta de pronto que no estaba inventando nada, sino simplemente captando y refiriendo un mundo de presagios, de terapias, de premoniciones, de supersticiones, si tú quieres, que era muy nuestro. Entrevista a Gabriel García Márquez. (Apuleyo, 1993).

Quise saber cómo había llegado hasta el lenguaje, auscultar la forma y el color de mi voz. Suspiré profundamente y vacié mis bolsillos: tres monedas, una barra de manteca de cacao y unas tirillas de compra dieron los primeros visos; en mi billetera encontré información de nacionalidad, parentesco y crédito. Luego me desnudé y junté pistas sobre el estilo de mi ropa; la idea que tenía sobre mi decir era escasa. Decidí tocar la guitarra y recordar los cantos populares, con cada verso entonado sentía que mis pies se destejían armónicamente. Descubrí que caminaba con la música de mis padres y que ese repertorio era el vozarrón de un pueblo lluvioso.

Jugué por el diapasón persiguiendo soles menores, llegué al vecindario de la infancia, a la escuela y al columpio. Celebré que mis amigos —reales e imaginarios— aun atraparan insectos y fueran futbolistas de potrero. Sonreí, pues seguía siendo el niño mítico, pensando que si uno se traga una pepita de naranja le crecía un árbol en el estómago. Cuando regresaba de aquella visión supe que me faltaba un brazo: evocar deshacía mi cuerpo.

Solté la guitarra, o lo que quedaba de ella, llevé mis manos a la nariz y comprendí que los arpegios habían husmeado en la cocina de mi madre. Olí las tardes de *melao* y arroz con leche, la *paruma* de mi tío el hortelano y su aire a tierra de *capote*. ¿Cómo olvidar que mis aromas favoritos nacieron en el solar de la casa? Pensé en el campo, en los baños de ruda para ahuyentar las pulgas y la mala suerte, en las bebidas de pronto alivio que daban los papitos para sacar los fríos causados por las granizadas de mayo. Al regresar de estas efervescencias me di cuenta que muchos tramos del camino recorrido

están en el ombligo, los saberes están refugiados allí. Ya para entonces la emoción descosía mi pecho.

En mi desandar crucé y bajé a la tienda de don Pacho. Toda la cuadra estaba embolatada con los cuentos del tío Gil: «en una finca de Riosucio conocí un tipo que cogía 500 kilos de café en un día; antes de anochecer subía el grano y después que el mayordomo lo pesaba exigía su pago; el hombre se iba para el pueblo y el café desaparecía con él». Mi tío curaba con secreto, agarraba las cuerdas levantadas y sacaba los gusanos que le dan a los caballos con tabaco y oración. Devolviendo el camino, llegué o regresé a la bocatoma, recordé el primer pozuelo de piedra y la acequia que hicimos en los primeros convites, había cerveza y sancocho ¡pa'todo mundo! Casi toda mi cara se desdibujó cuando tiré la urdimbre de la tradición. Al final solo tenía la boca y empecé a jalar palabras, las raíces eran tan antiguas que traían pueblos desaparecidos; arrastré continentes y mares, luego los invité a la escuela, saqué la lengua y se las enseñé a los niños...

EPÍLOGO

De la alegría de la Beca al espanto de «venderle el alma al diablo».

En el año 2018 me inscribí a un programa de becas de maestría ofertado por la Secretaria de Educación de Antioquia, cuyo proceso formativo estaría a cargo de la Universidad de Antioquia en la modalidad de investigación, y bajo la línea de Enseñanza de la lengua y la literatura. Diez años pasaron para que el sueño de estudiar una maestría fuera posible; la beca cubría el 80% de los costos de matrícula y yo asumía el resto. Supe en el pregrado —con amargura y dicha— lo que significaba trabajar y estudiar al mismo tiempo (sacrificio que miles de colombianos hacen por «salir adelante»). Terminé la carrera con la firme intención de *no volver a hacer la misma*, pero no pude resistir la tentación de regresar al alma mater, así fuera en condiciones extremas o, dicho desde la sabiduría popular, *mamando y silbando a la misma vez y comiendo hojaldre*.

Giorgio Agamben plantea que la experiencia es el lugar donde tocamos los límites del lenguaje y, quizá por eso, siento que mi sinceridad no me dicta escribir un epílogo liso y zalamero, un puñado de agradecimientos y risitas; por el contrario, y en consonancia con la experiencia, debo intentar un acercamiento al desvelo, la incertidumbre, la presión, el cansancio y la soledad. En el magisterio hay un dicho que reza: ganarse una beca es como «venderle el alma al diablo» y así parece sugerirlo el convenio que se firma al inicio con la Gobernación. Las fuerzas del poder y las formas del saber atenazan al becario, de ahí que la escritura, por lo menos la del epílogo, pudiera ser una válvula de escape, una conversación franca de esas que emergen de la cerveza o el café. Dicho de otro modo, el epílogo pudiera ser la sombra de la tesis.

La experiencia es lo que nos pasa, no lo que pasa, sino lo que nos pasa. Aunque tenga que ver con la acción, aunque a veces se dé en la acción, la experiencia no se hace sino que se padece; no es intencional, no está del lado de la acción, sino del lado de la pasión. Por eso la experiencia es atención, escucha, apertura, disponibilidad, sensibilidad, exposición. (Larrosa 2006, p. 29-38).

Es precisamente por la pasión que intento ensombrecer este epílogo, pues no soy un emotivón de pulgar levantado que lo aprueba todo y por esto trato de decir que he padecido, en palabras de Larrosa, esta experiencia de formación. La universidad debería replantearse la duración de una maestría, es decir, pasar de cuatro a cinco semestres, pues no es procedente que los estudiantes tengan cursos pendientes hasta el último semestre y, al mismo tiempo, estén escribiendo sus tesis. Por otra parte, está la advertencia de lo firmado, de lo pactado «con el diablo»: si cancelas un semestre o no continúas estudiando debes devolver el dinero que se ha invertido en ti hasta ese momento. Y, para completar la experiencia, debes rendir aún más en el trabajo, pues el rector entiende muy bien que has renovado el saber pedagógico y que eso debe ser aprovechado al máximo: estarás en todos los comités habidos y por haber del colegio...

En estas arduas condiciones en las que el estudiante-trabajador se forma, cabe preguntarse cuánto se afectan las relaciones de pareja, los vínculos familiares y sociales, el sueño y la salud, mientras nos formamos como magíster. Sin embargo, no reniego de mi suerte, acepto la dificultad y el temple que trae consigo; comulgo con el maestro Estanislao Zuleta (1980) cuando dice:

En lugar de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de la satisfacción, una monstruosa sala cuna de abundancia pasivamente recibida.

Con esta cita no me desdigo, al contrario, reconozco que la dificultad de esta experiencia exigió mis reservas de valor, disciplina y voluntad; he dejado en esta maestría el órgano más grande de mi cuerpo: la piel. Quizá camine ahora con un nuevo tacto, un nuevo cuerpo-camino curtido de esfuerzos y nuevas sensibilidades. Salirse de la «zona de confort» para encaminarse en la incertidumbre parece un acto arrebatado, y lo es, pero es prueba de que el espíritu humano se engrandece en la búsqueda de sí mismo, de la verdad y la belleza. Si este fuera un texto sobre poesía diría que precisamente en ella se concentra la razón —y la sinrazón— de la dificultad; en ese posible ensayo de poesía y dificultad citarí a Rilke (1968): «Al destino le gusta inventar dibujos y figuras. Su dificultad está en lo complicado. Pero la vida es difícil por su simplicidad».

A pesar que las decisiones que tomé como investigador se tejieron entre balbucesos, había en el fondo un latido que iba más allá de la técnica, muy importante en el proceso, claro está. Recuerdo que diseñé una entrevista en profundidad para reunir relatos de amigos y familiares sobre mi vida; intentaba indagar sobre experiencias populares alrededor de la palabra hablada, leída y escrita, pero el ejercicio no resultó bien.

Por esos días la profesora del seminario específico me sembró una duda con porte de recomendación, me dijo: «su proyecto de investigación necesita diseñar una técnica más creativa». Esa idea estaba en consonancia con mi intuición, pues debido a la naturaleza de mi búsqueda en lo popular sospechaba que la entrevista en profundidad —técnica del periodismo— no era el instrumento adecuado. Propicié encuentros con familiares y amigos para CONVERSAR horizontalmente: la cocina, el barrio, el café o la cantina fueron los escenarios de una generosa oralidad. En la investigación muchas veces lo más difícil es encontrar lo patente, eché mano entonces de eso que la cultura comunitaria llama chocolate parviao: tomarse un tintico o una pola y el acontecimiento se manifestó enseguida.

Siempre he sentido un profundo respeto por la educación, incluso cuando no era profesor. Después de esta experiencia de formación abrazo el oficio con admiración y estremecimiento. Me doy cuenta y, ahí está el hallazgo —la transformación molecular que describe el sociólogo Antonio Gramsci—, de las complejidades del acto educativo. Me doy cuenta del aporte decisivo de un maestro en la vida de los estudiantes y en el devenir de una comunidad; la pedagogía requiere de honestidad y pasión para tocar almas. Alguna vez la maestra poeta Gabriela Mistral (2008) fue señalada de intrusa por enseñar sin diploma —ese dispositivo de saber y de poder que asfixia el mundo con tanto cartón—, a lo que ella respondió:

Intrusos son los que enseñan sin amor y sin belleza, en un automatismo que mata el fervor y traiciona a la ciencia y al arte mismos. Intrusos los que solo le piden a la enseñanza un sueldo mensual y le esquivan el esfuerzo de un cerebro flojo y la emoción del alma.

Ante los esfuerzos y desvelos del estudiante-trabajador —reflejos de su pasión—, insto desde este epílogo a la Gobernación de Antioquia, al Ministerio de Educación y a los entes territoriales para que sigan apoyando la formación continua del maestro, para que esos maestros sigan «vendiendo el alma» por la insubordinación creativa, por la subjetivación y la transformación del mundo. Ya que en Colombia los escasos sueldos que ganan los profesores contrastan con los altos costos que implica estudiar un posgrado en el país, las becas para los maestros deberían mantenerse y ampliarse cada semestre, pues un magíster en educación es —o debería ser— un maestro que ha descentrado su mirada y, gracias a ello, podrá transformar su propia práctica pedagógica.



Horizontes del Camino

En los relatos del capítulo VI apareció un personaje popular no detectado por los radares académicos: el merendero, un músico campesino que, con guitarra en mano, iba de finca en finca sonando el cancionero colombiano. Este apartado de la tesis es una aproximación a la relación entre palabra y música y analiza las letras de bambucos y de algunas canciones decembrinas. El tema del merendero reviste una inusual potencia porque configura la representación de nuestro propio juglar, un músico artesanal que aprendió a tocar de oído y en cuyo repertorio se hospeda la tradición oral de muchos pueblos. El suroeste antioqueño, por ejemplo, es conocido como la cuna de la música parrandera. Se trata, pues, de un horizonte muy prometedor que señala esta investigación.

Asimismo, el silencio, reflexión abordada en otro capítulo de la tesis, es un tema que amerita todos los estudios posibles. Hurgar en las potencias creativas del silencio en el aula, preguntarnos qué significa el silencio de nuestras escuelas, si ese silencio permite al estudiante vincularse con las fuerzas vitales o es apenas una mordaza; acaso hemos creado en ese silencio de la educación un dispositivo de fuerza, un espacio en donde retumba la autoridad del profesor y se apabulla la voz del estudiante. Estos interrogantes quedan para echarlos a andar por lo íntimo del oído. Por otro lado, buscar el silencio es una forma espiritual de resistirse a la estridencia de la sociedad contemporánea, a la sofisticada distracción de las redes sociales.

Cabe advertir que las conclusiones de esta tesis no son definitivas, más bien, representan una conversación abierta y horizontal y, por consiguiente, inacabada. Sé que por mucho tiempo no querré asomarme por aquí —apenas es natural—, pero también sé que esta búsqueda continuará el resto de mi vida y confieso que me gustaría reescribir este epílogo en un par de años, luego en otro par y así seguir tanteándome en la escritura, en la conversación y el silencio. Una de las intuiciones más acuciosas de esta tesis tiene que ver justamente con la conversación; es una cuestión vital aprender a conversar, recordemos que esta palabra aparentemente sencilla proviene del latín

conversari que significa vivir, dar vueltas, girar en compañía. Su raíz habla de un encuentro, de escuchar y dar la vuelta con la palabra del otro y viceversa, acoger al otro en la amistad de la palabra para caminar refugiados en ella.

El tema del encuentro es medular en mi investigación y recomiendo que sea ampliamente indagado: tomarse un café con alguien, ir de paseo de olla, participar en un convite, ir a la biblioteca, celebrar las fiestas populares, cocinar, ir a una cantina, visitar la plaza de mercado o asistir a una clase, constituyen prácticas culturales que salvaguardan el espíritu comunitario, la tradición oral y los saberes populares. En definitiva, la investigación intentó mostrar el valor de lo público y el inmenso desafío de nuestra sociedad para custodiarlo.

Para redondear las ideas sobre la conversación y el encuentro, considero muy oportunas las declaraciones dadas a El diario de la educación por el maestro argentino Carlos Skliar (2020):

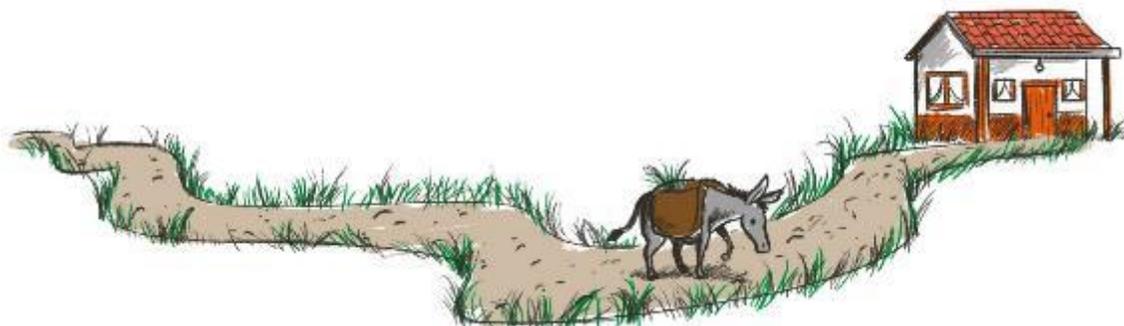
Es hora que la educación revierta su tendencia dócil y adaptativa a las exigencias de la época anterior (el conocimiento lucrativo, la aceleración del tiempo, la hiper-tecnología, el vínculo utilitario entre competencias y mercado, etc.) y pueda concentrarse en dos dimensiones poco reconocidas o bien abandonadas: por un lado la conversación a propósito de qué hacer con el mundo y qué hacer con nuestras vidas; por otro lado, el hacer cosas juntos que nos devuelvan el tiempo liberado: la narración, el arte, la lectura, el juego, la filosofía.

Por otra parte, al indagar por las experiencias populares en la subjetivación del maestro de lenguaje, descubro que lo comunitario enriquece significativamente la palabra, ya que la dota de una sensibilidad social que reconfigura la formación política y ética del maestro. Enseñanza de la lengua y la literatura es la línea de esta maestría, mi pregunta, y quiero que sea la de otros, es: ¿enseñanza de cuál lengua, incluso, de cuál literatura? Para que el maestro sienta la oralidad como fuerza primigenia del saber debe untarse de pueblo, de lo contrario será solo un técnico de la lengua, un aplicador eficiente del currículo. En un mundo donde la palabra fue reducida a un like el maestro de lenguaje

debe enseñar la rebeldía del decir, lo impúdico de la palabra, el brío que irrespete las riendas.

Por último, quiero que pensemos en la intuición, ese hilo de Ariadna que nos saca y nos mete en los laberintos del pensamiento. Ese hilo-camino que me llevó a la vorágine de la palabra. Esa intuición estuvo siempre ahí, como un *pensamiento autóctono*. Y saber que cierto tipo de ciencia desdeña la intuición por considerarla una contaminación del objeto de estudio; el pensamiento paradigmático se basa en una verdad que olvida que también es una invención, una convención de la realidad. Esta investigación no hubiera sido posible sin la intuición.

Lo mismo me pasa a mí, añadió, debe de haber en mi cabeza, y seguramente en la cabeza de todo el mundo un pensamiento autóctono que piensa por su propia cuenta, que decide sin la participación de otro pensamiento, ese que conocemos desde que nos conocemos y al que tratamos de tú, ese que se deja guiar para llevarnos a donde creemos que conscientemente queremos ir, aunque, a fin de cuentas, puede que esté siendo conducido por otro camino, en otra dirección, y no para la esquina más próxima, donde una banda de perdices nos espera sin que lo sepan, pero sabiéndolo nosotros, en fin, que lo que da verdadero sentido al encuentro es la búsqueda y que es preciso andar mucho para alcanzar lo que está cerca. Todos los nombres (Saramago, 1997, p. 66-79).



Viñetas e indicios del camino (Sánchez, 2020).

PALABRARIO

Desde que era un niño escribo palabraríos (refranes, dichos, frases sintagmáticas, palabras exóticas, divertidas y radiantes); es una especie de ventriloquía del silencio que atesoro como si llevara en el cuenco de las manos el más hermoso de los bichos cantores...He aquí un palabrarío sacado de la creativa voz del pueblo:

A boca de jarra: Expresión para indicar que algo está fácil de hacer o está próximo. También se dice «De papayita».

Aguachenta: Dicho de una comida, quedar muy aguada.

Amangualar: Ponerse de acuerdo con alguien para hacer bromas o sacar ventaja en algo. Compincharse.

A pedir de boca: Expresión que indica que las cosas se la dan a alguien sin ningún esfuerzo.

Arrechera: Palabra del Pacífico Colombiano que indica fogosidad sexual

Botar escape: Hablar de temas intrascendentes para pasar el tiempo, también se dice «Botar corriente».

Blanquiao: Dulce tradicional derivado de la caña que acompaña muy bien el consumo de la mazamorra.

Calentar el chochal: Expresión que indica que una fiesta se puso buena y alegre o que determinado hecho se puso emocionante.

Caspete: Tienda que funciona en una caseta hecha de hojalata.

Cilantro sabanero: Nombre campesino para designar a la marihuana

Conchudo: Persona descarada y desvergonzada.

Corrinche: Palabra del Pacífico Colombiano que indica algarabía, bullicio o movimiento.

Convite: Convocatoria comunitaria para adelantar un trabajo en la vereda.

Chasco: Anécdota divertida que suele contarse con mucha gracia.

Chicharra: Sonido molesto

Chirle: Desabrido, falto de sabor y gusto.

Chismociadero: Lugar de rumores y comentarios.

Chocolate parviao: Bebida que se sirve con parva, es decir, con pan. Es por lo general una merienda que se comparte con las visitas para acompañar la conversación.

Chócolo: Mazorca tierna.

Choneto: Cojo, desigual.

Choroto: Que le falta cocción o está mal hecho.

Chucha cogida: Juego tradicional donde los niños corren y se agarran unos a otros.

Desentiesar: Desentumirse, activarse.

Durón: Cuando falta cocción

Echar el carretazo: Hablar con la intensidad con el ánimo de convencer.

Echar lengua: Conversar deliciosamente.

Escampadero: Aceptar un empleo modesto mientras se logra uno mejor.

Envalentonar: Llenarse de ánimos, de coraje.

Gaja: Cada uno de los gajos del racimo de plátanos.

Gafufo: Quien lleva anteojos

Hasta el perro y el gato: Expresión que indica que vino mucha gente, «todo mundo».

Hogao: Condimento muy popular en la comida colombiana hecho con tomate, cebolla, aceite y tris de sal.

Jecho: Punto óptimo para consumir una fruta, verdura o tubérculo.

Le dio agua de las tres cañadas, le dio agarradera, le dio juagadura de calzones, le puso atrancadera y lo vistió al revés. Estas metáforas populares se refieren a la mujer que «embruja» o «amarra» a un hombre a través de menjurjes secretos que le aseguran su amor y sustento diario.

Lengüicultor: Palabra inventada por mí para designar a quien cultiva la lengua, especialmente campesina.

Madrazo: Insulto, «mentar la madre».

Maíz sancochao:

Malacara: Gesto para expresar desagrado u hostilidad.

Mamando y silbando a la misma vez y comiendo hojaldre: Dicho popular para expresar que se atienden varias actividades simultáneamente.

Mano: Gajo del racimo de plátanos, bananos o guineos.

Melao: Dulce tradicional hecho con panela y leche, también se le conoce como Miguelucho o cortao.

Mero: Palabra que expresa sorpresa u emoción, puede considerarse un sinónimo de tremendo. Ejemplo: ¡mera belleza!

Mica: Chiquilla traviesa que se encarama en cualquier parte.

Morriar: Subir a un cerro de caminada a divisar y a tocar guitarra.

Pana: Amigo, compañero, «parcero».

Paluda: Dicho de la yuca, salir fibrosa.

Panelita: Dulce tradicional hecho artesanalmente en los trapiches comunitarios.

Paruma: Delantal para trabajar en la sementera.

Plasta de mierda: Expresión para designar a una persona huraña y repelente. También suele decirse «malaclase».

Picar la lengua: Provocar el decir.

Repentismo: Improvisación.

Sancocho trifásico: Comida típica con papas, plátanos y yucas. Su caldo es una explosión de sabores, pues tiene sustancia de pollo, res, y cerdo.

Sabor a mancha: Dejo pastoso y desagradable que resulta al cocinar unos fríjoles, una sopa o un sancocho con el plátano muy verde o «niñito».

Se nos metió el monte: Crecer abundantemente la maleza en un lugar.

Soltar la lengua: Hacer ejercicios para hablar bien.

Surrunguiar: Tocar guitarra, ensayar, cantar.

Tiro: Comentario malicioso y sobrado de picardía e ingenio.

Tocata: Reunión para tocar guitarra y cantar con vecinos, amigos y familiares.

Tuquio: Palabra campesina para decir que los árboles están llenos de frutos o que algún lugar está repleto de algo.

Vacunar: Conducta delictiva que consiste en extorsionar a cambio de una aparente seguridad.

Vidriosa: Se dice de la yuca que después de cocinada tiene un aspecto transparente y un sabor desagradable.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CIBERGRÁFICAS

- Apuleyo, P. (1993). *El olor de la papaya*. Buenos Aires: Editorial Suramericana.
- Arango, J. (2009). *Poesía completa*. Sevilla: Sibilina, S.I.U.
- Archivo General de la Nación, (2010). *Ley 1379 de 2010 por la cual se organiza la Red Nacional de bibliotecas públicas*. Recuperado de: <https://normativa.archivogeneral.gov.co/ley-1379-de-2010/>
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter, 2016. *El Narrador*. Santiago de Chile: Ediciones metales pesados.
- Biblioteca Pública Municipal Francisco José de Caldas. (2016). *Álbum fotográfico de Caldas Antioquia*. Recuperado de: <https://www.flickr.com/people/albumbibliotecaldas/>
- Blanchot, M. (2002). *Thomas El oscuro*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Bolívar, A. (2001). “¿De nobis ipsis silemus?”. *Epistemología de la investigación biográfica-narrativa en educación*. España: Universidad de Granada.
- Borges, J. (1976). Entrevista A fondo. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=2gu9l_TqS8I&t=563s
- Borges, J. (2009). *La biblioteca de Babel*. Madrid: Emecé.
- Brunner, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Castillo, A. (2018). *Potencias creativas del silencio: imagen y evocación*. Revista Nómadas. Año 2018, No. 49.
- Colasanti, M (2004). *Lecturas para todos los días*. Medellín: Secretos para contar.
- Cortázar, J. (1964). *Entrevista Alcor*. Recuperado de: <https://libreriodelaplata.com/de-julio-cortazar-alcor-1964/>

Cuervo, L. (2013). *La inserción de profesionales no licenciados, al sistema público educativo. ¿Qué hay en su quehacer pedagógico?* Memorias Congreso Investigación y Pedagogía. Tunja, Número 02 – Octubre/ 2013 ISSN 2256-1951.

Delory-Momberger, C. (2009). *Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto*. Argentina: Ediciones Clacso.

Dickinson, E. (2017). *En mi flor me he escondido*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Duque, L. (2018). *El mes de la parranda: El papel de la música parrandera en el Valle de Aburrá durante las festividades decembrinas*. (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, Medellín.

El Premio Nobel de Literatura 1998. NobelPrize.org. Nobel Media AB 2020. Sáb. 18 de julio de 2020. Recuperado de:
<https://www.nobelprize.org/prizes/literature/1998/summary/>

Eliot, T. (2012). *Cuatro cuartetos*. Madrid: Cátedra.

Ende, M. (2015). *La historia interminable*. Madrid: Editorial Alfaguara España, edición digital.

Esquirol, J. (2012). *La primera palabra, o el lenguaje como amparo*. Revista ÁGORA, Vol. 31, nº 1: 103-120. Universidad de Santiago de Compostela.

Feixa, Carles. 2003. *La imaginación autobiográfica*. Revista Nómadas 18. Universidad Central.

Gadamer, H. (1998). *Palabra*. Acerca de la verdad de la palabra. Barcelona: Editorial Paidós SAICF.

Garavito Pardo, Edgar, 1996. *¿Humanidades o subjetivación? La subjetivación como respuesta a la crisis de las ciencias humanas*. Memorias de seminario nacional sobre la formación humanista en la universidad.

Ginzburg, C. (1994). *Mitos, emblemas e indicios*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.

Gramsci, Antonio, 1999. *Cuadernos de la cárcel*. Justificación de las autobiografías. Tomo V, Cuaderno 14. Edición crítica del Instituto Gramsci.

Guillén, N. (2017). *De qué callada manera, Poemas de amor*. Madrid: Editorial Verbum.

Jaramillo, L. (2020). *Sazones y sabores culinarios*. Recuperado de:
<http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/campanas/sazones-saberes-culinarios/de-pueblos-originarios-cocinas-sabores-gustos>

Havelock, E. (1996). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Humboldt, W. (1991). *Escritos sobre el lenguaje*. Barcelona: Ediciones Península.

Kundera, M. (1995) *La lentitud*. Barcelona: Editorial Tusquets.

Larrosa, J. (2006). *Una lengua para la conversación*. *Revista Educación y Pedagogía*, Vol. 18, p. 29-38.

Larrosa, J. (2006). *Una lengua para la conversación*. *Revista Educación y Pedagogía*, Vol. 18, p. 29-38.

Le Breton, D. (1997). *El silencio*. Paris: Editions Métailié.

Lorca, F. (1933). *Juego y teoría del duende*. Recuperado de:
http://www.literaterra.com/federico_garcia_lorca/la_teor%C3%ADa_del_duende/

Martínez, A. (1977). *Obra e imagen*. Instituto Colombiano de Cultura.

Max Neef, Mamfred, 2005. *Del saber al comprender: navegaciones y regresos*. *Revista Palimpsest*. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Ministerio de Educación Nacional de Colombia. Programa para profesionales no licenciados. Decreto 1278 de 2002. Recuperado de
<https://www.mineducacion.gov.co/1759/w3-article-345507.html?noredirect=1#:~:text=El%20Decreto%20Ley%201278%20de,son%20profesionales%20de%20la%20educaci%C3%B3n.>

Montoya, A. (Valhalla Producciones). (2013, Septiembre 29) *La humildad del jardinero*. (Archivo de video). Recuperado de
<https://www.youtube.com/watch?v=gEAV4gDMOZs>

Narváez Goyes, Julio. 2013. *El sujeto en la experiencia de lo real*. Revista Cuaderno, año 13, Num. 43, marzo 2013.

Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Editorial Tecnos, S. A.

Orellana, M. y Zegers, P. (2008). *Lucila Gabriela: La voz de la maestra*. Santiago de Chile: Archivo Visual del Museo de la Educación Gabriela Mistral.

Ortiz, M. (2011). *La narración: puerta y espejo en la formación investigativa de maestros/as*, Revista Educación y Pedagogía, vol. 23, n° 61, septiembre – diciembre, 2011.

Ospina, W. (2012). *Carta a un maestro desconocido*. Recuperado de <https://es.calameo.com/read/005313955705f36057350>

Pardo, L. (2000) *Carne de palabras*. Valencia: Pre-textos.

Patio de la antigua Biblioteca Pública Municipal Francisco José de Caldas, 2019. Fotografía recuperada de https://www.caldasantioquia.gov.co/sitio/ver_noticia/recuperacin-de-espacios-gubernamentales

Paz, O. (1956). *El arco y la Lira*. Editor digital: El cavernas

Paz, O. (2006). *Sendas de Oku*. Madrid: Edición S.L. Fondo de Cultura Económica.

Petit, M. (2015). *Leer el mundo*. Experiencias actuales de transmisión cultural. Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A. Buenos Aires. 207 páginas.

Petit, Michele, 1999. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. Lo que está en juego en la lectura hoy en día. México. Fondo de Cultura Económica.

Quiñónez, M (2019). *Casa*. Medellín: MQ

Restrepo, Á. (2020). *Una reflexión acerca del cuerpo y el tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/cultura/arte-y-teatro/una-reflexion-sobre-la-vejez-y-la-muerte-en-plena-pandemia-495132>

Restrepo, D. (2017). *Manto de Canela*. Caldas, Antioquia, p, 5 versión digital. Casa de la cultura.

Restrepo, D. (2014). *A ritmo de caracol*. Medellín: Editorial MQ.

- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y Narración*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Rilke, R. (1968). *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Losada, pág. 94, versión digital.
- Rilke, R. (2010). *Los sonetos a Orfeo*. Madrid: Editorial Hiperión,
- Rimbaud, A. (1973). *Rimbaud Obra Completa*. Barcelona: Edición Libros Río Nuevo.
- Rivero, M. (2009). *Poesía completa*. Sevilla: Sibila.
- San Agustín. (1982). *Confesiones*. Argentina: Porrúa.
- Sánchez, J. (2020). *Viñetas e indicios del camino*. (Ilustraciones). Recuperado de <https://sanchexter.artstation.com/>
- Saramago, J. (1997). *Todos los nombres*. Lisboa: Editorial Caminho S.A.
- Serrat, J. (Joan Manuel Serrat). (2018, Noviembre 09). *Mediterráneo*. Music video by Joan Manuel Serrat performing Mediterraneo (Lyric Video). (C) 2018 Sony Music Entertainment España, S. L. Recuperado de <http://https://www.youtube.com/watch?v=Cx5ENAFTLZg>
- Simic, C. (1993). *La dicha de comer*. Recuperado de: <https://www.nexos.com.mx/?p=15134>
- Skliar, C. (2020). *Reflexiones de la nueva era*. Recuperado de: <https://eldiariodelaeducacion.com/2020/05/11/un-mundo-en-estado-de-excepcion-no-puede-pedirle-a-la-educacion-normalidad/>
- Steiner, G. (2003). *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Editorial Gedisa,
- Strand, M. (2018), *Gastronomía y poesía*. Recuperado de: <https://www.montagud.com/poesia/>
- Torres, Rosa. (2000). *Itinerarios por la educación latinoamericana Cuaderno de viajes*. El orgullo de ser maestro. Buenos Aires. Editorial Paidós SAICF.
- Vásquez, F. (2004). *El Quijote pasa al tablero*. En la enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura. (págs. 15-41). Bogotá: kimpres LTDA.
- Villoro, J. (2015). *La aventura de leer*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=jKd3eZGK9sw>

Villoro, J. (2020). La libertad es una librería. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=rZ2S3xIFV64>

Zambrano, M. (1986). *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral.

Zambrano, M. (1992). *Los sueños y el tiempo*. Madrid: Ediciones Siruela,

Zambrano, M. (2008). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial

Zuleta, E. (1980). *Discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa otorgado por la Universidad del Valle*, Cali, 21 de noviembre de 1980. Recuperado de:

<https://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/elogia-de-la-dificultad-por-estanisla-zuleta/80679>